

ELOGIO A LA LOCURA
Erasmus de Róterdam

Edición digital de
www.philosophia.cl /
Escuela de Filosofía
Universidad ARCIS.

Introducción.

El padre de ERASMO era clérigo y por tanto no podía casarse ni vivir públicamente con su madre a pesar de lo cual, atendió a la educación del hijo, mandando regularmente dinero a la madre, desde Roma en donde trabajaba como copista en uno de los numerosos estudios de aquella ciudad.

Esta situación anómala que presidió la infancia de Erasmo, es fiel reflejo de la relajación de costumbres que, junto con un empirismo doctrinario caracterizaron la época.

No destacó en su niñez por su aplicación e ingenio; únicamente su buena voz le convirtió en cantorculus, especie de monaguillo, poniéndole así en contacto con el ambiente ceremonioso de la religión.

Pasó por Deventer, el famoso Colegio de Alejandro Hegins cuya enseñanza era severa y triste. Fundado en 1384 por Gerardo Groote -de entre sus muros salió La Imitación de Cristo de Kempis-, se impartía una enseñanza totalmente fiel a los métodos de la Edad Media. Hegins ignoraba el griego y gustaba poco de los autores latinos. Un humanismo tímido se introdujo en la escuela con la entrada en el profesorado de Alejandro de Heck y Rodolfo Husman que no se atreven, sin embargo, a romper los moldes medievales. Erasmo tenía, doce años y apenas logra vislumbrar la selva inmensa de la cultura grecolatina, pero se convertirá en un buen latinista, con pocos conocimientos de griego.

Su tutor, le interna en el seminario de Bois-le-Duc donde -según nos cuenta- perderá tres años pues fuera de un escolasticismo rígido, no se admitía ninguna otra disciplina. No obstante, Erasmo adelanta en el estudio y en busca de nuevos horizontes, ingresa en el convento de Steyn o de Emaús. Los monjes se dedican preferentemente al culto exterior y llevan una vida opípara. Mientras cumpla con sus ritos externos, no se preocupan de Erasmo quien se convierte en autodidacta, lee los clásicos latinos y prepara sus futuros estudios sobre la vida monástica. Odia los monjes de Steyn por su grosería y pobreza intelectual.

Le ofrecen un puesto de canónigo que no acepta.

Su fama de latinista empieza a proyectarse al exterior. Se ordena presbítero y pasa al servicio del Obispo de Cambray que proyecta un viaje a Roma donde espera obtener el capelo cardenalicio. Pero las intrigas vaticanas agostan estas esperanzas. El obispo, convertido en amigo y conociendo las extraordinarias cualidades de Erasmo, le manda a París a completar sus estudios en el Colegio de Montaigu. Rige allí un rudo ascetismo, le enseñan una teología “repugnantemente escolástica” y sobre todo, en la mesa se sirve sólo pescado y huevos, podridos muchas veces, que le revuelven el estómago y le ponen enfermo. Esta etapa de su vida influirá en la mordacidad y crítica sin piedad con que luego se producirá en algunos de sus escritos.

En París, entre los alumnos que reciben de él clases particulares está el joven inglés Guillermo de Montjoy en cuya casa se instala. Necesitado de valimiento consigue que la marquesa de Vera le asigne una pensión de cien florines. Pero deseoso de más amplios horizontes, se traslada con Montjoy a Londres quien le asigna una pensión de cien coronas. Era el Magdale College explica John Colet que le presenta a Tomás Moro, el futuro canciller quien a su vez le presenta a Enrique VII. En Oxford puede perfeccionar su conocimiento del griego.

Empieza a ser notable y la edición de sus libros le lleva de acá para allá. Por ello se traslada a París, Orleáns, Lovaina y Róterdam. Mientras, le nombran profesor de griego en Cambridge siendo además profesor del príncipe Alejandro, hijo del rey Jacobo III de Escocia.

Para publicar sus Adagios, el libro que más fama y dinero le proporcionó, que es una recopilación de sentencias de los autores latinos se traslada a Italia, pasando por Turín, Bolonia, Florencia, Roma y por fin Venecia.

Enrique VIII, el nuevo rey inglés, le nombra profesor de Oxford. Pasa allí dos años para trasladarse a Alemania y, por fin, a los Países Bajos, donde el futuro Carlos V le nombra consejero y le asigna una pensión de 400 florines. No interviene en los asuntos políticos, concentrándose en la vida intelectual.

*Estalla la Reforma y a pesar de que muchas de las proposiciones de ella pueden tener su origen en sus libros, hace todo lo posible para mantenerse al margen de la disputa, repugnándole la vida y la violencia de Lutero con quiera rompe en 1542. Un concepto esencial los separa: el de la libertad humana que Erasmo defiende en su *Liberio Arbitrio* (1525) y Lutero ataca.*

Años más tarde Paulo III, para premiar su fidelidad a la Iglesia, le concede el priorato de Deventer que representa una renta de mil quinientos ducados y le ofrece el capelo, que Erasmo no acepta por entender que es demasiado pobre para mantener el fausto a que obliga la corte pontificia. No quiere la fortuna; tampoco acepta el priorato ofrecido. Lo único que anhela es la tranquilidad para el estudio. Pero también esto le es negado. Erasmo es viejo, está a punto de cumplir los setenta años; tiene que andar con muletas y sus manos, deformadas, ya no pueden escribir. Se instala en Basilea para vigilar sus ediciones, pero la gota acaba con sus fuerzas. Dispone de sus bienes que son escasos. Los lega a los pobres, a los viejos, enfermos y muy especialmente a los adolescentes que demuestren talento precoz y prometan ser notables. Fallece sin lograr los auxilios de ningún sacerdote católico según nos dice Renaudet. No obstante, Pardo Bazán escribe que Erasmo “fue en vida y muerte católico, más o menos desenfadado y lengüilargo, pero nunca hereje, nunca apartado de la Iglesia”. Su cadáver es llevado en hombros por sus alumnos de la Universidad. Jiménez de Cisneros le había propuesto como consejero al Emperador Carlos. Su hijo, Felipe II, le mandó erigir una estatua en Bruselas, doce años después de su muerte.

Del ELOGIO A LA LOCURA nos da Lorenzo Riber una sensación poética en cuanto a su creación:

En junio de 1508 iba Erasmo montado sobre urca mula desde Italia a Inglaterra, cruzando Alemania. Una moza hacía el mismo camino y “le cosquilleaba los oídos” y divertía con sus gracias y donosura. Se llamaba MORIA y de estos coloquios nació el ENCOMIUM MORIAE o elogio de la locura que Erasmo dedica a Tomás Moro por la afinidad del nombre. En efecto, el futuro Canciller y Santo, le alberga en su casa, donde en realidad escribió la obra. Es un edificio alegre, en Chelsea, cerca del río, rodeado de árboles y jardines salvajes. Una casa, dice Moro “comprada con dinero limpio”. Allí reside con su esposa y sus tres hijas, que hablan latín y griego, tañen instrumentos antiguos y cuidan de una selecta cocina. Allí les visita Enrique VIII que juguetea por el jardín y abraza a Moro cogiéndole por el cuello. La esposa advierte el gesto y lo considera como una prueba del gran afecto real. Moro lo comenta, adivinando que por menos de una ciudad en Francia, el rey le haría cortar el cuello. En realidad, como dice Bonilla San Martín, lo hizo para compartir el lecho con Ana Bolena.

Tomás Moro recibe la MORIA como una graciosa bagatela sin mayor trascendencia. Erasmo la juzgaría años más tarde, como “obra de una época ¿le paz que jamás escribiera si previera la tempestad que amagaba”.

El ELOGIO DE LA LOCURA es una. sátira en llaga viva, en la que la misma Locura se burla de la falsa religiosidad y otras ideas y sentimientos enfáticamente mantenidos por aquellos que en realidad los escarnecen: el amor, el patriotismo, la ciencia. Es en verdad el elogio entusiasta de todos aquellos sentimientos que aparentemente fustiga. Una crítica feroz de la vida cortesana, del despotismo, de la guerra, de todo aquello que escarnece la rectitud, la sinceridad, la tolerancia, el verdadero amor a Dios y a todos los hombres y a cuanto por Él ha sido creado.

La influencia del Erasmismo en España fue extraordinaria. De él ha dicho Menéndez Pelayo: “No fue una secta fanática y estrecha, sino un despertar de la conciencia religiosa, harto abotargada en la espantosa corrupción del siglo xv.” No obstante, el Elogio (le la Locura publicado en París en 1511, fue incluido en los ÍNDICES de 1559 y 1583.

La influencia de este libro se encuentra en muchos autores españoles. Hay erasmismo en Sánchez Carranza, en Francisco de Vitoria, en los Valdés, en Gil Vicente, en Bartolomé de Torres Nabarro, en Cristóbal de Castillejo...

Para Antonio Vilanova el ELOGIO es el verdadero inspirador del Quijote. Menéndez y Pelayo entiende que toda la crítica tolerante de Cervantes es erasmismo.

Anotemos, con curiosidad, que al entender de Bonilla San Martín, Moria no debería traducirse por LOCURA sino por ESTULTICIA. La palabra latina que corresponde a locura es INSANIA que significa la pérdida de la razón. STULTUS en cambio, equivale a necio, insensato, estólido, ignorante, fatuo. Y el mismo Erasmo no opone a MORIA la CORDURA, sino LA SABIDURÍA.

Noticia biográfica

Nace el 27 de octubre de 1466 en Zevenbergen, cerca de Breda. Ingresa en la escuela de párvulos de Ter-Gouwn (Guda). Llamábase Gerardo y cambió el nombre por el de ERASMO DESIDERIO que en griego y en latín significan lo mismo: lo que se desea.

En 1480 estudia en el Colegio de Deventer. Ingresa luego en el Seminario de Bois-le-Duc y a continuación en el convento de Steyn. En 1492 el Obispo de Cambrai de quien es secretario le ordena presbítero; le manda a París al Colegio Moutagu. Se dedica a dar clases y tiene por discípulo a Guillermo de Montjoy, inglés quien en 1497 lo lleva a Inglaterra. Conoce Londres, Cambridge, Oxford y a Tomás Moro.

Vuelve al Continente en 1499. En 1506 pasa a Italia, recorre después Alemania y los Países Bajos, no sin antes haber vuelto a Oxford, nombrado profesor por Enrique VIII. En 1524 rompe con Lutero publicando en 1525 *su Libero Arbitri*.

Enfermo de gota muere en Basilea el 11 de junio de 1536.

ELOGIO A LA LOCURA

LA LOCURA HABLA

Que se diga de mí todo lo que se quiera (ya sé que la Locura es detractada continuamente incluso por los más locos), sin embargo soy yo y solamente yo quien, por mis influjos divinos, esparzo la alegría sobre los dioses y los hombres.

En efecto, desde que me he presentado ante esta numerosa asamblea, desde que me he dispuesto a hablar, ¿no se refleja en vuestros rostros una vivacidad y alegría inusitadas? ¿No se ha desarrugado vuestro entrecejo? Y las carcajadas que se han escuchado por todas partes, ¿no reflejaban el contento que embargaba vuestros corazones y el placer que os ha causado mi presencia? Al contemplaros ahora me parece estar viendo a los dioses de Homero embriagados de néctar y “népenthès”. Antes os veía tristes e inquietos como gente que acabase de salir del antro de Trofonio. Igual que el astro rey disipa con sus primeros rayos matinales las tinieblas que cubrían el horizonte o cuando la primavera trae consigo las juguetonas bandadas de suaves céfiros: todo cambia de pronto sobre la tierra, un colorido más brillante embellece los objetos, la naturaleza rejuvenecida ofrece a nuestros ojos un espectáculo más agradable y placentero. Así ha producido mi presencia en vosotros esa feliz transformación en vuestras fisonomías. Lo que los grandes oradores obtienen a duras penas con sus largos y estudiados discursos, lo he conseguido yo con mi sola presencia en un instante. En cuanto me habéis visto, vuestras inquietudes han desaparecido como por encanto.

Ahora vais a saber por qué me presento hoy ante vosotros con este extravagante atuendo, si es que seguís escuchándome. No creáis sin embargo, que os voy a exigir la atención que dispensáis ordinariamente a vuestros predicadores. Nada de eso. Escuchadme del mismo modo que lo hacéis con los bufones, comediantes, titiriteros y charlatanes en las plazas públicas o como nuestro amigo Midas escuchó en otros tiempos la música del dios Pan. Tengo el deseo de hacer un poco el sofista con vosotros. No hablaré por consiguiente como esos pedantes que atiborran actualmente las cabezas de los niños con un sinfín de enrevesadas tonterías y que les enseñan a discutir con más obstinación que las mujeres; en lugar de eso, imitaré a los antiguos que para evitar el apelativo de sabios, muy desacreditado en aquellos tiempos, prefirieron llamarse sofistas, dedicándose a rendir elogios a los dioses y los héroes. Voy pues a dedicar un elogio; no será el de Hércules ni el de Solón; será el mío, es decir “El Elogio de la Locura”.

Sabréis en primer lugar que me tienen sin cuidado esos sabios que cuando alguien se alaba a sí mismo le tachan de engreído e impertinente. Que le traten de loco, pase, pero que confiesen al menos que actuando así se comportan de una forma por completo acorde con esta cualidad. En efecto, ¿hay nada más natural que ver a la Locura exaltar sus propios méritos y cantar sus alabanzas? ¿Quién mejor que yo para describirme a mí misma? A no ser que alguien pretenda conocerme mejor que yo.

Además, actuando así, creo obrar aún con más modestia que la mayor parte de sabios y grandes de la tierra. Contenidos por un falso pudor, no se atreven a alabarse a sí mismos, pero procuran tener cerca de sí algún almibarado panegirista o poeta adulator

que, por dinero, se encarga de prodigarles alabanzas, es decir recitarles mentiras. Sin embargo el recatado héroe se engalla y levanta arrogante la cresta cuando su impúdico lisonjeador osa igualar a los dioses al más despreciable rufián; cuando lo presenta como el prototipo de todas las virtudes sabiéndole sumergido en el piélago de todos los vicios; cuando el cuervo se viste con plumas de faisán; cuando trata de blanquear la piel de un negro; cuando se esfuerza en hacer pasar una hormiga por un elefante... Al fin y al cabo no hago otra cosa que lo que dice el proverbio: Si *nadie te alaba, alábate tú mismo*.

Admiro sin embargo la ingratitud, o si queréis, la negligencia de los hombres respecto a mí. Todos sienten por mí la más profunda veneración, les complace sentir mis bienhechores efectos y a pesar de ello desde hace tantos siglos a nadie se le ha ocurrido celebrar mis méritos con algún elogio halagador mientras que los Busiris, Falaris, las fiebres cuartanas, las moscas, las cabezas calvas y otras mil pestes de esta ralea han tenido panegiristas que no han escatimado esfuerzos ni tiempo para elogiarles pomposamente.

El discurso que voy a dirigiros no será premeditado ni estudiado; por consiguiente contendrá menos mentiras. No vayáis a creer sin embargo, que digo esto como una de las argucias que utilizan los oradores para alardear de ingenio. Esos tipos, como ya sabéis, después de haber trabajado treinta años en un discurso, la mitad del cual muchas veces es copiado, nos lo ofrecen como una obra que han escrito o dictado como diversión, en tres o cuatro días. A mí siempre me ha gustado decir las cosas como las pienso.

No esperéis de mí definición alguna ni división de retóricos.

Nada más fuera de lugar. Definirme sería ponerme límites y mi poder no los tiene. Dividirme sería distinguir los diferentes cultos que se me rinden y yo soy adorado por igual en toda la faz de la tierra. ¿Por qué molestarme entonces en daros una definición, una copia ideal de mí misma que no se parecería más que mi sombra, si tenéis el original ante vosotros?

Soy pues, como veis, esa verdadera distribución de bienes, esa Locura que los latinos denominaban Stultitia y los griegos Moria. Pero ¿a qué decirlo? ¿No se me reconoce ya en mi aspecto? Si alguien sostuviera que soy Minerva o la Sabiduría, ¿precisaría describirle quién soy? ¿No le bastaría mirarme un solo instante para convencerse de lo contrario? No puede haber en mí farsa ni disimulo alguno y jamás se refleja un sentimiento en mi rostro que no salga del corazón. Soy en fin tan parecida a mí misma en todas partes, que nadie podría ocultarme ni siquiera aquéllos que se quieren hacer pasar por sabios y que tanto ambicionan parecer como tales. A pesar de todos sus gestos a lo único que consiguen parecerse es a monos vestidos de púrpura o asnos cubiertos con piel de león. Procuran hacerlo lo mejor posible pero siempre dejan algún resquicio que les delata, dejando asomar al final, la cabeza de Midas.

En realidad este tipo de hombres son muy ingratos conmigo. Son mis más fieles seguidores y sin embargo sienten tal vergüenza de llevar mi nombre en público que llegan hasta el extremo de reprochárselo a los demás como un signo de deshonor y de infamia. Pero estos locos completos que quieren que se les tenga por tan sabios como Thales, ¿no merecen más bien que se les denomine Morosofos, es decir “sabios-chiflados”? Porque en esta ocasión quiero imitar a los retóricos de nuestros días que se creen pequeños dioses cuando, como la sanguijuela, se sirven de su lengua y consideran como algo maravilloso

mezclar, sin pies ni cabeza, en un discurso latino algunas palabras griegas para darle un sentido enigmático. Si no saben idiomas extranjeros sacan de cualquier mamotreto cuatro o cinco vocablos anticuados con los cuales deslumbran al lector. Los que los entienden se alegran de encontrar ocasión de complacerse en su propia erudición; la admiración que despiertan en los demás es tanto mayor cuanto más incomprensibles se hacen. Es un verdadero placer para mis amigos admirar en demasía las cosas que vienen de lejos. Si entre ellos se halla alguno que quiere pasar por sabio, una ligera sonrisa de satisfacción, un pequeño gesto de aprobación o un movimiento de oreja, como los asnos, bastará para disimular su ignorancia a los ojos de los demás. Pero volvamos a lo nuestro...

Ahora pues, señores... ¿cómo diría yo; señores locos que me escucháis...? ¿Por qué no? Es el título más honorable que la Locura podría conceder a sus iniciados. Bien pues, señores locos que me escucháis, ahora ya sabéis mi nombre. Pero hay muchos que ignoran mi origen y voy a tratar de hacéroslo saber con la ayuda de las Musas.

No he salido del Caos ni del Infierno. No debo mi existencia a Saturno ni a Júpiter ni a ninguna de esas antiguas divinidades de ínfima categoría. Mi padre fue Pluto que, aunque no le agrade a Homero, a Hesíodo o al mismo gran Júpiter, es el padre de los dioses y los hombres; Pluto hoy como entonces revuelve a su antojo y da sentido a todas las cosas sagradas y profanas. Ese Pluto que conduce a su capricho la guerra, la paz, los imperios, los consejos, los tribunales, las asambleas de los pueblos, los matrimonios, los tratados, las alianzas, las leyes, las artes, lo serio, lo alegre, lo... me falta el aliento. Ese Pluto, en fin que gobierna como le place todos los asuntos públicos y privados de los hombres; ese Pluto sin cuyo concurso todo el conjunto de dioses poéticos y me atrevería a decir que hasta los grandes dioses, o no existirían o su vida sería muy precaria; ese Pluto cuya cólera es temible hasta el punto que la misma Pallas no podría apaciguar a pesar de sus preciosos dones; la protección tan poderosa que el feliz mortal que la recibe puede desafiar a Júpiter y su rayo.

Mi padre no me ha concebido en su cerebro como Júpiter concibió en el suyo a la mezquina y brusca Minerva; pero me ha dado por madre a Neotete, la Juventud, la más bonita, la más alegre, la más vivaracha de todas las ninfas. No soy el fruto de los deberes de un triste matrimonio como el del cojitranco Vulcano; he nacido, como dijo el gran Homero “entre los deliciosos transportes del amor”. Y para que no os engañéis no fue cuando era ya viejo y casi ciego, según lo describe Aristófanes, cuando me engendró Pluto, sino mucho antes, cuando se hallaba en la plenitud de su vida y el fuego de la juventud hervía en sus venas en uno de aquellos agradables instantes en que el néctar que había bebido en la mesa de los dioses, le puso de buen humor.

Quizás querréis saber el lugar de mi nacimiento porque hoy día se cree que el lugar donde un niño da los primeros vagidos es de suma importancia para su linaje. Os diré que no he nacido en la isla flotante de Delos ni sobre las olas del mar, ni en las cavernas profundas. Yo vi la primera luz del día en las Islas Afortunadas, país encantador donde la tierra sin ser cultivada, produce ella misma los más ricos manjares. El trabajo, la vejez, las enfermedades no se han conocido jamás en aquellas idílicas campiñas. No crecen en ellas ni la malva ni el altramuz ni el haba ni todas esas plantas que sólo sirven para la gente vulgar. En su lugar la artemisa, la mejorana, la panacea, rosas, violetas y jacintos crecen

por todas partes para regalo de la vista y el olfato convirtiendo aquellos lugares en jardines mil veces más maravillosos que los de Adonis.

Nacido en sitio tan encantador mi venida al mundo no fue anunciada con lágrimas. Desde el momento de nacer se me vio sonreír graciosamente a mi madre. Hubiese sido grave error envidiar a Júpiter la dicha de haber sido amamantado por una cabra porque las dos ninfas más gráciles del mundo, Methe (la Embriaguez) hija de Baco y Apodie (la Ignorancia) hija de Pan, fueron mis nodrizas. Las podéis ver ahí entre mis amigos y seguidores.

Pero a propósito de mis seguidores será cuestión de que os los presente. Aquél que allí veis con aire arrogante, es el Amor Propio. Esta otra con aire complaciente y las manos dispuestas para aplaudir es la Adulación. Aquí está la diosa del Olvido que dormita o parece ya aletargada. Más allá la Pereza cruzada de brazos apoyada sobre los codos. ¿No reconocéis también a la Voluptuosidad con sus guirnaldas y coronas de rosas, las embriagadoras esencias con que se ha perfumado? Y ¿aquella que se pasea de un lado para otro con aire extraviado e indeciso? Es la Demencia. Esa otra de piel tan suave y brillante, de voluptuosas formas, es la diosa de las delicias. Pero hay también dos dioses entre todas estas diosas. Uno es Comos y el otro Morfeo.

Gracias a estos servidores fieles manejo a mi albedrío todo lo que existe en el universo; valiéndome de ellos gobierno a los que gobiernan el mundo.

Ahora ya conocéis mi origen, mi educación y a mi corte. Y para que nadie crea que me he abrogado gratuitamente el título de diosa voy a detallaros la serie de dones que prodigo a los dioses y a los hombres; voy a mostraros toda la extensión de mi imperio. Prestad atención.

Se ha dicho con razón que: “Es don de dioses hacer el bien a los hombres”; si con toda justicia se incluyeron entre los Inmortales a los que inventaron el trigo, el vino, o que han procurado a sus semejantes algún bien de esta índole, ¿no debo ser considerada yo como la más grande de todas las divinidades puesto que concedo a los mortales todos los dones y beneficios juntos?

En primer lugar, ¿hay algo más amable y máspreciado que la vida? ¿Y no soy yo quien la origina? Ni la lanza de la fiera Pallas ni el poderoso Júpiter engendran y multiplican a los hombres. El mismo Júpiter, rey de cielo y tierra, que con su sola mirada hace temblar el Olimpo entero, se ve obligado a dejar sus temibles rayos, cambiar su amenazador aspecto y disfrazarse de pobre comediante cada vez que siente deseos de... hacer lo que hace: procurar ser padre.

Después de los dioses, son los estoicos, según dicen ellos, los más sublimes de todos los seres. Bien, dadme entonces un estoico, tres, cuatro, mil veces más estoico que todos los estoicos juntos; conseguiré que se rape la barba que él considera como símbolo de la sabiduría, aunque los chivos también la llevan; le induciré a cambiar ese aire aburrido desarrugándole el entrecejo y le haré renunciar a sus más severos principios; se dará durante algún tiempo a la alegría y la extravagancia, a la locura. En resumen, por muy sabio que sea si quiere gozar de los placeres de la procreación, es a mí y solamente a mí, a quien debe recurrir.

¿Y por qué no decir las cosas con naturalidad, como yo tengo por costumbre? ¿Decidme, por favor, es la cabeza, el rostro, el pecho, las manos, las orejas, es alguno de estos honestos miembros los que engendran a los dioses y los hombres? En absoluto. El órgano que sirve para la propagación del género humano es tan extravagante y ridículo que no se le puede mencionar sin provocar la risa. Es sin embargo de esta fuente sagrada y no de los números de Pitágoras, de donde fluye la vida de todos los seres.

Y a decir verdad, ¿quién se aprestaría de buen grado al matrimonio si reflexionara con prudencia los inconvenientes de ese estado? ¿Qué mujer cedería a los halagos amorosos de un hombre si pensara con cordura en las incomodidades del embarazo, los dolores y peligros del parto y el paciente trabajo de la educación? Por consiguiente, si debéis la vida al matrimonio y los matrimonios son producto de la Demencia, uno de mis vasallos, ¡daos cuenta de lo mucho que me debéis! Además, cuando una mujer ha experimentado todas estas incomodidades, ¿podría exponerse de nuevo, si mi buena amiga la diosa Olvido no prodigara sobre ella su influjo? ¿Que el poeta Lucrecio diga lo que quiera! Pero ni la misma Venus podría negar que, sin mi concurso divino, todo su poder carecería de energía, quedaría sin fuerza y sin efecto.

Es pues de este juego extravagante y ridículo que yo presido, de donde proceden esos filósofos presuntuosos a los cuales han sucedido esas personas que el vulgo llama “frailes”; es el origen de reyes cubiertos de púrpura, sacerdotes, papas y nuestros Santos Padres. De allí descienden igualmente el incontable número de divinidades poéticas del Olimpo que a pesar de su extensión apenas puede albergarlas.

Pero no basta con demostraros que es a mí a quien debéis el principio de vuestra existencia; os haré ver también que todos los beneficios, todos los placeres de esta vida, no son más que regalos que debéis a mi generosidad.

En efecto. ¿Qué sería la vida si suprimís los placeres? ¿Merecería vivirla...? ¿Me aplaudís, amigos míos? ¡Ah! Ya sabía que seríais lo bastante locos, es decir, lo bastante sabios para compartir mi opinión... Los mismos estoicos aman el placer; no sabrían odiarlo, pero saben disimularlo, tratan de difamar la voluptuosidad a los ojos del vulgo prodigándole las más atroces injurias. ¡Pura farsa! Pretenden alejar a los demás para disfrutar de ella con más libertad. ¡Mas, por todos los dioses! Que digan si hay un solo instante en la vida que no sea triste, enojoso, desagradable, insípido, insoportable, si no interviene el placer, es decir, la locura. Podría conformarme con aportar aquí el testimonio de Sófocles, el nunca bien ponderado poeta que hizo de mí tan bello elogio cuando dijo: “la vida más agradable es la que transcurre sin prudencia alguna”. Pero examinemos la cuestión con más detalle.

En primer lugar, ¿no es cierto que la infancia, los primeros años del hombre, es la más alegre y encantadora de todas las edades? Se ama a los niños, se les besa, se les abraza, se les acaricia, se les mimas; hasta un enemigo es capaz de correr en su ayuda. ¿Cuál es la causa? Sencillamente que desde su nacimiento, la naturaleza, madre previsora, los ha rodeado de una atmósfera de locura que hechiza a los que les educan, les libra de sus preocupaciones y atrae hacia esos pequeños seres la protección que necesitan.

En la edad que sucede a la infancia, ¡qué encantadores son a los ojos de todo el mundo! ¡Con qué solicitud nos apresuramos a favorecerlos, ayudarles, socorrerles! ¿Quién

les concede a esos jóvenes en esa edad maravillosa la sabiduría inoportuna prodigando sobre ellos el seductor encanto de los placeres? Y por último para que no creáis que no son más que fantasías más considerad a los hombres ya adultos, que la experiencia y el estudio comienza a convertir en sabios; de pronto, la belleza comienza a esfumarse, la alegría se extingue, las fuerzas disminuyen, la gracia desaparece; a medida que se alejan de mí, la vida les abandona cada vez más hasta que al fin llegan a esa malhumorada vejez que es una carga para ellos y para los demás.

Desde luego no habría ningún mortal capaz de soportar esa vejez si las miserias de la humanidad no me indujeran de nuevo a venir en su ayuda. Como a los dioses de los poetas que cuando los mortales se hallan a punto de perder la vida cambian de naturaleza, por medio de una metamorfosis, también yo transformo a los ancianos que se hallan al borde de la tumba acercándolos tanto como puedo a su feliz infancia.

Si alguien quiere saber de qué medios me valgo para realizar esta transformación, no tengo reparo en decírselo. Los conduzco a las fuentes del Leteo que se hallan en las Islas Afortunadas (por el Infierno no discurre más que un pequeño arroyo de este río); allí les hago beber a grandes sorbos el olvido de todas las miserias de esta vida; sus inquietudes y sus penas se disipan poco a poco y se rejuvenecen.

Me diréis tal vez que se vuelven extravagantes, que chochean. Naturalmente. Precisamente a esto se le llama volver a la infancia. Divagar, tontear, ¿no es precisamente lo que hace un niño? ¿No es justamente por esa falta de razonamiento por lo que nos alegra y nos divierte? Si por ejemplo viésemos a un niño con la prudencia y sabiduría de un adulto, ¿no lo contemplaríamos como a un monstruo? El proverbio tiene razón cuando afirma: “Odio en los niños la sabiduría precoz”.

¿Cómo se podrían soportar las relaciones con un anciano que tuviese tan buena presencia de ánimo como sereno juicio y clara experiencia? Soy yo pues, quien le inspira el delirio que le hace divagar, ese maravilloso delirio que aparta lejos de él las inquietudes y los sufrimientos que torturan al sabio. Compañero agradable, sabe todavía con el vaso en la mano, hacer honor a sus amigos. Vive alegremente y apenas siente el pesado fardo de la existencia que, personas más robustas apenas pueden soportar. Algunas veces incluso hace como el buen anciano de Plauto: aprende a conjugar de nuevo el verbo “amar”. ¡Cuánto lo lamentaría de estar en su sano juicio!

Sin embargo, feliz, gracias a mis beneficios, es apreciado por sus amigos y hace todavía un buen papel en una conversación chispeante. Si hemos de creer a Homero, de la boca del anciano Néstor brotaban palabras dulces como la miel mientras que el impetuoso Aquiles no exhalaba más que amargas quejas y según el mismo poeta, los ancianos, al resguardo de los muros, pronunciaban brillantes charlas salpicadas de ingenio. Respecto a esto la vejez lleva ventaja sobre la infancia porque ésta por muy dichosa que se sienta, se ve privada de un placer bien caro en la vida: el placer del parloteo.

Por otra parte los ancianos gustan de la compañía de los niños y éstos de la de los ancianos; “porque los dioses les place unir los seres que se semejan”. Así es, porque si prescindimos de las arrugas y los años que implican la vejez, ¿habrán dos seres que se parezcan tanto como un anciano y un niño? Iguales los cabellos, la boca sin dientes, cuerpo reducido; les gusta la leche, parlotean, tartamudean; el embobamiento, el olvido, la

indiscreción, todo concurre para formar entre las dos edades un parecido perfecto. Cuanto más viejo se hace un hombre tanto más se parece a los niños, hasta que al fin se marchan de este mundo como verdaderos niños, sin guardarle rencor a la vida y sin darse cuenta de la muerte.

Comparemos si queréis, estos dones que concedo a los hombres con las metamorfosis de algunos dioses. No me refiero a las realizadas en un raptó de cólera sino aquellas que se consideran como las mayores muestras de su generosidad. ¿Qué hacen ellos por sus amigos moribundos? Los transforman en árbol, en pájaro, en cigarra e incluso en serpiente. ¿Y no es realmente morir cambiar así de naturaleza? Yo, sin destruir al hombre, lo conduzco a la época más feliz de su vida. ¡Ah si los hombres renunciases enteramente a la sabiduría, si estuviesen conmigo durante el transcurso de toda su vida, ignorarían los sufrimientos de la triste vejez y los encantos de una juventud eterna les proporcionaría en todo momento la alegría y la felicidad!

Ved esas personas delgadas, tristes y hurañas que se dedican al estudio de la filosofía, o a cualquier otra disciplina seria y difícil; su espíritu continuamente agitado por un torbellino de los más diversos pensamientos, influye sobre su temperamento; el espíritu se disipa, su fuente vital se seca y generalmente se hacen viejos sin haber pasado por jóvenes. Mis locos, por el contrario, siempre lozanos y rollizos llevan en su rostro la viva imagen de la salud y la alegría, como cebones bien alimentados. Ninguno sentiría los achaques de la vejez si de vez en cuando no fuesen contagiados por los sabios. Pero el hombre no está hecho para ser completamente feliz sobre la tierra.

Un antiguo proverbio viene a confirmar lo que acabo de decir: “La locura retrasa la pérdida precoz de la juventud y aleja de nosotros la inoportuna vejez.”

Con razón se dice de los de Brabante que cuanto más envejecen más locos se vuelven, al revés de los demás mortales que a medida que avanzan en edad lo hacen igualmente en prudencia. No hay por consiguiente, país donde las relaciones sean más agradables y que se sufran menos los achaques de la vejez. Otro pueblo parecido al de Brabante, tanto por sus costumbres como por su clima, es el de mis buenos amigos los holandeses. ¿Por qué no iba a llamarles amigos si me honran y me sirven con tanto celo, que han merecido el calificativo de locos y que lejos de avergonzarse blasonan de ello como un timbre de gloria?

¡Ahora id mortales extravagantes, id a invocar a Medea, Circe, Venus, Aurora! ¡Corred y buscad por todas partes, quién sabe qué fuente imaginaria para rejuvenecer! Soy yo solamente quien puede devolveros esa juventud tan deseada, sólo yo la puedo dar a todos los hombres. Únicamente yo poseo esa fórmula maravillosa que utilizó la hija de Memnón para prolongar la juventud de Tithón, su abuelo. Yo soy aquella Venus que supo devolver a Faón la seducción y fuerza de la juventud de un modo tal, que Safo quedó profundamente enamorada de él. Si hay algunas hierbas mágicas, algún hechizo o fuente que tenga la virtud de devolver la juventud o lo que es mejor aún, conservarla eternamente, es en mis dominios donde hay que buscarlas.

Si convenís entonces conmigo que no hay nada tan amable como la juventud ni tan detestable como la vejez, os daréis cuenta de lo mucho que me debéis, a mí, que sé conservar tan gran bien y alejar un mal semejante.

Pero ya hemos hablado demasiado de los mortales. Vamos ahora a recorrer juntos los vastos dominios del Olimpo; examinemos todos los dioses uno por uno y admitiré que mi nombre sea considerado como una injuria si encontráis tan sólo uno, por poco amable que sea, que no deba a mis favores la mayor parte de su gloria. ¿Por qué esa chispeante juventud que brilla continuamente en el rostro de Baco? ¿Esa cabellera de adolescente que le cae graciosamente sobre sus hombros? Porque este dios, siempre loco, siempre ebrio, pasa su vida en juegos, bailes y festines y se guarda muy bien de tener la menor relación con Palas. Está muy lejos de su intención el hacerse pasar por sabio. Los juegos y placeres de la locura, es la forma que más le agrada de rendirle culto. No se ofende si la gente lo tacha de demente, calificativo que le viene porque estando sentado a la puerta del templo, los labriegos le tiraban higos frescos y le echaban vino por encima. ¿La comedia antigua no lo ha representado siempre como un loco? ¡Oh! ¡El más divertido de todos los dioses, decían los antiguos, que no merecía haber nacido como los hombres y los dioses! No encontraremos a ninguno que no quiera parecerse a este dios extravagante y alegre, siempre joven, siempre dispuesto a llevar por todas partes la alegría y el placer y no a Júpiter por ejemplo, con su sombrío y severo aspecto que hace temblar cielos y tierra, o a Pan que todo lo emponzoña con sus vanos temores, o Vulcano siempre cubierto de cenizas y carbón, rodeado de chispas y ennegrecido por el humo de la fragua o al mismo Palas que mira de soslayo y os hace temblar con su lanza y su terrible aspecto.

¿Por qué vemos a Cupido siempre niño? ¿Por qué? Porque alocado y travieso no dice siempre más que tonterías. ¿Por qué la juventud conserva siempre los atractivos de Venus? Porque es un poco de mi familia. Y quizás no sería tan rubia si este color no lo heredase del padre. Por otra parte si hemos de creer a los poetas y a sus rivales los escultores, ¿no brilla siempre una risa loca en su rostro encantador? Flora, esa diosa voluptuosa, creadora de tantos placeres, ¿no fue la divinidad que con más fervor adoraron los romanos?

Del mismo modo si creemos a Homero y otros poetas veríamos a los dioses que pasan por tristes y severos, someterse al dulce imperio de la locura.

Sin hablar de otros escarceos del terrible Júpiter ya conocéis sus amoríos y sus andanzas por la tierra. Y Diana, tan orgullosa que olvidando su sexo se dedica a cazar por los bosques y que termina ardientemente enamorada del bello Endimión... Casi preferiría que Momus les reprochase a estos dioses sus extravagancias como hacía tiempo atrás, pero últimamente se mostraron tan molestos con él por aguarles todas las fiestas con su inoportuna prudencia, que lo precipitaron desde el cielo junto con la Discordia. Desde entonces anda vagando por la tierra sin que ningún mortal se haya dignado darle cobijo; tampoco alberga la menor esperanza de ser recibido en ninguna corte porque la Adulación que es uno de mis vasallos es allí la reina y señora y sus relaciones con Momus son tan cordiales como entre lobos y corderos.

Desembarazados ahora de censor tan inoportuno, los dioses se entregan con toda libertad a toda clase de placeres y frívolas diversiones. ¡Qué de chistes y ocurrencias dice el ridículo Príapo! ¡Qué placer para los dioses contemplar las trampas y bribonadas de Mercurio! Hasta el mismo Vulcano hace bufonadas cuando se sientan a la mesa. Lo mismo les hace reír con su cómico andar que les incita a beber con sus bromas y chascarrillos.

Silene, que a pesar de su edad, aún se divierte haciendo el amor y bailando con Polifemo y las ninfas danzas burlescas y ridículas. Los sátiros con pies de cabra adoptan mil posturas lascivas que despiertan la voluptuosidad. Pan con sus canciones rústicas y groseras hace reír a los dioses que prefieren su música a la de las Musas, sobre todo cuando el néctar comienza a subir a la cabeza. ¡Ah! ¡Si yo os contase todas las extravagancias que hacen en la sobremesa cuando ya se hallan embriagados! La verdad es que, a pesar de lo loca que soy, algunas veces no puedo contener la risa! Pero ¡silencio! Algún dios podría oírnos y yo sufriría la suerte de Momus.

Siguiendo el ejemplo de Homero que lo mismo va del cielo a la tierra que de la tierra al cielo, dejó el Olimpo para volver de nuevo entre los hombres. No, no hay en la tierra alegría, felicidad ni placer que no venga de mí. ¡Ved en primer lugar con qué previsión la naturaleza, esa tierna madre del género humano, ha tenido cuidado de sembrar por todas partes la semilla de la locura! Porque según los estoicos ser sabio es tomar a la razón por guía; ser loco es dejarse arrastrar por las pasiones. Por esto Júpiter para mitigar un poco las amarguras y sinsabores de la vida, ¿no les dio más pasiones que razón? La proporción es del ciento por uno. Y ha relegado la razón a un pequeño rincón de la cabeza mientras que ha dejado el resto del cuerpo a las continuas agitaciones de las pasiones. A esta pobre razón sola y aislada le ha puesto dos terribles tiranos impetuosos y violentos: la cólera, que reina en la parte superior y por consecuencia en el corazón, fuente de la vida y la concupiscencia cuyo imperio se extiende a las partes menos honestas.

La conducta de los hombres demuestra claramente lo que puede la razón contra estos dos potentes enemigos. Prescribe las leyes de la honestidad, grita hasta enronquecer para hacerlas observar; a eso se reduce toda su influencia. Sus enemigos se burlan de esta pretendida reina, la insultan, gritan más que ella hasta que al fin deja de ofrecer una resistencia inútil consintiendo en todo lo que aquéllas quieren.

Pero como el hombre destinado a los difíciles negocios del mundo no tendría suficiente con tan pequeña porción de buen juicio para resolverlos con acierto, Júpiter no sabiendo qué hacer, me llamó, para consultarme, como tiene por costumbre. Yo le di en seguida un consejo digno de mí. “Haz una mujer -le dije- y entrégasela al hombre como compañera. Es cierto que la mujer es un ser alocado y frívolo, pero también resulta agradable. Viviendo con el hombre sabrá atemperar y endulzar con sus locuras, sus penas y aburrimiento.”

Cuando Platón pareció dudar si debía clasificar a la mujer entre los animales racionales o no, quiso solamente subrayar la extremada locura de este sexo encantador. Realmente si una mujer quiere hacerse pasar por prudente no hace más que añadir una nueva locura a las que ya padece, porque cuando se recibe de la naturaleza no se hace más que aumentarla cuando se la quiere disimular bajo la máscara de la virtud. *La mona aunque se vista de seda, mona se queda*, dice el refrán. Por esto una mujer es siempre mujer, es decir, loca, por muchos esfuerzos que realice para ocultarlo.

No creo que la locura de las mujeres llegue al extremo de molestarse por lo que les digo aquí. Yo soy de su sexo, soy la Locura; demostrar que están locas, ¿no es el mayor elogio que puedo prodigarles? En efecto, bien entendidas las cosas, ¿no es gracias a esta Locura por lo que tienen la obligación de ser más felices que los hombres? ¿No es de ella

precisamente de quien reciben los encantos y atractivos que prefieren por encima de todo y de los cuales se valen para encadenar a los más fieros tiranos?

¿De dónde procede en los hombres ese aspecto áspero y salvaje, su piel velluda, su barba poblada y ese aire avejentado que tiene en todas las edades? Procede del mayor de todos los vicios: la sabiduría. Las mujeres por el contrario tienen las mejillas tersas, la voz dulce, la piel delicada, todo en ellas ofrece la imagen de una eterna juventud. Además, ¿desean otra cosa que no sea complacer a los hombres? ¿No es ese el objeto de sus perfifollos, sus perfumes y todas esas preparaciones cosméticas que sirven para embellecer, pintar o disimular el rostro? ¿Y no es por medio de la locura como pueden conseguir el fin que se proponen? Y si los hombres sufren pacientemente todo eso de las mujeres ¿no es con la esperanza del placer que ellas puedan proporcionarles? ¿Y ese placer en qué consiste? En la locura.

Para convencerse de esta verdad basta con fijarse en las tonterías que dice un hombre y las insensateces que comete siempre que desea obtener los favores de una mujer. Ya sabéis pues el origen de ese gran placer de la vida. Mucha gente, sin embargo, y en especial los viejos prefieren los favores de Baco a los del amor, encontrando la máxima voluptuosidad en los placeres de la mesa. No voy a examinar aquí si puede celebrarse un buen banquete sin mujeres. Lo que sí puedo asegurar es que no habrá ninguno que no resulte triste e insípido si la locura no reina en ellos. Tanto es así que si no asiste nadie de alocado temperamento, se contrata un bufón o se invita a algún gorrón simpático que amenice la mesa con sus chistes y agudezas, es decir con sus locuras.

En efecto, ¿para qué atiborrar el vientre de exquisitos manjares si los ojos y los oídos no toman parte igualmente del festín, si el espíritu no se alegra con juegos, risas y placeres? Todas esas divertidas bromas que se hacen en los banquetes como sacar a suertes el rey de la fiesta, cantar y beber por turno, bailar, saltar, hacer payasadas, ¿quién creéis que lo ha establecido? ¿Los siete sabios de Grecia? Nada de eso. Soy yo quien lo ha inventado para regocijo del género humano. Cuanta más locura hay en esta clase de diversiones más se prolonga la vida de los hombres, pues cuando resulta triste no merece llamarse vida, y sería triste si estos placeres no ahuyentaran los sufrimientos que la persiguen sin cesar.

Hay gentes también que, insensibles a estos placeres, no encuentran la felicidad más que en la amistad. La amistad según ellos es el mejor de todos los bienes; “tan necesario a la vida como el agua, el fuego y el aire”. Es para el hombre lo que el sol para la naturaleza; es en fin tan agradable y tan honesta (este calificativo no viene a cuento) que los mismos filósofos la han clasificado entre los más grandes dones. Bien, ¿y si yo os demostrara que también soy yo quien da origen y vida a estas amistades? Nada me será más fácil. Os lo voy a mostrar tan claro como el día, pero sin emplear dilemas, sorites o alguno de esos razonamientos capciosos de que se sirven nuestros sutiles lógicos; lo haré con las solas luces del sentido común. Comienzo pues:

Cerrar los ojos a las tonterías que comenten nuestros amigos, ilusionarse con sus defectos, imitarlos, apreciar sus más grandes vicios como si fuesen elevadas virtudes, ¿no es eso verdadera locura? El hombre que besa amorosamente un lunar en el rostro de su amante o el otro que acaricia voluptuosamente una verruga de su amada, el padre cuyo

hijo es bizco y cree que no hay mirada más atractiva que la suya, ¿no son realmente locuras? Sí, podéis decir cuanto queráis que son locuras, locuras absurdas, pero tenéis que convenir que esas locuras son las que sostienen las amistades. Yo no hablo aquí más que de los mortales que nacen con defectos, considerando el mejor aquel que tiene menos. En cuanto a los sabios que se creen pequeños dioses, la amistad no les une casi nunca y si alguna vez la consiguen es una amistad triste y desagradable limitada a un corto número de personas. Asegurar sin embargo que no quieren absolutamente a nadie tampoco sería cierto: la mayor parte de los hombres están locos, hasta se puede afirmar que no hay nadie que no tenga varias clases de locura. Es por consiguiente la afinidad en las mismas el origen de las amistades.

Esos filósofos severos se unen pues con lazos de amistad mutua que de otra forma sería muy precaria y efímera entre gentes siempre tristes y malhumoradas con mirada de lince para los defectos ajenos y ciegos para los propios; personas en fin para quienes el refrán de la paja y la viga parece hecho a su medida. En efecto, cuando se piensa que todos los hombres están condenados a tener algunos defectos capitales; cuando se considera la diferencia prodigiosa que la edad, el carácter y las inclinaciones diversas establecen entre ellos; cuando se piensa en todas las debilidades y errores a que su vida está sujeta, ¿cómo imaginar que la dulzura de la amistad pueda subsistir ni siquiera el corto espacio de una sola hora entre hombres tan penetrantes, a menos que la locura, podéis llamarle si queréis, benevolencia, no viniese a suavizar la severidad de su carácter? ¡Además! Cupido, el autor de todas las amistades agradables, ¿no es acaso ciego? ¿No confunde a veces la fealdad con la belleza? Gracias a él todos los hombres están satisfechos con lo que aman: el anciano ama a su vieja amiga, como el joven adora a su joven amante. En cualquier caso es ridículo lo que encontramos siempre. Son estas ridiculeces pues, las que atan los lazos de la amistad.

Lo que acabo de decir de la amistad sirve más aún para el matrimonio. ¡Oh dioses! ¡Cuántos divorcios, cuántos acontecimientos funestos no veríamos todos los días si la adulación, la complacencia, la disimulación y los engaños todos pertenecientes a mi séquito no mantuviesen esa unión entre el hombre y la mujer! ¡Ah! ¡Qué pocos matrimonios se llevarían a cabo si el futuro tuviese la prudencia de informarnos detalladamente de los hechos ocultos que la joven amada, de apariencia tan modesta, ha protagonizado mucho antes del matrimonio! Y de los ya consumados, ¿cuántos se conservarían por mucho tiempo si la negligencia o la estupidez de los maridos no les impidiese ver las acciones y gestos de sus queridas esposas?

Evidentemente todo eso no es más que locura; sin embargo precisamente esta locura es la que hace que la mujer guste al marido y el marido a la mujer; es la que conserva la paz en el hogar e impide rupturas y divorcios. Se hace mofa del marido burlado llamándole cornudo, calzonazos y no sé cuantas cosas más mientras que el infeliz seca con sus besos las pérfidas lágrimas de la esposa infiel. ¿Pero no es mil veces más feliz cayendo en este dulce error que abandonarse a los tormentos e inquietudes de los celos y sembrar por doquier la confusión y el desorden con trágicas escenas?

En resumen, sin mí no veréis en la vida ningún lazo agradable o duradero. El monarca resultaría pronto insoportable a su pueblo, el criado a su dueño, el amante a su

amiga, el discípulo al maestro, un amigo al otro, el marido a su mujer, el anfitrión a su huésped. Se mecen mutuamente las dulces ilusiones del error, la adulación y la benevolencia o de cualquier otra agradable locura.

Estoy segura que ya no os asombráis de todo lo que os he dicho, pero aún hay más.

Decidme por favor ¿se puede amar a alguien cuando uno se odia a sí mismo? ¿Se puede vivir en buenas relaciones con los demás cuando no se está de acuerdo con los propios sentimientos? ¿Se puede aportar algo positivo a la sociedad cuando se está cansado y aburrido de la propia existencia? Se precisaría estar más loco que la propia Locura para responder afirmativamente a todas estas preguntas. Y a la inversa, si el hombre no pudiese soportar a los demás terminaría por no poder sufrir a sí mismo: disgustado de todo lo que le rodea pronto se convertiría a sus propios ojos en un ser odioso, porque la naturaleza a veces, más madrastra que madre, les ha dado a los hombres y especialmente a los inteligentes el desgraciado defecto de desdeñar lo que poseen y admirar lo que no tienen. Defecto funesto que altera y destruye por completo todas las ventajas y encantos de la vida.

¿De qué servirá la belleza, el don más maravilloso que los Inmortales hayan podido conceder a los hombres si el que la posee se desprecia a sí mismo? ¿Cuáles son los goces de la juventud si se halla emponzoñada por el negro veneno de la melancolía? ¿Se realizarían, en fin, ninguna acción pública ni privada que se pudiera hacer de propia iniciativa (porque la iniciativa no es solamente el gran principio de las artes sino de todas las acciones de la vida), sin la ayuda del Amor Propio que veis aquí a mi derecha, que por el celo que demuestra en servirme merece todo el cariño de que le hago objeto?

¿Habrá mayor locura que complacerse en lo que uno hace y admirarse a sí mismo? Confesad por consiguiente que a esa locura debéis todo lo que habéis realizado de bueno y agradable. Sí, sin amor propio no hay agrado, no hay gracia, no hay interés en vuestras acciones. Una vez destruido este dulce encanto de la vida ya no habrá ardor en las palabras del orador, calidad en las notas del músico, gracia en los gestos del cómico, serán objeto de burla el poeta y las musas, se despreciará al pintor y a su arte y se verá al médico morir de hambre entre sus pócimas. Un Nireo pasará por un Tersite, un Faón por un Néstor, un hombre de ingenio será visto como un imbécil, un hombre de mérito como un niño y el más cumplido caballero como un palurdo. Es preciso por consiguiente que cada uno se ame a sí mismo y obtenga su propio voto, por así decirlo, antes que pretender el de los demás.

Estar contento de lo que se es y de lo que se tiene, ¿no constituye la mayor parte de la felicidad? Pues bien es mi querido Amor Propio quien os regala este beneficio; es él quien hace que cada uno se muestre orgulloso de su aspecto, de su ingenio, de su cuna, de su condición, de sus costumbres y de su patria. Gracias a él los irlandeses se creen más felices que los italianos, los de Tracia más que los atenienses, los escitas más que cualquier habitante de las Islas Afortunadas. ¡Admirable efecto el de los previsores cuidados de la naturaleza que, a pesar de la infinita diversidad de dones que distribuye a los mortales, mantiene siempre un justo equilibrio entre los que otorga a cada uno!

Si a alguien le rehúsa algunos de sus dones como compensación le da un poco más de amor propio. Pero ¡qué loca soy al afirmar que le niega algo! ¿El amor propio no es el mejor presente que pueda hacerle?

Voy a demostrar también que no hay bellas acciones de las que yo no sea la promotora ni ciencia ni arte un poco recomendables que no me deban a mí su existencia. La guerra por ejemplo, ¿no es el origen de todas las acciones que los hombres admiran? ¿No es allí donde se preparan los campos gloriosos para que los héroes recojan sus laureles? No hay nada más loco que esas pugnas que surgen con frecuencia sin saber por qué y que siempre son más nocivas que útiles para los bandos que las sostienen. Los que mueren en la guerra ya no cuentan para nada. Cuando dos ejércitos se enfrentan y el vibrante sonido de las trompetas atruena los aires, ¿de qué servirían esos filósofos que, agotados por el estudio, arrastran una vida triste y lánguida? Se precisan allí gentes fuertes y robustas con tanto exceso de valor como defecto de buen sentido. A menos que se prefieran soldados tales como Demóstenes que siguiendo el consejo de Arquíloco en cuanto percibió al enemigo arrojó su escudo y salió huyendo demostrando con ello que era tan cobarde en la guerra como elocuente en el foro.

Me diréis quizás: “La prudencia es también necesaria en la guerra”. De acuerdo, es necesaria a los jefes; pero una prudencia militar y no filosófica, la cual es inútil para el resto del ejército. Son los parásitos, truhanes, ladrones, asesinos, palurdos e imbéciles; en una palabra, la escoria de la sociedad la encargada de cosechar los laureles de la victoria que no están hechos para los filósofos.

Si queréis convencerlos hasta qué punto estos pobres filósofos son ineptos para los negocios del mundo, mirad a Sócrates, ese filósofo a quien el oráculo de Apolo llamó estúpidamente el más sabio de los mortales. Viéndose un día obligado a tratar no se qué asunto en público, lo hizo tan mal que todo el mundo se burló de él. Es preciso reconocer, sin embargo, que tenía ideas que no eran tan absurdas; por ejemplo, cuando rehusó el título de sabio, diciendo que eso no pertenecía más que a la divinidad, o bien cuando dijo que el filósofo no debe mezclarse en la política. Pero hubiese hecho mucho mejor en enseñar que para ser hombre se precisa renunciar completamente a la sabiduría. ¿Quién fue el causante de las acusaciones que se formularon contra él y del juicio que le condenó a beber la cicuta? ¿No fue la misma sabiduría? No le habría acontecido esa desgracia si en lugar de dedicarse a filosofar sobre las nubes y las ideas, en lugar de entretenerse en medir el pie de una pulga o de extasiarse contemplando el revoloteo de una mosca, hubiese aprendido lo necesario para defenderse en los negocios del mundo. Pero veo a Platón, el célebre discípulo de Sócrates, temblando por la vida de su maestro, adelantarse para defender su causa. ¡Excelente abogado! Anonadado por el vocerío de la asamblea apenas pudo pronunciar la mitad de su primera frase. ¿No le ocurrió a Teofrasto poco más o menos lo mismo cuando queriendo pronunciar un discurso en público se mostró tan turbado que no pudo articular una sola palabra? No era aquel hombre precisamente el más adecuado para inspirar valor a los soldados en lo más duro de la batalla. Sócrates era tan tímido que jamás se atrevió a abrir la boca en público. El mismo Cicerón, padre de la elocuencia romana, tenía un aspecto torpe, temblaba y tartamudeaba como un chiquillo cuando comenzaba sus discursos. Es cierto que Fabio considera esta timidez como signo

de orador prudente que conoce el peligro. ¿Pero hablar así, no es confesar abiertamente que la sabiduría impide siempre hacer las cosas bien? ¡Vaya papel brillante que hubiesen hecho todos estos grandes hombres a la vista del enemigo, ellos, que no tenían sangre en las venas cuando solamente se trataba de pelear con la lengua!

A pesar de eso, bien sabe Dios lo que se repite la célebre frase de Platón: “¡Más felices serían los Estados si gobernasen los filósofos o si los que gobernasen fuesen filósofos!”

Pero consultad los historiadores y veréis que no hubo nunca príncipes tan funestos a los Estados como los que se dedicaron al estudio de la filosofía o las bellas artes. ¿No bastará para demostrarlo el ejemplo de los dos Catones? El uno turba la tranquilidad de la república con sus delaciones inútiles; el otro queriendo defender con tanta prudencia la libertad del pueblo romano la destruyó por completo. Añadid a esto los Brutos, Casios, Gracos y el mismo Cicerón que hizo tanto daño a la república romana como Demóstenes a la de Atenas.

Confesaré si queréis que Marco Antonio fue un buen emperador, pero también tengo mis dudas porque su título de filósofo le hizo insoportable y odioso a los ojos de sus ciudadanos. Pero suponiendo que su gobierno haya reportado algún beneficio a la república, ¿podrían compararse con los males que trajo consigo al dejar como sucesor a su hijo cuya actuación tuvo un resultado tan funesto? Todos los que se dedican a la filosofía y que ordinariamente poseen tan poco tino para el manejo de los negocios de la vida, suelen obtener pésimos resultados en la formación de sus semejantes, cosa que considero como una sabia precaución de la naturaleza que quiere impedir que esa funesta sabiduría haga demasiados progresos entre los hombres. Se sabe que Cicerón tuvo un hijo degenerado y, según observó alguien acertadamente, los hijos de Sócrates se parecían más a su madre que a su padre, es decir, estaban locos.

Aún podría admitirse que los filósofos se comportasen en los empleos y cargos públicos como un asno ante una lira si al menos tuviesen más acierto en los negocios de su vida privada. Pero llevad un filósofo a un banquete; su silencio melancólico o sus preguntas fuera de lugar aguarán la fiesta a cada instante. Hacedle bailar y le veréis moverse con la gracia y ligereza de un camello. Arrastradle a un espectáculo y su sola presencia ahuyentará la alegría viéndose precisado a marcharse del teatro si no puede dejar aunque sea por unos momentos, su aire grave y severo. Si interviene en algún grupo que sostenga una conversación animada, su aparición provocará de pronto el silencio. Si se trata de comprar alguna cosa, contratar o realizar cualquier actividad propia de la vida cotidiana, veréis desenvolverse a nuestro pobre filósofo con la torpeza de una mula. En resumen, es inepto para todos los asuntos de la vida. Se halla siempre tan alejado de la opinión común que no puede ser útil a los suyos, a su patria, ni siquiera a sí mismo. Sus hábitos y sentimientos tan extraordinarios deben atraerle necesariamente el odio universal. ¿Es que hay alguna cosa en el mundo que no esté marcada con el sello de la Locura, que no sea hecha por locos y para locos? Si alguien pretende, él solo, oponerse a esta locura universal, le aconsejo que siga más bien el ejemplo de Timón el Misántropo marchándose a cualquier lejana soledad donde pueda gozar a solas de su amada sabiduría.

Volviendo a lo que decía anteriormente, ¿qué fuerza les ha impelido a los hombres, de natural duros y salvajes, a agruparse en ciudades y vivir en sociedad? Es la Adulación. La lira de Anfión y Orfeo no significa otra cosa. Cuando el pueblo de Roma, rebelado contra el Senado estaba dispuesto a llevar al último extremo su protesta, ¿cómo se consiguió la paz y la concordia? ¿Fue con un discurso filosófico? Nada de eso. Bastó sencillamente la fábula pueril de los miembros y el estómago. Temístocles con la de la zorra y el erizo, tan ridícula como la anterior, consiguió un efecto similar. ¿Qué sabio con toda su elocuencia podría conseguir lo que Sertorio con su fábula de la cierva y el ridículo apólogo de las colas de caballo o lo que hizo Licurgo con sus dos perros? Y no menciono a Minos y Numa que con las fábulas que inventaron consiguieron gobernar al extravagante populacho. Son éstas y otras naderías las que pueden convencer a esa enorme y poderosa bestia que se llama pueblo.

Por otra parte, ¿qué ciudad ha consentido jamás adoptar las leyes de Platón o de Aristóteles o seguir las máximas de Sócrates? ¿Quién consiguió convencer a los Decios a sacrificarse por su patria, a los Curcios a despeñarse por un precipicio si no es la vanagloria, esa Sirena encantadora que disgusta tan soberanamente a los sabios?

No hay nada más extravagante, dicen ellos, que halagar cobardemente al pueblo para recibir sus favores y buscar con tanto ardor los aplausos de tantos locos, extasiarse con las aclamaciones tumultuosas y dejarse llevar en triunfo como las imágenes de los dioses, o hacerse elevar como una estatua en medio de un desfile para ser contemplado por el populacho. Esos nombres, títulos y honores divinos rendidos a hombres que no merecían ni el calificativo de tales, esas apoteosis públicas en honor de los tiranos más odiosos, todas esas cosas, dicen los filósofos, no son más que locuras ridículas dignas solamente de burla.

Y bien señores, ¿quién dice lo contrario? Pero precisamente atraídos por estas locuras los mayores héroes han realizado sus grandes hazañas que poetas y oradores han glosado tan profusamente. Es esta locura la que forma las ciudades, la que sostiene los imperios, las leyes, la religión, los Consejos, los tribunales; en una palabra, es esta locura base y fundamento de la vida humana y la que gobierna el universo a su antojo.

Por decir algo también de las ciencias y las artes, ¿no es la sed de gloria la que arrastra a los hombres a inventar y transmitir a la posteridad esas artes y ciencias consideradas como conquistas maravillosas? Más locos que todos los demás locos juntos, científicos y artistas han creído, vana quimera por cierto, que la fama les resarciría con creces de sus trabajos y desvelos.

En resumen gracias a esta locura habéis conseguido gozar de los mejores momentos de vuestra vida y también la satisfacción de disfrutar de la locura de los demás.

Después de haber alabado mi poder y habilidad, ¿qué diríais si me dispusiera a elogiar mi prudencia? “¡Bah! -diréis- demostrar que la prudencia pueda aliarse con la locura sería como probar que el agua puede mezclarse con el fuego.” Sin embargo espero conseguirlo si me escucháis con la misma atención que lo venís haciendo hasta ahora.

En primer lugar si la prudencia consiste en la experiencia, ¿quién merece más justamente el glorioso título de prudente, el sabio a quien el temor o la vergüenza le impiden iniciar cualquier empresa, o el loco que careciendo de vergüenza y no conociendo

el miedo emprende osadamente todo lo que le viene al pensamiento? El sabio con la nariz metida siempre en los libros no aprende más que palabras sutilmente combinadas; el loco por el contrario expuesto continuamente a todos los caprichos de la suerte, aprende, a fuerza de reveses, la verdadera prudencia. Homero ciego como estaba, veía bien claro cuando dijo: “El loco aprende a ser prudente a su propia costa”. Porque hay siempre dos cosas que impiden al hombre llegar a conocer bien las cosas: la timidez que le ofusca y el miedo que le muestra el peligro y le disuade de emprender las grandes empresas. Pero la locura nos desembaraza por completo de esos dos impedimentos. Hay poca gente que se dé cuenta de la cantidad de ventajas que consiguen aquéllos que renuncian para siempre a la timidez y al miedo. Quizás haya quien prefiera esa prudencia que consiste en formarse una justa idea de las cosas; pero escuchadme con atención y veréis cuán alejados se hallan de esa virtud incluso los que creen poseerla por entero.

En primer lugar está bien claro que todas las cosas de la vida como las Silenas de Alcibiades, tienen dos facetas completamente diferentes. En principio vemos la parte externa de las cosas, pero si damos la vuelta a la medalla, lo blanco se tornará negro y lo negro nos parecerá blanco; veréis fealdad en lugar de belleza, la miseria sustituyendo a la opulencia, la gloria donde la infamia y la ignorancia donde antes vimos la ruindad por grandeza gracia por suerte, el odio cambiar a cada instante, las miréis.

Me diréis tal vez que me estoy explicando de forma demasiado filosófica; bien, hablaré más claramente.

¿Quién no considera a un rey como un personaje rico y poderoso? Pero si su alma no está adornada de ninguna cualidad estimable y no está satisfecho con lo que posee, ¿no será en realidad pobre? Si su alma está sometida al imperio de varias pasiones, ¿no es verdaderamente el más vil de los esclavos? Se podría razonar del mismo modo con las demás cosas del mundo pero con este ejemplo creo que basta. “¿Y a qué vienen todos estos razonamientos?” -me preguntaréis quizás-. Vamos a verlo. A cualquiera que se le ocurriese arrancar la máscara a los actores en plena representación mostrando sus rostros al natural a los espectadores, ¿no estropearía la escena y merecería que lo arrojasen del teatro como a un demente? Entonces todo cambiaría de aspecto: la mujer se convertiría en hombre, el joven en viejo, los reyes, héroes, dioses, desaparecerían de pronto apareciendo en su lugar unos pobres comediantes. Destruyendo la ilusión se haría desaparecer todo el interés de la obra. Precisamente este disfraz, esta caracterización son las que mantienen pendiente al espectador. ¿Y qué otra cosa es la vida? Una especie de comedia continua en la que los hombres disfrazados de mil formas diversas, aparecen en escena, representan su papel hasta que el director, después de haberles hecho cambiar de traje varias veces vistiéndoles lo mismo con la púrpura de los reyes que con los harapos del esclavo, les ordena que abandonen la escena. En verdad este mundo es fugaz como una sombra pasajera, pero así es la comedia que se representa todos los días.

Si un sabio caído del cielo apareciese de pronto entre nosotros y exclamase: “Aquél que miráis como vuestro dios y señor, no merece ni el título de hombre, no es más que las bestias puesto que se deja arrastrar como ellas por los instintos más brutales; es el más vil de los esclavos pues se somete voluntariamente a tantos dueños despreciables.” Si le dijese al hombre que llora la muerte de su padre. “¡Alégrate! Tu padre ha comenzado a vivir

porque la vida de este mundo no es sino una muerte.” Si se dirigiese a un noble orgulloso de sus blasones: “No eres más que un plebeyo y un bastardo porque careces de la virtud que es indispensable para la verdadera nobleza.” En resumen, si hablase de todas las cosas de la vida de esta forma decidme por favor, ¿qué conseguiría con esos bellos discursos? Sería conceptuado por todos como un loco furioso y un extravagante. Es también imprudente tener una prudencia perniciosa. Es locura poseer una sabiduría fuera de lugar. Es decir que no hay prudencia más dañina que la que no sabe acomodarse al tiempo y a las circunstancias y que quisiera que la comedia de la vida no fuese una comedia. “Donde fueres haz lo que vieres” dice el adagio; y tiene razón. La verdadera prudencia consiste, puesto que somos hombres, en no querer ser más sabios que lo que nuestra naturaleza permite. Se precisa soportar de buen grado las locuras humanas o dejarse arrastrar por el torrente de errores de la gente; “pero -diréis-, es una locura conducirse así”. Estoy de acuerdo, si vosotros convenís también conmigo que eso es precisamente representar la comedia de la vida.

¡Gran dios!, ¿diré o callaré lo que me resta por decir? ¿Y por qué callarlo si nada es más cierto? Pero quizás corresponda para un asunto tan importante reclamar el concurso de las Musas divinas cuando los poetas las invocan con tanta frecuencia por simples bagatelas. ¡Descended pues, por un momento del Helicón, poderosas hijas de Júpiter e inspiradme! Voy a demostraros que ningún mortal sabría alcanzar el Templo de la Sabiduría, ese templo sagrado y maravilloso que se considera como el asilo impenetrable de la felicidad, a menos que no sea la Locura la encargada de conducirla.

En principio es evidente que todas las pasiones desordenadas son producidas por la locura, porque la diferencia que existe entre un loco y un sabio, es que el primero obedece a sus pasiones y el segundo a su razón. Por eso los estoicos han prohibido al sabio todas las pasiones como verdaderas enfermedades. Pero son precisamente las pasiones las que sirven de guía a aquéllos que luchan con ardor en la carrera de la sabiduría; son ellas las que les estimulan a cumplir todos los deberes de la virtud y les inspiran el deseo y el pensamiento hacia el bien. Séneca, estoico integral, decía que el sabio debe estar exento por completo de pasiones. Un sabio así no sería un hombre sino una especie de dios, o más aún, un ser imaginario que jamás ha existido ni existirá; para hablar más claramente sería un ídolo estúpido, desprovisto de sentimientos humanos, insensible y duro como el mármol. Que los estoicos gocen lo que quieran con su sabio imaginario, que lo amen a sus anchas pues no hay peligro de que tengan competidores pero que se vayan a vivir con él a la república de Platón, el reino de las Ideas, o los jardines de Tántalo.

¿Cómo no odiar a un hombre semejante, lo mismo que a un horrible monstruo, si es que fuese posible su existencia? Sordo a las voces de la naturaleza, los sentimientos de la ternura, de la piedad, de la benevolencia no hacen la menor mella en su corazón de granito. Nada se le escapa, nada le engaña, la mirada de un lince no es tan penetrante como la suya; lo examina y pesa todo con el máximo rigor. Sin indulgencia para sus semejantes, no está satisfecho más que de sí mismo. Se cree el único rico, el único sano, el único libre; cree en fin que posee todo lo que se puede poseer en este mundo, pero en realidad es el único que lo cree. Sin preocuparse de tener amigos tampoco él lo es de nadie. Desprecia a los mismos dioses y todo lo que se hace en el mundo es objeto de sus críticas y

de sus sarcasmos. Tal es el ser que los estoicos miran como el modelo de perfección y sabiduría. Decidme por favor, ¿qué pueblo desearía tener un hombre así como magistrado?, ¿qué ejército por jefe? ¿Encontraría un hombre que le admitiera en su mesa, una mujer que consintiera casarse con él, un criado que quisiera servirle? Donde se encontrase, ¿no sería en seguida una carga insoportable? ¿No preferirían mil veces uno de esos amables locos tan comunes en el mundo y que precisamente por esa cualidad se hallan más capacitados que otros para mandar y obedecer a los locos? Uno de esos locos complacientes con sus mujeres, agradables con los amigos, joviales en los banquetes, cordiales en sociedad, indulgentes con todo el mundo; uno de esos locos en fin que se envanecen de participar en todo lo que se relaciona con la Humanidad. Pero creo que me he molestado en hablar demasiado tiempo de ese pretendido sabio. Continuemos examinando los beneficios que prodigo a los hombres.

Si alguien desde un punto muy elevado pudiese contemplar el género humano como los poetas dicen que hacía Júpiter algunas veces, ¡qué cantidad de males vería asaltando continuamente a los miserables mortales! Un nacimiento sucio y desagradable, una triste y dolorosa educación, una infancia expuesta a los peligros de todo lo que le rodea, una juventud dedicada a tantos estudios y trabajos, la vejez llena de achaques insoportables y por último la triste y dura necesidad de morir. Añadid a esto la innumerable cantidad de enfermedades que nos aquejan continuamente durante el curso de nuestra existencia, los accidentes que nos amenazan sin cesar, las dolencias que nos fulminan de pronto, esa amarga hiel que envenena siempre nuestros instantes más felices. Sin contar además los males que el hombre hace a sus semejantes, tales como la pobreza, la prisión, la infamia, la vergüenza, los tormentos, las emboscadas, las traiciones, los procesos, los ultrajes, los engaños... ¿Cómo contarlos? Su número es tan infinito como los granos de arena del mar.

¿Qué delitos ha cometido el hombre para merecer todos estos males?, ¿qué dios irritado pudo forzarle a vivir en este piélago de miserias? Os diré lo que pienso; pero no me es permitido hacerlo en esta ocasión. Lo que sí es cierto es que un hombre que haya reflexionado seriamente sobre todas estas cosas podría muy bien verse tentado a seguir el ejemplo de las hijas de Mileto por muy deplorable que parezca.

¿Y quiénes son los que cansados de la vida se han dado muerte? ¿No son en su mayoría hombres consagrados a la sabiduría? Sin hablar aquí de los Diógenes, Xenócrates, Catones, Casios y Brutos, ¿por qué Quirón que podía haber aspirado a la inmortalidad, prefirió antes la muerte? Ved pues a donde llegaríamos si la sabiduría se apoderase de todos los hombres. Pronto veríamos la tierra desierta y sería necesario un nuevo Prometeo para formar otro primer hombre.

Pero yo sé mitigar todos estos males de mil formas diferentes. Lo mismo distribuyo entre los mortales la ignorancia y el aturdimiento como les doy la dulce esperanza de una suerte más feliz o siembro bajo sus pies las rosas efímeras de la voluptuosidad. Encantados de mis favores dejan la vida a disgusto aunque la Parca haya tejido ya todo el hilo de su existencia y la misma vida les abandone. Lejos de guardarle rencor le tienen un apego que aumenta con las razones que tendrían para dejarla.

Por medio de los beneficios que reparto por doquier vemos a tantos viejos acabados por el peso de los años y que apenas conservan la figura humana, agarrarse todavía desesperadamente a la vida. Babean, tartamudean, no les quedan dientes, apenas se les ven unos cuantos cabellos blancos sobre su reluciente calva; a pesar de todo ello aman tanto la vida que hacen todo lo posible por aparentar más jóvenes. Uno se tiñe los cabellos, el otro oculta su calvicie con un bisoné, el otro se pone dientes postizos y también los hay que se enamoran como un colegial de alguna doncella cometiéndole por ella más extravagancias que el joven más inexperto y loco. En cuanto a esos ancianos encorvados que, al borde de la tumba, se casan con jóvenes sin dote para que sean mujeres de otros, es una cosa tan común actualmente, que casi se tiene como una distinción.

Pero todavía resulta más divertido ver a esas mujeres decrepitas que la vejez parece haber excluido del mundo de los vivos, esos cadáveres ambulantes, esqueletos infectos que exhalan un hedor sepulcral y que sin embargo exclaman a cada instante: “¡Qué hermosa es la vida!” El corazón pletórico de deseos lúbricos, no buscan otra cosa que satisfacer los ardientes apetitos que todavía les dominan. Buscan por todas partes un nuevo Faón que por dinero, les apague el fuego que las devora. Ocupadas sin cesar en acicalarse, se pintan el rostro, pasan el día ante el espejo y buscan disimular por todos los medios a su alcance los secretos ultrajes que los años han causado a sus encantos. Lo mismo muestran sus pechos flácidos y marchitos como tratan de excitar a sus amantes, con los gañidos de su temblona y cascada voz. Beben y bailan como las jóvenes y escriben como ellas, billetes a sus amantes.

Todo el mundo se mofa de estas extravagancias que toman por locuras y lo son en efecto. Pero a los que las padecen les preocupa bien poco. Satisfechos de sí mismos, nadan en un mar de delicias; saborean a grandes sorbos los dulces placeres; es decir disfrutan de la felicidad que yo les proporciono. ¡Que me digan los que consideran todo esto ridículo si no es mejor pasarse así la vida en una locura de placeres que estar pensando a cada instante en ahorcarse! Es cierto que todos esos locos están desacreditados a los ojos del público; ¿pero qué les importa? El descrédito es uno de los males que no sienten en absoluto y si lo experimentan alguna vez, procuran ahuyentarlo rápidamente. ¡Una pedrada en la cabeza, sí que hace realmente daño! Pero la vergüenza, la infamia, el deshonor, las injurias no ofenden más que a los que quieren darse por ofendidos. Un mal no es tal para aquél que no lo siente. Todo el mundo te silba; ¿qué importa si tú te aplaudes a ti mismo? Y es únicamente la locura la que hace que uno se aplauda a sí mismo.

Ya me parece estar escuchando a los filósofos exclamar: “Es una desgracia estar loco, vivir en el error y en la ignorancia”. ¡Alto, amigos! Es ser hombre. En verdad no veo por qué razón tiene que ser desgraciado un ser que vive conforme a su nacimiento, a su educación y a su naturaleza. ¿No es ese el sino de todo lo que existe? El permanecer en su estado natural no puede llamarse desgracia, de lo contrario se podría decir que el hombre se lamenta de no volar como los pájaros, de no andar a cuatro patas como los cuadrúpedos y de no llevar cuernos como los toros. Se podría decir también que un buen caballo se siente desgraciado porque no sabe gramática y no come emparedados o que la suerte de un toro es aciaga porque no consigue aprenderse los ejercicios de la academia.

Por consiguiente el hombre no se siente desgraciado por estar loco como tampoco el caballo por no saber gramática, ya que la locura es inherente a la naturaleza humana. Pero he aquí que mis sutiles razonadores ya me plantean una nueva objeción. “Los dioses - dicen ellos- han dado al hombre solamente el conocimiento de las ciencias y las artes para que pueda suplir con su inteligencia lo que la naturaleza le ha negado”. Pero decidme, os lo ruego, ¿es posible que la naturaleza, esa tierna madre que tan previsora ha sido con los insectos y las plantas y pequeñas flores dotándolas de todo lo necesario, habría olvidado darle al hombre la ciencia infusa si la hubiese considerado necesaria a su felicidad? Por consiguiente las ciencias y las artes no provienen de la naturaleza. Fue Teuto, genio enemigo del género humano, quien las inventó para su perdición. Imposible pues, que puedan ser de alguna utilidad sino al contrario, fueron inventadas para aburrirle como lo demuestra aquel rey de que habla Platón que condenó la invención del alfabeto.

Así pues, las ciencias es una de las pestes que se ha filtrado en la humanidad mezclada entre las otras. Deben su origen a los que inventaron todos los crímenes y desórdenes, es decir a los *demonios*, genios maléficos cuyos nombres proceden de estas ciencias funestas. Las buenas gentes de la edad de oro no conocían estas ciencias vanas y perniciosas; dóciles a los impulsos de la naturaleza, seguían ciegamente los impulsos de sus instintos. ¿De qué les hubiese servido la gramática si todos tenían el mismo lenguaje y no hablaban más que para hacerse entender? ¿Para qué precisaban la dialéctica si no tenían opiniones contrarias ni se originaban entre ellos vanas disputas? ¿De qué iba a servirles la retórica a gentes que jamás tenían pleitos? ¿Cómo iban a establecer leyes sabias y prudentes para castigar los delitos y reprimir los vicios si sus costumbres eran puras e inocentes? Llenos de respeto por los dioses no tenían esa sacrilega curiosidad de penetrar en los misterios de la naturaleza, conocer las distancias, las revoluciones de los astros, sus influencias, descubrir las causas ocultas en todas las cosas. Estaban persuadidos de que los pobres mortales no podían, sin delinquir, esforzarse en pasar los límites que la naturaleza había prescrito a su inteligencia. En cuanto al deseo de conocer lo que había más allá del cielo es una extravagancia que jamás les vino al pensamiento.

La inocencia y pureza de la edad de oro se fue corrompiendo poco a poco y los genios maléficos inventaron, como ya he dicho, las ciencias y las artes. Fueron en principio en pequeño número y había muy poca gente que las cultivase. Pronto la superstición de los caldeos y la ociosidad de los griegos inventaron multitud de ellas que se convirtieron en otros tantos suplicios para el espíritu. Porque solamente la gramática que es una de las menores, basta para atormentar a un hombre durante toda su vida.

Sin embargo entre todas esas ciencias, las más útiles son las que tienen mayor relación con el sentido común, es decir con la locura. Los teólogos se mueren de hambre, languidecen los físicos, se ridiculiza a los astrólogos, se desprecia a los dialécticos. El médico vale más que todos ellos juntos. A pesar de la dificultad de su arte, cuanto más ignorante es, torpe y aturdido, más fácil le resulta ganarse la confianza del público e incluso de príncipes encumbrados. Por otra parte la medicina tal como la mayor parte de los médicos la practican hoy, no es más que una especie de adulación. A este respecto podemos decir que no está muy lejos de parecerse a la retórica.

Después de los médicos, las gentes de leyes merecen el segundo lugar; no sé si en justo mérito podrían exigir el primero. Sea cual fuere los filósofos (aunque yo no estoy de acuerdo con ellos) les ponen en ridículo y los consideran verdaderos asnos. Pero son sin embargo estos asnos, los que arreglan a su antojo los pequeños y grandes negocios de este mundo. Esos ignorantes aumentan sus caudales mientras que el teólogo que ha estudiado los secretos de la divinidad, come tristemente un mal plato de legumbres y se ve obligado a mantener una guerra continua contra el hambre.

Por consiguiente las ciencias que más próxima tienen la locura son las que nos hacen más felices. ¿De qué dicha gozarán pues, aquéllos que jamás hayan tenido relación con ellas no siguiendo otra guía que la de la simple naturaleza, guía fiel que no les abandona nunca mientras permanezcan dentro de los límites prescritos a la humanidad? La naturaleza es enemiga de todo lo que la disfraza o la altera y sus productos más perfectos son los que el arte no ha corrompido.

En efecto. ¿Los animales más felices no son aquéllos que viviendo sin regla y sin arte no conocen otras leyes que las de la naturaleza? ¿Hay alguien más feliz, más admirable que las abejas? Aunque no posean los cinco sentidos como el hombre, ¿su arquitectura no supera en mucho a la nuestra? ¿Su república no es mil veces más admirable que todas las inventadas por vuestros filósofos? Consideremos ahora al caballo. Participa de todas las miserias de la humanidad porque su sentido se halla más próximo al del hombre ya que vive con él. Vedle en medio de los combates; unas veces, temiendo la derrota, se excita y pateo, otras, animado del deseo de victoria avanza con ardor y termina con frecuencia mordiendo el polvo, herido, cayendo junto a su dueño agonizante. Añadid a eso el freno que lo sujeta, las espuelas que le agujonean, las caballerizas que de sirven de prisión, los varazos, las bridas, las cinchas, todo eso que atormenta sin cesar, los trabajos de toda especie que lo agotan y consumen y toda la serie de servidumbres a las que se ha sometido voluntariamente cuando al igual que muchos príncipes, el deseo de venganza le hizo cometer tal necesidad.

La vida de las moscas y los pájaros, ¿no es mil veces preferible? Viven felices abandonándose maquinalmente a los dulces impulsos de la naturaleza, siempre que consigan escapar a las trampas que les tienden los hombres. Encerradlos en jaulas, acostumbra los a repetir palabras de vuestro lenguaje humano; veréis cómo pronto pierden su gracia y su belleza natural. Tanto es así que las cosas que no deben sus cualidades más que a la naturaleza, se hallan muy por encima de las que el arte disfraza con ornamentos extraños. Por eso merece todos mis elogios el gallo de Luciano que por medio de la metempsicosis había sido filósofo en la persona de Pitágoras. Había pasado por toda suerte de condiciones. Hombre, mujer, rey, esclavo, pez, caballo, rana, hasta esponja; yo creo que lo probó todo. Y al fin juzgó que el hombre era el más desgraciado de todos los seres porque era el único que no está contento con su suerte y busca afanosamente salir del círculo en que la naturaleza ha circunscrito sus facultades.

Decía también que estimaba más a los estúpidos e ignorantes que a los sabios y grandes genios y que Grillo, cuando Circe lo transformó en cerdo lo pasó mucho mejor que el sabio Ulises puesto que prefería pasarse la vida gruñendo tranquilamente en una pocilga que acompañar a los héroes exponiéndose de nuevo a tantas asechanzas y

peligros. Homero el padre de las fábulas no parecía estar muy en desacuerdo con mi opinión cuando llamaba a todos los hombres “miserables” y calificó a Ulises de “infortunado” a quien nos presenta como un modelo de prudencia; calificativo que jamás empleó para los Paris, Ajax ni Achiles que tenían justa fama de locos. ¿Y por qué era tan desgraciado Ulises? Porque su cerebro estaba siempre lleno de ardidés y artificios, porque no hacía nada sin consultar a Palas; apartándose todo lo que podía de las leyes de la naturaleza, poseía demasiada sabiduría y prudencia.

Cuando los hombres más se dedican a la sabiduría, más se alejan de la felicidad. Más locos que los locos mismos, olvidan que sólo son hombres y quieren parecer dioses. A ejemplo de los Titanes amontonan ciencias y más ciencias, artes y más artes sirviéndose de ellas como otras tantas máquinas para hacer la guerra a la naturaleza. Así pues los hombres verán disminuir sensiblemente las miserias que le atormentan y lo arruinan solamente acercándose cuanto puedan a la ignorancia y la locura de los irracionales y no acometiendo ninguna empresa que se halle por encima de su condición y naturaleza. Veamos ahora si, sin recurrir a los argumentos de los estoicos, puedo demostraros esto con algún claro ejemplo.

¡Oh dioses! ¿habrá personas más felices que aquéllos a quienes se les da ordinariamente el maravilloso apelativo de locos, insensatos y estúpidos? Encontraréis quizás extravagante y ridículo lo que os acabo de decir, pero puedo aseguraros que nada hay más cierto. En primer lugar no temen a la muerte que no es pequeña ventaja. No conocen los devoradores remordimientos de una mala conciencia, ni los vanos terrores que inspiran a los demás los cuentos del infierno, ni los temores que causan los espectros y aparecidos. Jamás el temor a los males que les amenazan ni la esperanza de los bienes que pueden obtener, turban un solo instante la tranquilidad de su espíritu. En una palabra, no son presa de esa serie de preocupaciones que asaltan continuamente la vida humana. No sienten vergüenza, ni temor, ni ambición, ni celos, ni cariño. Son lo suficiente felices para aproximarse a la estupidez de las bestias, y tienen también la ventaja, según los teólogos, de no caer en pecado.

¡Y tú!, ¡el más loco de todos los mortales, tú que aspiras a la sabiduría reflexiona, un poco, te lo ruego, sobre todos los sufrimientos e inquietudes que te desgarrarán día y noche; echa una ojeada sobre las espinas que esa sabiduría siembra en cada instante de tu vida, y te darás cuenta al fin de qué suerte de males preservo yo a mis adeptos! Siempre alegres y contentos no solamente juegan, cantan, ríen y se divierten continuamente sino que contagian sus risas y placeres a la gente que les rodea. Parece como si los dioses los hubiesen traído a la tierra sola y exclusivamente para alegrar la tristeza de la vida humana.

Por esa razón los hombres que, en cualquier otra cuestión sostienen criterios muy distintos, en lo que atañe a materia de locos se hallan todos de acuerdo: se les busca, se les quiere, se les acaricia, se les mimas, se les alimenta, se les ayuda en la desgracia y hasta se les permite decir y hacer lo que quieren impunemente. La naturaleza entera se muestra tan reacia a molestarles que hasta las bestias más feroces, como si percibieran por instinto su inocencia, las respetan y no les hacen ningún daño. Hacen bien en honrarlas y respetarlas así porque están consagradas a los dioses y sobre todo, a mí.

Por otra parte los más grandes reyes encuentran tal placer en rodearse de locos que hay algunos que no pueden comer, pasearse ni pasar un solo instante sin ellos. Los estiman más que a los tristes y apagados filósofos que mantienen generalmente a su alrededor por vanidad personal. Esta preferencia, a mi entender, no es sorprendente ni difícil de explicar. Esos sabios no cuentan nunca más que cosas tristes y desagradables a los príncipes. Orgullosos de su ciencia, se atreven incluso a herir los delicados oídos de los soberanos con verdades duras y punzantes. Los locos por el contrario, les procuran mil placeres diversos; les divierten y les hacen reír a cada instante.

Otra cualidad nada despreciable de mis locos es que son los únicos hombres sinceros. Y ¿habrá algo más bello que la verdad? Según Platón, Alcibiades afirmó que solamente el vino y los niños dicen la verdad. Es a mí solamente a quien corresponde esa gloria, como dijo muy bien Eurípides en esta bella frase: “el loco, sólo dice locuras”. Todo lo que el loco lleva en el corazón lo dice su lengua sin ambages ni rodeos, mientras que el sabio tiene dos lenguas: una para decir la verdad y la otra para disfrazarla o disimularla. Posee el arte de hacer ver lo blanco negro y viceversa. Su boca sopla igualmente en frío que en caliente y sus discursos suelen estar con frecuencia muy lejos de sus pensamientos.

A pesar de todo el boato que les rodea, los príncipes me parecerían desgraciados si no tuviesen a nadie que les dijese la verdad y se vieses precisados a rodearse de aduladores que se la disfrazasen. Se me dirá sin embargo, “los príncipes no quieren escuchar la verdad y por eso evitan la compañía de sabios temiendo encontrar alguno de ellos que se tome la libertad de decirle cosas más verdaderas que agradables”. Estoy de acuerdo en ello. Los reyes no aman la verdad. Pero es una razón más para que escuchen con placer de boca de mis locos no solamente las verdades sino las injurias menos disimuladas por las cuales harían colgar a un filósofo lo que en boca de un loco les divierte. La verdad cuando no ofende tiene un aire de ingenuidad que agrada. Y solamente a los locos les ha sido concedido por los dioses el don de decirla sin ofender. Poco más o menos por esta misma razón las mujeres de natural tan dadas a los placeres y bagatelas gustan tanto de la compañía de los locos. Y aún hay otra ventaja más para ellas: toman las cosas más serias a chanza y diversión. ¡Pero las mujeres son tan ingeniosas, sobre todo cuando se trata de dar colorido a sus estupideces!

Pero volviendo a la felicidad de mis locos, después de haber pasado la vida entre alegría y placeres, salen de este mundo sin temor a la muerte, sin sentirla y van derechos a los campos Elíseos donde sus afortunadas almas saborean en una santa ociosidad los placeres más refinados.

Dadme ahora el hombre más sabio que podáis imaginar y comparadlo con uno de mis locos: pasa su infancia y su juventud atormentándose por aprender mil ciencias diversas; pierde los mejores años de su vida en sus afanes y trabajos sin gustar ningún placer en todo el resto de su vida. Siempre pobre, siempre miserable, triste y de mal humor, una carga para sí mismo e insoportable para los demás. La palidez, la anemia, la vejez y las enfermedades lo destruyen a, la mitad de su carrera y muere al fin en una edad en que otros hombres comienzan a vivir; aunque a decir verdad, la hora de la muerte poco importa para aquél que no ha vivido nunca. Tal es el retrato exacto de este ilustre sabio.

Pero ya oigo croar de nuevo a “las ranas del Pórtico”. Los estoicos afirman: “nada hay más deplorable que la demencia. La gran locura acerca a la demencia o más bien es la demencia misma. ¿Qué es un demente? ¿No es un hombre de razón extraviada?” Esos argumentos no son más que paparruchas. Voy a tratar de pulverizar también esa objeción, siempre que las Musas no me abandonen. El argumento es de los más sutiles. Pero los dialécticos que tanto desean pasar por gentes de buen sentido, deberían al menos recordar lo que dijo Sócrates, según Platón, que dividiendo una Venus en dos se hacen dos Venus y dividiendo un Cupido en dos se consiguen dos Cupidos. En consecuencia deberían pensar también que podrían obtenerse igualmente dos demencias. Efectivamente, todas las demencias no son funestas, de lo contrario Horacio no hubiese dicho:

“¿No me invade tal vez una agradable locura?”

Platón no hubiese contado entre los más grandes bienes de la vida a la locura de los poetas, profetas y amantes; La Sibila no hubiese calificado de loca empresa la del piadoso Encas. Hay dos clases de demencia: una, hija terrible de los infiernos y que las crueles Furias esparcen por la tierra cada vez que arrojan sus horribles serpientes en los corazones de los mortales para inspirarles los horrores de la guerra, la sed insaciable de oro, el amor vergonzoso y criminal, el parricidio, el incesto y demás delitos de esta especie o atormentando a los culpables mortales agitando con furor en sus almas perversas el volcán de su espantosa cólera.

La otra, muy diferente de la primera, está destinada a hacer la felicidad de todos los hombres y es a mí a quien debe su existencia. Consiste en una cierta e inefable ilusión que se apodera del alma haciéndole olvidar todas sus penas, todas sus inquietudes, todos los disgustos de la vida sumergiéndola en un torrente de placeres. Esta dulce ilusión que Cicerón en una carta a Ático, califica de gran presente de los dioses, porque tiene el poder de alejar la desagradable sensación de tan gran número de males. Es la ilusión que tanto echaba de menos cierto griego cuando las artes de los médicos lograron arrebatarse la más agradable de las locuras: sentado en el teatro durante días enteros, se reía y aplaudía como si hubiese escuchado las más bellas comedias del mundo a pesar de que no entendía nada. Por lo demás, cumplía todos los deberes de la vida social: buen amigo, marido complaciente, dueño indulgente no se enfadaba por cualquier fruslería. “¡Crueles amigos! -exclamaba cuando las medicinas de devolvieron la razón- ¡crueles amigos! en lugar de hacerme un bien me habéis amargado la vida privándome de mis placeres y quitándome una ilusión que me hacía feliz.”

Tenía razón expresándose así. Y los que consideraban aquella dulce locura como una enfermedad que el médico debía curar se engañaban completamente y precisaban con más urgencia las pócimas que aquél a quien se las hacían tomar.

Por otra parte tampoco he afirmado que todas las ilusiones de los sentidos y del espíritu tengan que ser necesariamente locuras. Un hombre que, por ejemplo, padece alucinaciones y toma un mulo por un asno o admira como un poema sublime la más detestable de las poesías no pasará de buenas a primeras por loco. Sin embargo no habrá duda alguna en calificar de demente a aquél cuya actuación sea en todo momento opuesta a las costumbres y usos ordinarios. Tal sería por ejemplo el hombre que al oír rebuznar un asno se imaginase estar escuchando una inspirada sinfonía, o que nacido en la miseria, se

creyese tan rico y poderoso como Crespo. Este tipo de locura cuando se une a la jovialidad como ocurre casi así siempre, divierte tanto a los que la experimentan como a los que la observan en otros, sin estar atacados por ella. En cuanto a esto, mi poder tiene un alcance mucho mayor del que ordinariamente se cree. Se ven locos por todas partes riéndose los unos de los otros, consiguiendo así divertirse mutuamente, hasta el punto de que el más loco ríe de mejor gana que el que no lo es tanto.

En mi opinión cuanto más clases de locuras se posee, más feliz se es, siempre que todas procedan de mí. Tal es el número de ellas que dudo pueda encontrarse en toda la faz de la tierra un solo sabio que lo sea las veinticuatro horas del día y no sienta de vez en cuando algún efecto de mi poder. La única diferencia estriba en que aquél que confunda una calabaza con una mujer será tachado de loco por todo el mundo porque este género de locura no es frecuente; por el contrario, si un hombre se felicita por tener una mujer más casta que Penélope y vive en este dulce engaño mientras la dama en cuestión tiene varios amantes, no pasará jamás por loco porque es una cosa corriente en este mundo.

Se podría clasificar en esta categoría a los aficionados a la caza. Es un gran placer, según ellos, escuchar el rudo y desagradable sonido de los cuernos y los ladridos de los perros. Yo creo que hasta huelen los excrementos de sus galgos con la misma voluptuosidad que si fuesen almizcle. ¡Qué delicia cuando se trata de despedazar una pieza! Cortar y arrancar los miembros de los bueyes y carneros es una ocupación vil, relegada a gente baja y despreciable, pero desgarrar los miembros palpitantes de un animal salvaje es un ejercicio noble y glorioso reservado solamente a los héroes. De rodillas, con la cabeza descubierta, con un cuchillo consagrado exclusivamente para este uso (sería un crimen utilizar otro), con ciertos gestos y religioso respeto se verifica esta importante ceremonia mientras todos los asistentes rodean al sacrificador y, guardando un respetuoso silencio, admiran como algo maravilloso y nuevo un espectáculo que quizás han visto millares de veces.

¡Feliz el mortal que es invitado a probar un pequeño trozo de la pieza cobrada! Es un honor que conserva como uno de los títulos más gloriosos de la familia.

Lo único que consiguen estos decididos cazadores es volverse tan salvajes como los animales que persiguen y se comen. A pesar de ello están completamente convencidos de que llevan una vida de reyes.

Otro tipo de locos que no se parecen en nada a los cazadores son aquéllos que poseídos de la pasión insaciable de edificar, destruyen lo que han edificado, vuelven a levantar lo que han destruido, truecan continuamente los cuadrados en círculos y los círculos en cuadrados de nuevo hasta que al fin, completamente arruinados se quedan sin casa y sin pan. Pero, ¿qué importa? Han pasado unos cuantos años muy felices.

Tras estos vienen los alquimistas. Llena siempre la cabeza de nuevos secretos, tratan de cambiar la naturaleza de las cosas, transmutar los metales persiguiendo por montes y valles Dios sabe qué quimérica quintaesencia que no encontrarán jamás. Embriagados en los vapores de una dulce esperanza no reparan en penas y trabajos y su espíritu, maravillosamente fértil para inventar cada día un nuevo error que les engañe agradablemente, les conduce por fin a tal miseria que no les queda ni para fabricar el más pequeño crisol. Reducidos a semejante estado no renuncian a sus sueños todavía y

continúan empleando todos sus esfuerzos en inducir a los demás a perseguir esa felicidad que ellos no pueden alcanzar. Cuando esto tampoco pueden conseguirlo, se consuelan pensando en esta bella frase: “El mérito no está solo en conseguir grandes cosas, sino en haberlas intentado”. Quizás lamenten también que el cielo no les haya dado una vida más larga para llevar a cabo tan gran empresa.

En cuanto a los jugadores, no sé si debo incluirlos en el grupo de mis locos. Es cierto que nada hay más loco y ridículo que el espectáculo que ofrecen diariamente. Sienten tal pasión por el juego que el simple sonido de los dados les hace palpar el corazón. Espoleados por la dulce esperanza de ganar, estrellan el barco de su fortuna contra el peligroso escollo del azar. Si escapan desnudos del naufragio terminan generalmente en la delincuencia. Pero, por una delicadeza singular prefieren engañar a otro jugador y no al que los ha desplumado. Viejos decrépitos y casi ciegos juegan aún con los lentes en la punta de la nariz y otros, cuando un reuma bien merecido les anquilosa los dedos pagan a otro para que eche los dados por él. Los jugadores me pertenecen por entero sin ningún género de duda, pero la cólera se apodera con tanta frecuencia de ellos que creo será mejor enviárselos a las Furias.

Pero he aquí otras gentes que, sin duda, me pertenecen. Me refiero a aquéllas que se complacen en escuchar o contar esas fábulas ridículas de milagros y prodigios. ¡Con qué placer, con qué avidez escucha el pueblo esas historias increíbles de espectros, espíritus, aparecidos y otros prodigios de la misma ralea! Cuanto más se aleja el narrador de lo verosímil más seguro está de imponerse a su auditorio y de agradar a sus oídos ávidos. Y no es que sirvan solamente estas cosas para divertir a los que las cuentan o los que escuchan; sirven también para llenar las alforjas de clérigos y monjes.

No hay gran diferencia entre aquellos locos y éstos que por absurda confianza en la protección de los santos, se duermen siempre en esa dulce esperanza. Uno cree que no le ocurrirá ninguna desgracia durante el día si por la mañana temprano ve alguna imagen de San Cristóbal, el Polifemo de los cristianos; otro está convencido de que saldrá sano y salvo del combate porque antes de la acción ha hecho una corta visita a la imagen de Santa Bárbara; un tercero no duda un momento que será pronto rico porque ciertos días de la semana no deja jamás de ver la imagen de San Erasmo, encendiéndole varios cirios y dedicándole unas cortas oraciones. Otros han imaginado un San Jorge que se parece a Hércules o a Hipólito de los paganos. Adornan su caballo con bucles y arneses preciosos y poco les falta para que no le rindan el mismo culto que al jinete por el cual sienten tal devoción que juran por su casco como los dioses lo hacen por Estigia.

¿Y qué no diré de aquéllos que confían beatíficamente en las “indulgencias” contando de tal forma con su eficacia que miden con toda precisión el tiempo que han de estar en el purgatorio, calculando siglos, años, meses, días y horas con la misma exactitud que si lo hiciesen con tablas matemáticas? ¿Y esos otros llenos de confianza en ciertos amuletos, en oraciones mágicas que algún devoto impostor inventara para su gusto o provecho, que prometen nada menos que riquezas, honores, placeres, salud inalterable, larga vida, vejez sana y por fin un lugar en el cielo al lado de Jesucristo? En cuanto a esta última gracia siempre desean recibirla lo más tarde posible. Solamente cuando todos los

placeres del mundo les han abandonado, cuando ya no pueden saborear ni uno solo, es cuando consienten en gustar las delicias del paraíso.

Un mercader, un soldado, un juez que entregue algunas monedas de plata, producto tal vez de su rapiña, ya cree que ha hecho lo suficiente. Está convencido de que su alma queda purificada de toda mancha: perjurios, impudicias, querellas, engaños, muertes, traiciones, perfidias, imposturas; la pequeña moneda lo ha limpiado todo y puede volver de nuevo a las andadas.

¿Podremos encontrar hombres más locos y por consiguiente más felices que los que creen que recitando cada día algunos versos de los salmos irán derechos al Paraíso? Se cuenta que cierto diablo travieso encontró la virtud mágica de estos versos. Más atolondrado que astuto tuvo la imprudencia de vanagloriarse ante San Bernardo de haber descubierto el secreto, pero el monje fue más listo que él y le atrapó.

Estas extravagancias que hasta a mí misma me hacen enrojecer no solamente merecen la aprobación del pueblo sino la de clérigos y teólogos.

Otra cosa sin sentido y también divertida es la de esos santos que se erigen en protectores de diferentes países. Cada pequeña región tiene su patrono a quien honra con ceremonias particulares y que también tiene sus virtudes particulares. Uno por ejemplo cura el dolor de muelas, otro alivia el dolor de las parturientas, éste devuelve las cosas robadas, aquél preserva del naufragio, otro protege los ganados, y así sucesivamente. No terminaría jamás si tuviese que enumerar las virtudes de todos los patronos. Hay algunos que poseen varias virtudes juntas; por ejemplo la Madre de Dios a quien el pueblo atribuye, por decirlo así, más poder que a su Hijo.

¿Pero los hombres piden otra cosa a sus divinos patronos que no tenga relación con la locura? Entre tanto exvoto que llena paredes y bóvedas de algunos templos, ¿han visto alguna vez uno solo ofrecido por haber sido liberado de la locura o por haber adquirido un poco de sabiduría? Uno ha escapado de un naufragio, el otro ha sanado de una herida grave recibida en una refriega, otro da gracias al Cielo porque en lo más duro del combate logró salir con vida, otro habiendo sido colgado, cayó de la horca por virtud de algún santo patrono de los ladrones y así puede seguir desvalijando viajeros a más y mejor. Aquí se ve la ofrenda de un penado que logró forzar la prisión y escapar de las manos de la justicia; aquél que ha conseguido curar por medios naturales de unas fiebres defraudando la avaricia de su médico, furioso porque la enfermedad no haya durado más tiempo. Este otro ha encontrado un remedio en un veneno que debía haberle matado, con gran disgusto de su mujer que lamentó el tiempo y dinero malgastados. Otro cuyo coche ha volcado y tuvo la suerte de poder llevar los caballos sanos y salvos a su casa; el de más allá agradece a un santo no haber sido aplastado bajo las ruinas de un edificio que se ha derrumbado; un galán sorprendido por el marido de su amante tuvo la suerte de salir sano y salvo y ha consagrado también la memoria de esta feliz aventura. Ninguno, absolutamente ninguno ha agradecido al Cielo haberse librado de la locura. Es tan dulce, tan agradable, tan encantadora la locura que los hombres renunciarían a todo antes que consentir verse privados de ella.

Pero, ¿por qué embarcarse en este océano inmenso de supersticiones? Aunque hubiese recibido del cielo, como dijo Virgilio, cien bocas, cien lenguas y una voz de hierro

no podría jamás describir todas las clases de locura que hay en el mundo. Lo que sí es cierto es que la vida de los cristianos está llena de extravagancias de esta índole que los clérigos consienten por el provecho que obtienen.

Si en medio de estas locuras un sabio inoportuno se alzase proclamando verdades como estas: “Es con prudencia como evitaréis los accidentes desgraciados. No es solamente dinero lo que tenéis que dar al sacerdote para que se os perdonen los pecados sino sintiendo horror por los mismos, con remordimientos, lágrimas, oraciones, ayunos y buenas obras. Es imitando la vida de tal o cual santo como debe merecerse su protección.” ¡De que dulces errores privaría las palabras de tal hombre a infinidad de almas! ¡Qué desorden pondría, en las conciencias!

Pongamos también en la clase anteriormente descrita a los locos que en vida organizan con tanta exactitud las ceremonias de sus funerales que indican hasta el número de cirios, asistentes, cantores, plañideras que deben acompañar a la comitiva fúnebre. Se diría que esperan disfrutar ellos mismo del acto cuando ya se hallen en la tumba o que sentirían vergüenza de estar muertos si su cadáver no era enterrado con toda pompa. Al parecer para ellos la muerte es como una misión de los ediles encargados de organizar fiestas y banquetes.

Describiendo con tanta rapidez las diferentes clases de locos no olvidemos tampoco a esas gentes que con hábitos y costumbres de la más vil canalla, no cesan de vanagloriarse de sus títulos de nobleza. Uno dice descender de Eneas, otro de Bruto, un tercero del rey Arturo; exponen por todas partes estatuas y retratos de sus antepasados, repitiendo sin cesar la pesada cantilena de sus abuelos y bisabuelos. No saben pronunciar más que nombres y sobrenombres antiguos y a pesar de todos sus discursos no son otra cosa que gente tan insulsa como sus estatuas y que valen mucho menos que ellas. Con todo, su amor propio les hace pasar una vida feliz y encuentran gente lo suficiente loca para respetarlos como a dioses siendo tan estúpidos como animales y no merecer ni el nombre de hombres.

¿Y por qué limitarme a una o dos especies de locos a los que el amor propio hace felices? ¿Acaso éste no da la felicidad en todas partes y de mil formas distintas? Uno se cree tan hermoso como Nireo aunque sea más feo que un simio; otro se considera como un segundo Euclides porque ha conseguido trazar algunas líneas con la ayuda de un compás; un tercero se imagina cantar tan bien como Hermógenes aunque no tenga más disposiciones para la música que el asno más desgraciado y su voz sea desagradable y ronca como la de un gallo.

Una especie de locura que no es menos agradable que las anteriores es la de las personas que presumen del talento de los que tienen a su servicio como si fuese suyo. Tal es el caso del rico del que nos habla Séneca: siempre que contaba una historieta tenía criados a su alrededor para apuntarle los nombres y que no quedándole más que un soplo de vida habría osado desafiar a los más famosos atletas porque se creía con la fuerza de todos los esclavos que tenía a su servicio.

¿Se precisa hablar aquí de los que profesan las bellas artes? El amor propio es en ellos tan natural que no creo exista ni uno solo que no prefiriese ceder todo su pequeño patrimonio antes que perder su reputación de hombre de talento. Tales son, los actores,

músicos, oradores y poetas. Cuanto menos talento tienen mayor es su orgullo y arrogancia. Estos locos encuentran sin embargo otros locos que les aplauden; porque cuando una cosa más se aparta del buen sentido más admiradores se atrae. Lo peor es siempre lo que más halaga a la masa. Y nada hay más natural pues como ya he dicho la mayor parte de los hombres están locos. Así pues, como los artistas mediocres son los más pagados de sí mismos y los que gozan de la admiración de la mayoría, no les conviene esforzarse en adquirir verdadero talento que no les serviría a fin de cuentas más que para desvanecer la idea que tiene de sus propios méritos lo que les haría más modestos y restaría en mucho el número de sus admiradores.

La naturaleza no ha distribuido el feliz don del amor propio solamente a los individuos; cada pueblo, cada nación, cada ciudad ha recibido también, colectivamente, una buena dosis. Los ingleses presumen de bien parecidos, de buenos músicos y magníficos en sus fiestas. Los escoceses están orgullosos de su nobleza y títulos, de sus alianzas con las casas reales y de su sutilidad maravillosa en las disputas escolásticas. Los franceses están orgullosos de su cortesía. Los parisienses se glorían especialmente de su Sorbona, la escuela más docta en Teología. Los italianos están persuadidos de poseer en exclusiva las bellas artes y el don de la elocuencia, y se consideran el único pueblo de la tierra que no ha surgido de las tinieblas de la barbarie. Entre ellos los romanos son los que con mayor entusiasmo sustentan este dulce error; sueñan con la grandeza de los antiguos romanos y creen de buena fe conservar algo de ellos. Los venecianos son felices pensando en su nobleza. Los griegos soñando en que son los inventores de las ciencias y abrogándose los títulos de sus antiguos héroes. Los turcos, esa inmensa multitud de bárbaros que cubren las tres cuartas partes de la tierra, se vanaglorian de poseer la verdadera religión y contemplan con lástima a los cristianos a quienes tratan de supersticiosos. Los judíos más felices aún, viven en la dulce esperanza de la venida de su Mesías, ligados por completo a la ley de Moisés. Los españoles quieren pasar por los mejores guerreros del mundo. Los alemanes orgullosos de su gran estatura presumen también de sus conocimientos de magia y hechicería.

Sin seguir adelante creo que con esto basta para ver cómo el amor propio distribuye por doquier los placeres más agradables en cada persona en particular y en conjunto. Este bienhechor amor propio tiene por hermana a la adulación; ambos se parecen como dos gotas de agua. En efecto, alabarse a sí mismo es amor propio; alabar a los demás es adulación. Es cierto que hoy día la adulación no está muy bien vista, pero es solamente para aquéllos que prestan más atención a la palabra que a sus efectos; creen que no es compatible con la fidelidad pero se engañan; los animales mismos podrían darnos ejemplo de lo contrario. ¿Habría otro animal más adulator y sin embargo más fiel que el perro? ¿Qué animal más cariñoso y por consiguiente más amigo del hombre que la ardilla? Estos ejemplos deben bastar para convencerles, a menos que no pretendan que los rugientes leones, los crueles tigres, los feroces leopardos tengan más relación con el hombre que esos inocentes animales.

Ya sé que hay otra clase de adulación bárbara, que la perfidia hace servir para arruinar o humillar a los desgraciados, pero la que me acompaña no tiene esas características odiosas; hija de la complacencia y la dulzura se acerca más bien a la virtud

que a esa misantropía insoportable de que nos habla Horacio y de la que es completamente opuesta. La mía reanima, da valor, consuela las penas, aguijonea la indolencia, destruye la estupidez, alivia el dolor, suaviza la ferocidad, calma el furor, atrae y consolida los amores pasajeros. Es también la que estimula a los jóvenes a estudiar las ciencias, calma los dolores a los viejos más melancólicos, da a los príncipes, bajo el agradable disfraz de la lisonja, consejos y lecciones que de otro modo serían considerados como ofensas. Es ella en fin quien da a los hombres esa buena opinión de sí mismos que constituye una gran parte de la felicidad.

¡Ved con qué fruición se rascan mutuamente dos mulos! En eso consiste, pues, gran parte de la elocuencia, de la medicina y toda la poesía. Esto es lo que proporciona las grandes dulzuras de la vida.

Vosotros diréis quizás: “es un gran mal vivir engañados”. ¡Oh! decid más bien que la verdadera desgracia es no estarlo. Creer que la felicidad del hombre consiste en las mismas cosas es llevar la extravagancia a su extremo. La opinión que tenemos de las cosas es la que nos hace felices o desgraciados. Todo es tan oscuro y tan variable en el mundo, que sería imposible poder conocer nada con absoluta certeza, como ya lo hicieron notar mis amigos los Académicos, los menos impertinentes de todos los filósofos. Cuando se llega a conocer alguna cosa siempre es a expensas de la felicidad en la vida.

En resumen, el hombre está hecho de tal forma que le producen más impresión las ficciones que la realidad misma. ¿Queréis una prueba clara y sensible? Id a las iglesias donde se predique. ¿El orador trata de alguna materia seria? El auditorio se aburre, bostea, duerme; pero si cambia de tema, como ocurre con frecuencia, y se pone a contar alguna historieta, los oyentes cambian de pronto su actitud, se despiertan y se yerguen escuchando con la mayor atención. Pasa otro tanto en las solemnidades. ¿Se celebra algún santo fabuloso o poético como San Jorge, San Cristóbal o Santa Bárbara?, todo el mundo mostrará más respeto y devoción que si se tratase de San Pedro, San Pablo o de Jesucristo mismo. Pero no entremos en más detalles.

Volviendo a los placeres de la opinión, son de todos los que se consiguen con menor esfuerzo. ¿Qué sacrificios, qué trabajos no son necesarios con frecuencia para adquirir los conocimientos más fútiles, aunque no sean más que los rudimentos de la gramática? La opinión por el contrario se presenta ella misma, parece que se respira y sin embargo proporciona mucho más placer que el verdadero conocimiento de las cosas.

Decidme por favor, si un hombre saborea un trozo de tocino rancio y maloliente con el mismo deleite que si fuese ambrosía, ¿el mal gusto y peor emanación le restarán un ápice al placer que encuentra al comerlo? Si a otro por el contrario se le revuelve el estómago tan sólo al contemplar el ragut más delicioso del más exquisito aroma, ¿podrá causarle placer? Si una mujer horriblemente fea parece a los ojos de su marido tan bella como la diosa Venus, ¿su marido no es realmente tan feliz como si poseyese a Helena? Un hombre tiene un cuadro horrible pintado por cualquier chapucero ignorante pero está convencido de que ha salido de las manos de Apeles o Zeuxis; imbuido de este dulce error lo mira y remira sin cesar; ¿no se sentirá más dichoso que aquél que comprando una obra maestra por un dineral no encuentre en ella nada de maravilloso y extraordinario?

Conozco a una persona que poco tiempo después de casarse regaló a su esposa un aderezo de diamantes falsos. Como le gustaba bromear le hizo creer que eran auténticos y de un gran valor. ¿Qué le faltó a la dama para ser feliz? ¿Sus ojos y su espíritu no se sentían completamente felices y satisfechos contemplando aquellos trozos de vidrio? ¿No era tan dichosa en conservarlos como si fuese el mejor tesoro del mundo? De este modo su marido se evitó un gran dispendio y se regocijaba pensando que se lo agradecía como si el regalo le hubiese costado una suma fabulosa.

Decidme, os lo ruego, si los locos que describe Platón en una caverna donde no ven más que sombras y apariencias de las cosas, si están satisfechos de su suerte, si aplauden y están satisfechos de sí mismos, ¿son menos felices que el sabio que ha salido de esa caverna y ve las cosas tal y como son? Si el zapatero de que habla Luciano hubiese pasado toda su vida en las dulzuras del sueño que le colmaba de riquezas, ¿hubiera podido desear algo más?

No hay por consiguiente ninguna diferencia entre sabios y locos y si la hay es desde luego con ventaja para estos últimos; primero porque su felicidad basada en la sola opinión, les cuesta menos y, segundo, porque esta felicidad es común a un mayor número de personas. Un placer que se saborea solo no es placer. ¿Es que no sabéis lo reducido que es el número de sabios? Sería muy difícil encontrar ni tan siquiera uno. Es cierto que durante muchos siglos Grecia se vanagloria de haber producido hasta siete, pero en mi opinión si se les examina con un poco de rigor me dejaría ahorcar si se encuentra la mitad o siquiera el tercio de uno solo.

Entre las alabanzas que se prodigan a Baco la más gloriosa sin duda es la de que disipa las preocupaciones y las penas. Pero no es por mucho tiempo: cuando al borracho se le pasan los efectos del alcohol le vuelven las penas. La felicidad que yo procuro a los hombres es más completa y dulce. Los sumerjo en una embriaguez perpetua, su espíritu flota sin cesar en un mar de placeres y delicias y todo ello sin que les cueste el menor esfuerzo.

Más generosa que los demás dioses que sólo conceden sus dones a algunos mortales, yo no dejo a un solo hombre privado de mis beneficios. Baco no hace crecer por todas partes el licor agradable que inspira valor, disipa las penas y llena los corazones de esperanza y alegría. Venus concede muy rara vez el don de la belleza. Mercurio más escasamente todavía el de la elocuencia; las riquezas corresponden solamente a unos pocos amigos de Hércules; las coronas a ciertos favoritos de Júpiter. Marte oye algunas veces los ruegos de dos bandos enemigos sin inclinarse por unos ni otros. Apolo entristece con frecuencia con sus respuestas a los que vienen a consultar sus oráculos; Júpiter lanza de vez en cuando sus rayos. Febo envía cuando le parece, la peste sobre la tierra; Neptuno sepulta en sus abismos más navegantes de los que conduce a buen puerto; y no digo nada de las divinidades perversas como Plutón, la Discordia, las Penas, la Fiebre y tantas otras de la misma especie, que son más bien verdugos que dioses. Soy yo solamente, la Locura, la que da a los hombres todos esos beneficios que los dioses no distribuyen más que entre sus favoritos. No exijo por ello oraciones ni súplicas, no me irrito contra los mortales, no les pido sacrificios de expiación cuando han omitido alguna ceremonia a mi culto. No remuevo cielos y tierra para vengarme de un hombre que, habiendo invitado a todos los

dioses a algún sacrificio, no se ha dignado hacer lo mismo conmigo. En realidad todos los demás dioses resultan tan exigentes en sus relaciones con los hombres que casi valdría más tenerlos por enemigos que el sacrificio que supone rendirles culto para conservar su amistad. Se parecen a esas personas malhumoradas y de mal genio que todo lo toman por la tremenda y es preferible crearse su enemistad que verse obligado a vivir familiarmente con ellos.

Pero quizás diréis vosotros: “Nadie ofrenda sacrificios a la Locura, nadie de erige templos”. Ya os he dicho que estoy algo sorprendida de tanta ingratitud, pero mi natural bondadoso hace que no tome a mal la cosa. Por otra parte no tengo porque lamentar mucho estos sacrificios. Un granito de incienso, un macho cabrío, un lechón, todas esas ofrendas, ¿podrían halagarme a mí que recibo de todos los mortales de la tierra un culto que los teólogos mismos sostienen con todo su poder? ¿Pensáis acaso que envidia a Diana la sangre humana que corre por sus altares? ¡No!, ¡de ningún modo! Considero mi culto bien establecido cuando veo por todas partes a los hombres llevarme en su corazón, representarme en sus costumbres y expresarme en su conducta.

Hay pocas divinidades, sin exceptuar a los santos de los cristianos, a quienes se les rinda un culto tan veraz. Mucha gente cree sinceramente honrar mucho a la Virgen encendiendo en pleno día una vela ante una de sus imágenes. ¡Sin embargo hay muy pocos que traten de imitar su castidad, su modestia y su amor por las cosas espirituales y divinas! Éste sería sin embargo el verdadero culto y el que más agradaría a toda la Corte Celestial.

¿Acaso tengo necesidad de un templo? ¿El universo entero donde soy honrada sin cesar, no es un templo suficientemente magnífico? Si hubiese un solo lugar en la tierra, sin adoradores míos, probaría que ese lugar no está habitado por hombres.

No me consideréis tan tonta que desee imágenes o estatuas; sé muy bien lo que esas cosas entorpecen el verdadero culto. Las gentes estúpidas e ignorantes adoran la estatua en lugar del santo y nos hallamos entonces en el caso de los que son suplantados por sus representantes.

Todos los mortales, aunque no lo quieran, son otras tantas estatuas o imágenes vivientes que me representan al natural. No tengo pues, razón de envidiar a las demás divinidades el honor de ser adorada durante ciertos días, en tal o cual rincón de la tierra. Que Febo sea adorado en Rodas, Venus en Chipre, Juno en Argos, Minerva en Atenas, Júpiter en el Olimpo, Neptuno en Tarento, Príapo en Lámpsaco; ¿qué importa?, si el universo entero me ofrenda continuamente sacrificios mucho más valiosos que los que inmola a todas esas divinidades.

Se dirá que quizás haya más jactancia que veracidad en lo que acabo de exponer, pero echemos una ojeada sobre la vida de los hombres y veréis entonces la cantidad de favores que me deben y hasta qué punto soy estimada de grandes y chicos. No voy a examinar aquí todas las condiciones una por una, pues sería tarea inacabable; hablaré solamente de las más distinguidas y después se podrá juzgar del resto.

En efecto, ¿por qué molestarme en examinar la vida del vulgo? Alguien podría decirme que todos ellos me pertenecen por completo. Dan a la locura tantas formas diferentes e inventan cada día tan gran número de otras nuevas que mil Demócritos no

bastarían para reír sus extravagancias, y estos mil Demócritos, si existiesen, podrían a su vez dar materia de risa a otro nuevo Demócrito.

No podréis creer la cantidad de diversiones y placeres que esos hombrecillos procuran todos los días a los dioses.

Sobrios por la mañana, los habitantes del Olimpo se ocupan hasta la hora de comer en sus deliberaciones que algunas veces degeneran en disputas y también a escuchar los ruegos que se les hacen. Pero cuando los vapores del néctar se les suben a la cabeza y ya no se hallan en condiciones de dedicarse a negocios serios, se suben a lo más alto del Olimpo y se sientan a contemplar lo que pasa en la tierra disfrutando del más regocijante de los espectáculos. ¡Gran dios y qué comedia! ¡Qué cantidad de locos de toda especie! Puedo hablar con conocimiento de causa porque yo también me encuentro allí algunas veces, entre los dioses, cuando se divierten.

Uno bebe los vientos por una damita y cuanto más le desdeña más aumenta su pasión por ella; otros se casan más bien con la dote que con la mujer; aquél procura el mismo, amantes a su esposa; el otro se siente tan celoso que no pierde de vista a la suya ni un solo instante. Hay quien afligido por la imprevista muerte de un familiar comete mil extravagancias y alquila plañideras para representar el dolor y las lágrimas. Más allá otro se alegra en su interior de que haya ocurrido tal cosa y hace esfuerzos por aparentar tristeza, llora como dicen los griegos “sobre la tumba de su suegra”. Más lejos un glotón gasta todo lo que tiene para satisfacer su voracidad y pronto se queda sin un trozo de pan duro; otro es tan perezoso que su máxima felicidad consiste en pasar la vida en el ocio o durmiendo. No falta quien olvida sus propias obligaciones para ocuparse en los negocios del vecino y quien pidiendo dinero prestado para pagar sus deudas se imagina enriquecerse cuando se halla al borde de la bancarrota. Aquel avaro no encuentra nada más agradable que vivir como un mendigo para enriquecer a sus herederos. Este negociante insaciable, por una ganancia incierta, atraviesa los mares abandonando al capricho de los vientos y las olas una vida que una vez perdida no podría pagarse con todo el oro del mundo. Otros prefieren buscar fortuna en la guerra que vivir tranquilamente en su casa. Hay quienes esperan hacerse ricos engatusando algún viejo que no tenga herederos; otros con el mismo objeto se hacen amar por una anciana con dinero. Pero qué placer para los dioses cuando los unos y los otros caen en su propia trampa.

La más loca y despreciable de todas las clases humanas es la de los mercaderes. Ocupados sin cesar en el vil amor a la ganancia, emplean para satisfacerla los medios más infames: la mentira, el perjurio, el robo, el fraude, la impostura. A pesar de ello creen que deben ocupar un primer puesto en la sociedad y no les faltan aduladores rastreros que no se avergüenzan de cantar sus alabanzas en público para recoger algunas migajas de aquella riqueza mal adquirida.

Por otra parte se ven también gentes convencidas, como los pitagóricos, de que todos los bienes son comunes y se apropian sin escrúpulo de todo lo que cae en sus manos imaginándose poseerlo tan legítimamente como si lo hubiesen heredado. Hay otros que no son ricos más que en esperanza: se forjan ideas de fortunas cuantiosas y con esto les basta para sentirse felices. Hay quien quiere pasar por rico en público aunque en casa no tenga nada que llevarse a la boca. No falta quien se apresura a dilapidar su patrimonio y otros

que lo reúnen por todos los medios a su alcance. Éste anhela cargos públicos, aquél no desea otra cosa que sentarse en un rincón de su casa. Muchas personas se atormentan sosteniendo pleitos interminables y parecen desafiarse a ver quien enriquece antes al juez que les traiciona o al abogado que les engaña. Éste se siente ávido de novedades, aquél planea hazañas extraordinarias, otros van a Jerusalén, Roma o Santiago, donde no tienen nada que hacer y dejan la casa con sus mujeres e hijos que tanto los necesitan. En resumen, si situados en la luna pudierais contemplar todas las agitaciones y desvelos de los hombres, os parecería estar contemplando una nube de moscas y moscardones, discutiendo, peleándose, tendiéndose emboscadas, robándose, divirtiéndose, naciendo, muriendo... Es innumerable la cantidad de movimiento, problemas, escenas de toda especie que el hombre provoca sin cesar, ese pequeño animal que apenas puede prometerse un instante de vida y que tan continuamente se expone a perderla en la guerra, la peste y otros males que suelen asolar la tierra.

Yo sería sin embargo la más loca de todas las locas y Demócrito tendría mucha razón para reírse en mis propias narices si intentara siquiera enumerar todas las especies de locuras y extravagancias que reinan entre las gentes. Me limitaré pues a aquéllos que gozan entre los hombres de fama de prudentes y sabios y buscan ansiosos lo que ellos llaman el laurel de la gloria.

Comencemos por esos pedantes que enseñan gramática. Es sin ningún género de duda la más miserable especie de hombres, la más despreciada de los dioses, si no adujese en su favor las miserias del triste oficio que desempeñan. Expuestos sin cesar a los tormentos más crueles, el hambre y la mugre les acosan continuamente. Metidos en sus escuelas, o mejor dicho en sus galeras y prisiones, teatro horroroso de sus bárbaros castigos, envejecen en su trabajo en medio de una turba de niños, se vuelven sordos a fuerza de gritar y la suciedad les corroe y consume. Pues bien, a pesar de todo ello, felices gracias a mí, se creen los primeros entre los hombres. ¡Qué conceptos más agradables se forman de ellos mismos, cuando ven temblar ante sus gestos y voces a la turba de asustados y tímidos muchachos a quienes golpean sin piedad con azotes, que prodigan a su antojo atormentando a estas inocentes víctimas de su brutalidad! Como el asno de la fábula se creen con la potencia del león porque llevan su piel. Se admiran en su suciedad; el mal olor que despiden les parece tan agradable como el del jazmín o la rosa; su triste empleo que no es más que una miserable esclavitud, resulta para ellos un imperio glorioso cuyo poder no cambiarían por el de Falaris o Denis el Tirano.

Lo que les hace todavía más felices es el gran concepto en que tienen su erudición. Atiborran las cabezas de los alumnos con un montón de impertinencias inútiles y ridículas y sin embargo hay que ver con qué desdén miran a los Palemon, los Donat y todos aquellos que en su profesión tienen verdadero mérito. Lo extraordinario de todo esto es que consiguen, no sé como, convencer a los estúpidos padres de sus alumnos, de que son verdaderos sabios.

Otro de los placeres que procuro a estos pedantes es que descubran por casualidad en algún manuscrito enmohecido el nombre de la madre de Anchise o alguna palabra desconocida para el vulgo o consigan desterrar alguna piedra antigua con los vestigios de una inscripción. ¡Gran dios, qué alegría!, ¡qué triunfo!, ¡qué gloria!, ¡cuántos elogios! Ni

que fueran Escipión regresando de terminar la guerra de África o Darío después de la conquista de Babilonia. Y más aún cuando leen en todas partes sus versos fríos e insípidos y encuentran algún tonto que les aplaude. Creen entonces que el genio de Virgilio ha pasado íntegro a sus cerebros. Pero nada hay más divertido que ver a dos de estos pedantes adularse mutuamente como dos asnos que se rascan el uno al otro. Si alguno de los dos deja escapar una falta gramatical y el otro se da cuenta ¡santo Dios! ¡qué escándalo! ¡qué disputas! ¡qué injurias e invectivas! Escuchad un hecho completamente real y que todos los gramáticos me maldigan si añado ni un ápice. Sé de un hombre que conoce todas las ciencias: griego, latín, matemáticas, filosofía, medicina; lo sabe todo. Es ya sexagenario y desde hace veinte años ha dejado todas sus ciencias atormentándose día y noche estudiando gramática y desea como un gran bien el poder vivir bastantes años para poder distinguir claramente las ocho partes de la oración cosa que hasta el presente ni griegos ni latinos han podido hacer con exactitud. ¡Cómo si fuese una gran desgracia el tomar una conjunción por un adverbio y se tuvieran que declarar las más sangrientas guerras para oponerse a un abuso semejante!

Lleno de esa dulce esperanza, estudia, medita, lee y releo sin cesar todo lo que los gramáticos han escrito sobre gramática, por aburrido y bárbaro que sea su estilo lo que en verdad no es nada fácil porque puede decirse que hay tantos tratados de gramática como gramáticos y quizás alguno más puesto que mi amigo Aldo ha escrito él solo más de cinco. En medio de este penoso trabajo ha experimentado temblores de muerte al menor escrito que aparecía sobre esta materia por estúpido que fuese, temiendo siempre que alguien de privara de tan maravilloso descubrimiento, arrebatándole la gloria y haciéndole perder el fruto de tan penosos trabajos. Llamadle extravagancia, locura, lo que gustéis, pero confesad también que el pedante, que de todos los animales es sin duda alguna el más miserable, consigue gracias a mi ayuda tal grado de felicidad que no cambiaría su suerte por la del más poderoso rey del universo.

Los poetas no me deben tanto: su estado natural les permite gozar de mis beneficios por derecho propio. Es, como sabéis, un grupo libre ocupado continuamente en regalar los oídos con falsedades y cuentos ridículos. Creen merecer sin discusión alguna la inmortalidad y hasta se la prometen a los demás. El amor propio y la adulación sienten por ellos una amistad especial y nadie en la tierra me rinde un culto más puro y más constante.

Los oradores, aunque alguna vez se apartan de mis principios y se relacionan algo con los filósofos, me pertenecen, a pesar de todo, por diversas causas. Citaré solamente una: ¿no dicen continuamente infinidad de tonterías? Además, ¿no han escrito largos y serios trabajos sobre el arte de bromear? El autor, quienquiera que sea, que dedicó a Herenio su tratado sobre el Arte de hablar, considera la locura entre el número de las bromas. Demóstenes, el príncipe de los oradores, ha escrito sobre la risa un capítulo más largo que La Iliada.

En fin, están tan persuadidos del poder de la locura que creen que una broma es con frecuencia más adecuada para resolver una dificultad que los razonamientos más serios. Nadie me discutirá que son las bromas el mejor medio para hacer reír.

Los que corren tras la inmortalidad escribiendo libros, son poco más o menos de la misma ralea que los oradores. Me deben grandes favores. Pero yo inspiro principalmente a los que escriben bagatelas y tonterías. Para esos autores que por medio de sus obras sensatas aspiran al beneplácito de un reducido número de lectores de sentido común y no rehúsan aceptar como jueces a Perse y Lélío, su suerte me parece más digna de piedad que de envidia. Torturan sin cesar su espíritu, cambian, tachan, añaden, repasan, corrigen, consultan; siempre descontentos de lo que hacen, trabajan durante nueve o diez años hasta publicar su obra. Después de tantas vigiliás, penas y trabajos, tras tantas noches sin gustar las delicias del sueño, ¿cuál es su recompensa? La cosa más vana y frívola del mundo: la aprobación de un reducido número de lectores. Pero eso no es todo; la pérdida de la salud y el reposo son las tristes consecuencias de su aplicación. Privados de todos los placeres de la vida, se ponen pálidos, delgados, anémicos, algunos hasta ciegos; la pobreza los acaba, la envidia los atormenta, la vejez les alcanza en medio de su carrera y después de haber experimentado toda esta clase de males terminan con una muerte prematura. Tal es la serie de desgracias que un escritor de talento no teme atraerse para tener el placer de ser elogiado por tres o cuatro desgraciados como él. Por el contrario, feliz el autor que escribe bajo mis auspicios. No conoce ni el dolor ni el trabajo, escribe todo lo que se de ocurre, imprime todos los sueños de su imaginación calenturienta; nunca rectifica, nunca corrige, persuadido de que cuantas más tonterías publique mayor será su éxito, es decir, que gustará a la inmensa muchedumbre de locos e ignorantes. Si el reducido número de sabios y gente de talento de desprecian, ¿qué de importa? Los silbidos de dos o tres personas sensatas serán apagados por los ruidosos aplausos de la gran mayoría que de admira.

Los que publican con su nombre las obras de otros, son aún más prudentes; usurpan sin pena ni gloria lo que ha costado tantos trabajos y sudores a sus autores. Ellos saben bien que tarde o temprano se descubrirá el plagio, pero entretanto disfrutan del placer de ser admirados. Hay que ver cómo se ahuecan cuando les alaban o los señalan al pasar por la calle y alguien dice: “ese hombre es admirable.” Cuando ven sus libros en los escaparates de las librerías y leen sus nombres con dos o tres seudónimos, generalmente extranjeros, que parecen mágicos. ¿Qué son, en realidad, todos esos nombres? Eso: nombres y nada más. Con tantos millones de hombres como hay en el mundo, solamente algunos han oído hablar de ellos y de éstos sólo unos pocos hacen caso, porque los gustos de los ignorantes son tan distintos como los de los sabios. Con frecuencia se ponen ellos mismos estos seudónimos o los sacan de algún autor antiguo. Uno se firma Telémaco, otro Esteleno o Laertes, éste Polícrates, aquél Trasímaco. Es como si se hiciesen llamar Camaleón o Calabaza y que al ejemplo de algunos filósofos designasen sus libros por las letras del alfabeto. Pero nada es más divertido que ver los elogios que se prodigan mutuamente en cartas, poesías y panegíricos. Son locos que alaban a locos, ignorantes que admiran a ignorantes.

“Superáis a Alceo” -dice uno- “Y vos tenéis más talento que Calímaco” -responde el otro. “Sois más elocuente que Cicerón” -exclama uno- “y vos mil veces más sabio que el divino Platón” -replica el primero.

Otras veces escogen un antagonista famoso para dar más relieve a su gloria. A la vista de sus debates, el público indeciso divide sus opiniones:

“Scinditur incertum studia ¡ti contraria vulgus”,

hasta que al fin ambos campeones satisfechos de su éxito salen de la liza con aires de vencedor atribuyéndose cada uno la gloria del triunfo. Las gentes sensatas se mofan de estas locuras y tienen razón, pero no es menos cierto que tales autores son felices gracias a mis dones y prefieren sus triunfos a los de los Escipiones.

Todos estos falsos sabios que veo reírse de tan buena gana de estas cosas y que les divierte tanto burlarse de las locuras de los demás creen no estar en deuda conmigo, pero la tienen y muy grande, os lo aseguro. Si osaran negarlo pecarían de ser los más ingratos del mundo.

Comencemos por los jurisconsultos. Se creen los más sabios, cuando, al ejemplo de Sísifo, lo que hacen es subir continuamente una enorme roca hasta lo alto de una montaña que vuelven a dejar caer ladera abajo en cuanto han llegado a la cima. Es decir que entrelazan entre sí quinientas o seiscientas leyes sin orden ni concierto, sin preocuparse demasiado si guardan relación con los asuntos que tratan. Añaden párrafos y más párrafos, citas y más citas haciendo creer al vulgo que su ciencia es cosa muy difícil; creen que no hay nada más admirable que lo que cuesta mucho esfuerzo en conseguir.

Pongamos en el mismo casillero a los dialécticos y sofistas, gente que mete más ruido que las campanas de una catedral. El menos hablador podría mantener en jaque a las veinte comadres más charlatanas que se pudieran encontrar en toda la tierra. Serían felices sin duda alguna si no hiciesen más que charlar, pero disputan, riñen con obstinación por las cosas más vanas y ridículas y a fuerza de altercados pierden de vista la verdad que buscaban. El amor propio les hace completamente felices. Armados con dos o tres silogismos no temen entrar en liza con toda clase de campeones y disputar sobre cualquier tema conocido. Aunque se enfrenten con el mismo Estentor jamás les veréis ceder; su terquedad les hace invencibles.

Después vienen los filósofos, gente muy respetable, a juzgar por la barba y la capa, personas que se vanaglorian de ser los únicos sabios de la tierra y que miran a los demás hombres como sombras vanas que se mueven sobre la superficie de la tierra. Qué placer para ellos cuando en sus delirios filosóficos crean en el universo una cantidad innumerable de mundos diversos. Cuando nos dan el tamaño del sol, de la luna, de las estrellas y de otros astros con tal exactitud como si los hubiesen medido con una cuerda; cuando nos explican las causas del trueno, de los vientos, de los eclipses y otros fenómenos inexplicables, hablando siempre con la misma seguridad que si hubiesen sido los secretarios de la naturaleza cuando se ordenó el universo o acabasen de llegar del Consejo de los dioses.

La naturaleza, que se halla muy por encima de estas pequeñas cábalas de los filósofos, se burla de ellos y de sus conjeturas. Una prueba evidente de que no tienen ningún conocimiento seguro es que existen entre ellos diferencias de opiniones y disputas en las que no se entiende nadie. No saben absolutamente nada, y se vanaglorian de saberlo todo. Ni siquiera se conocen a sí mismos. Alguna vez la debilidad de su vista o la distracción de su espíritu, les impide ver una zanja o una piedra interpuestas en su camino. Sin embargo si hacemos caso de lo que dicen, ven maravillosamente las ideas, los

universos, las formas substanciales, la materia simple, los entes, cosas tan pequeñas que ni siquiera un lince podría ver. Con qué desprecio miran a los vulgares profanos mientras amontonan, unos sobre otros, triángulos, círculos, cuadrados y una infinidad de figuras matemáticas entrelazadas de forma laberíntica o cuando añadiendo a estas figuras letras alineadas en orden de batalla, combinadas y vueltas a combinar de mil formas distintas, dejan oscuras las cosas más claras dejándolas incomprensibles para la gente ignorante que les escucha. Hay incluso algunos que se precian de leer el porvenir en los astros y prometen cosas que el mago más famoso no osaría prometer. ¡Felices locos que encuentran gente lo bastante tonta para darles crédito!

En cuanto a los teólogos quizás sería mejor no decir nada: “no es prudente tocar ni remover lo que huele mal”. Son gentes que no se andan por las ramas y se salen de sus casillas por una bagatela. Podrían apabullarme con una granizada de argumentos forzándome a retractarme o denunciarme como hereje si rehusaba hacerlo. Éste es el espantajo de que se valen ordinariamente para asustar a los que no gozan de sus simpatías.

Quizás no haya nadie en el mundo que sienta tanta repugnancia en reconocer mis bienhechores efectos, pero no es menos cierto que gozan de buena parte de ellos. Transportados al séptimo cielo bajo los efectos de su amor propio, se consideran como pequeños dioses y arrojan desde lo alto de su quimérico Olimpo una mirada compasiva sobre el resto de los mortales que no son a sus ojos más que miserables gusanos arrastrándose por la tierra. Rodeados de un batallón de definiciones magistrales, de conclusiones, corolarios, proposiciones implícitas, saben manejar tal número de escapatorias que sabrían desembarazarse de los mismos grilletes con que Vulcano tuvo sujeta a su infiel esposa y al dios de los combates. Una serie de distinciones que barren de un solo golpe la dificultad más intrincada, una fuente inagotable de palabras nuevas y términos brillantes les sacan siempre del atolladero. Hay que verles explicar con su fantasía los misterios más profundos. Os desvelan las causas de la creación del mundo y del orden maravilloso que en él vemos; os muestran por qué canales ha pasado el pecado original desde nuestros primeros padres. Os dicen el momento, la forma y los medios de la encarnación de Cristo en el seno de la Virgen, os hacen ver palpablemente los accidentes sin substancia en el Sacramento de la Eucaristía.

Estas son sin embargo, cosas fáciles y corrientes. Hay otras que están reservadas a los que ellos llaman ilustres e iluminados. Intervienen en cuanto se trata de estas importantes cuestiones: ¿Hubo un instante en la generación divina? ¿Deben reconocerse varias filiaciones en Cristo? ¿Es posible esta proposición: “DIOS PADRE ODIA A SU HIJO”? ¿Dios podía haberse hecho mujer, diablo, asno, calabaza, piedra, como se hizo hombre? Si se hubiese hecho calabaza, ¿cómo podría haber predicado, hacer milagros, ser crucificado? ¿Qué habría consagrado San Pedro de haber celebrado misa cuando el cuerpo de Jesucristo estaba aún colgado en la cruz? ¿Se puede decir que entonces Jesús era todavía hombre? ¿Será posible comer y beber después de la Resurrección? Previsión admirable la de estos hombres que cuidan ya del hambre y la sed en todo tiempo.

Hay todavía una serie de sutiles naderías más espirituales que lo expuesto anteriormente. Son las nociones, relaciones, formalidades, equidades, esencias, cosas todas que no pueden ser percibidas más que por aquellos que tienen tan buena vista, que

pueden ver en medio de las más oscuras tinieblas, cosa completamente imposible. Pero no es eso todo: su moral se compone de una serie de sentencias tan paradójicas que no tienen comparación con las paradojas de los estoicos. Así dicen por ejemplo: “Es menor culpa degollar mil hombres que remendar el zapato de un pobre, en domingo”. O esta otra: “Es preferible dejar perecer el mundo con todo lo que contiene antes que decir la más pequeña mentira.”

Todas estas agudezas, ya tan sutiles, se utilizan todavía más al pasar de una escuela a otra. Sería mucho más fácil salir de un laberinto que escapar de las redes de realistas, nominalistas, tomistas, albertistas, ockamistas, escotistas y demás sectas teológicas de las que no cito más que las principales. Tienen todos tal grado de erudición, poseen una fuente tan fecunda de dificultades que los mismos apóstoles si se vieses obligados a discutir con ellos sobre estas materias precisarían de un espíritu muy diferente del que han recibido de lo Alto.

San Pablo demostró que tenía fe; pero cuando nos dijo: *la fe es el fundamento de las cosas que esperamos y la prueba de todo lo que no perciben nuestros sentidos*, su definición no fue nada dogmática. Este santo apóstol tenía una caridad perfecta, pero la división y definición que da de esta virtud en su primera Epístola a los Corintios infringe las reglas de la lógica. Los apóstoles consagraban muy devotamente el pan de la Eucaristía, pero si se les hubiese interrogado sobre los términos a *quo et ad quem*, sobre la transustanciación, la forma como el mismo cuerpo puede existir al mismo tiempo en varios lugares distintos, sobre la diferencia que hay entre el cuerpo de Jesucristo en el cielo, en la cruz y en el Sacramento de la Eucaristía; si se les hubiese preguntado en qué instante se verifica la transustanciación y cómo puede realizarse en un momento puesto que las palabras por las cuales se obra el milagro tienen varios instantes de duración, seguramente no habrían podido responder con la sutilidad de los escotistas que disertan sobre todas estas cosas con una fecundidad maravillosa dando definiciones tan claras como la luz del día. Los apóstoles conocían personalmente a la madre de Jesús, pero ninguno de ellos habría demostrado con tanta evidencia como nuestros teólogos modernos, de qué forma fue librada del pecado original. San Pedro recibió las llaves y las recibió de Quien sabía bien a quién se las daba; dudo sin embargo que este santo apóstol hubiese podido imaginar que esas llaves podían convertirse en llaves de la ciencia en las manos de un ignorante. Los apóstoles bautizaban en todas partes sin hablar jamás de la causa formal, material, eficiente y final del bautismo; nunca surgió entre ellos la cuestión del carácter deletable o indeleble. Adoraban a Dios y lo adoraban en espíritu y en verdad, fundados únicamente en este pasaje del Evangelio: *Dios es espíritu y es necesario que los que Le adoren lo hagan en espíritu y en verdad*. No hay conocimiento de haber sido revelado que una figura pintada en la pared, con dos dedos extendidos, los cabellos largos, una aureola brillante con tres rayos detrás de la cabeza, deba merecer el mismo culto y la misma adoración que la persona misma de Jesús. ¿Se podrían saber todas esas cosas de no haber pasado treinta o cuarenta años en las sublimes escuelas de Aristóteles o Escoto? Los apóstoles os hablan a cada instante de la gracia pero no explican nunca qué diferencia hay entre la *gracia gratuita* y la *gracia gratificante*. Os exhortan con buenas obras pero no establecen diferencia entre *obra operante* y *obra operada*. Os predicán la caridad pero no distinguen la *caridad infusa* y la *car-*

dad adquirida; no dicen si esta virtud es un accidente o una substancia, una cosa creada o una cosa increada. Detestan el pecado pero me dejaría matar si fuesen capaces de dar una definición científica de lo que se llama hoy en día pecado a menos que no hubieran sido imbuidos del espíritu de los escotistas.

No puedo imaginarme que san Pablo, el más instruido de los apóstoles, condenase tantas veces las discusiones, genealogías y, como él mismo dice, las disputas de palabras, de haber estado versado en todas las sutilezas de los doctores modernos. Justo es reconocer que las disputas teológicas del tiempo de los apóstoles no eran nada en comparación con las actuales, porque nuestros venerables maestros superan en sutilidades al sofista Crisipo el más hábil polemista de la antigüedad.

Admiramos sin embargo la extrema modestia de nuestros teólogos. Si encuentran por casualidad en los apóstoles algún pasaje que no ven con suficiente exactitud y erudición, no lo condenan de buenas a primeras; se contentan con explicarlo a su manera; moderación bien loable que viene en parte de su deferencia por la dignidad apostólica. Por supuesto sería una gran injusticia exigir grandes cosas a estos primeros discípulos de Jesús puesto que su Divino Maestro no se las enseñó. Si encuentran las mismas negligencias y las mismas faltas en san Juan Crisóstomo, san Basilio o san Jerónimo se limitan a escribir en el margen: “Non tenetur”, no recibido.

Los antiguos doctores de la Iglesia tenían que combatir a filósofos, paganos, judíos, gentes de espíritu testarudo y consiguieron más con la santidad de su vida y sus milagros que con argumentos, conducta muy razonable en aquellos tiempos porque aquéllos a quienes se dirigían no eran lo suficientemente espirituales como para comprender las sutilezas de Escoto. Pero ahora ¿cuál es el pagano o hereje que no rinde sus armas a la vista de tan agudas sutilezas a menos que no sea lo bastante estúpido para no comprenderlas, imprudente para burlarse de ellas o con suficiente acervo de razonamientos capciosos para presentar batalla? En este caso sería como si un mago se opusiese a otro mago o que luchasen dos hombres cuyas armas estuviesen encantadas. Este combate no avanzaría más que la tela de Penélope.

A mi juicio los cristianos harían muy bien en enviar en lugar de esos soldados vulgares y groseros, que por cierto no han hecho grandes cosas en las últimas cruzadas contra turcos y sarracenos, a los charlatanes escotistas, obstinados ockamistas, invencibles albertistas y a todo el temible ejército de sofistas. Se vería entonces el más divertido de los combates y la más singular de las victorias.

¿Quién es el hombre lo suficiente ecuánime para no apasionarse a la vista de estas punzantes disputas? ¿Qué mortal sería lo bastante estúpido para no excitarse ante los agudos alfilerazos? ¿Qué enemigo sería capaz de ver claro entre las espesas tinieblas que ellos esparcen a su alrededor?

Quizás penséis que estoy hablando en broma. No me sorprende porque también a los teólogos más instruidos, les indignan estas disputas frívolas y ridículas. Hay quien las considera sacrílegas y quienes piensan que son terribles impiedades, todos esos discursos llenos de irreverencias sobre los misterios impenetrables que los cristianos deberían contentarse con adorar en silencio. Esas disputas profanas, esas sutilezas paganas, todas esas definiciones presuntuosas, esas palabras y sentencias frías, insípidas y hasta de mal

gusto, no hacen más que envilecer la majestad de la teología. Esto no impide sin embargo a nuestros sutiles polemistas admirarse y aplaudirse ellos mismos y creerse los más felices de los mortales. Ocupados noche y día en sus deliciosas naderías, no les queda un instante libre para hojear una sola vez en su vida el Evangelio o las Epístolas de san Pablo.

Cuando en sus escuelas se agitan esas cuestiones minuciosas creen afirmar tan sólidamente la Iglesia Universal sobre sus endeble silogismos, como los poetas hacían sostener el cielo sobre las espaldas de Atlas y están completamente persuadidos de que Aquélla se derrumbaría en el mismo instante que dejaran de prestarle su maravillosa ayuda.

¡Qué placer para ellos cuando las Sagradas Escrituras, como si fuesen cera blanda, cambian y tornan a cambiar de forma, a la medida de sus deseos! ¡Qué satisfacción cuando exigen que recibáis sus decisiones con tanto respeto como las leyes de Solón y que las preferáis a los decretos pontificios por la mera razón de haber sido aprobadas por otros pedantes parecidos a ellos! ¡Qué triunfo cuando se erigen en censores del género humano y fuerzan a retractarse a aquéllos que han tenido la desgracia de indicar algo que se aparte un solo ápice de sus conclusiones implícitas o explícitas! Les oiréis gritar entonces con la misma seguridad que si sus palabras fuesen oráculos: “esta proposición es escandalosa; esta otra es temeraria, ésta roza la herejía, aquélla es malsonante”. De toma que ni el Bautismo, ni el Evangelio, tú san Pablo, ni san Pedro, ni san Jerónimo, ni san Agustín ni el mismo santo Tomás el archiperipatético, no podrían hacer buenos cristianos sin el beneplácito de estos bachilleres; ¡así es de grande la sutileza de sus juicios! ¿Quién podría imaginarse que no es cristiano decir por ejemplo: “orinal, hueles mal” en lugar de “El orinal huele mal”. O bien: “Marmita hierves” en vez de “La marmita hierve”, si estos sabios doctores no nos lo hubiesen enseñado? ¿Quién habría librado a la Iglesia de tantos errores funestos si el gran cerebro de nuestros doctores apoyado en sus sentencias, no hubiese enseñado a la gente la existencia de todas esas proposiciones, en las que nadie habría reparado jamás de no haber pronunciado ellos su condena? ¿Todas esas cosas no hacen a los teólogos los más felices del universo? ¡Qué placer experimentan cuando realizan una descripción tan exacta del infierno y de todo lo que encierra, como si hubiesen pasado varios años en él! O cuando crean a su capricho nuevos cielos, forjan ese vasto y magnífico emperio a fin de que las almas de los bienaventurados tenga sitio donde pasearse a sus anchas y divertirse. En resumen, la cabeza de todos esos doctores está tan llena de tonterías que no creo lo estuviese más la de Júpiter cuando, queriendo dar a luz a Palas, concebido en su cerebro, reclamó el hacha de Vulcano. No os sorprendáis entonces si en las disputas públicas llevan la cabeza bien cubierta; sin esta precaución posiblemente saltaría en mil pedazos.

Yo misma no puedo contener la risa a veces, cuando les veo considerarse verdaderos teólogos sobre todo porque la jerga que emplean ha llegado a su máximo grado de barbarie; a veces les oigo balbucir frases tan oscuras y enrevesadas que solamente algunos igual que ellos son capaces de entender; pero ellos consideran muy espiritual todo lo que el vulgo no puede comprender. Sería envilecer, según ellos, la dignidad de la teología, someterla a las reglas de la gramática y se abrogan el derecho de pecar a cada instante contra la pureza del lenguaje. Admirable prerrogativa que estos

venerables doctores comparten con la chusma. En resumen, se creen casi dioses cada vez que se les saluda con una especie de veneración religiosa llamándoles al mismo tiempo *Nuestros Maestros*, título en el cual creen ver algo tan imponente como el inefable nombre de Jehová, por el cual los judíos sienten tanta veneración. Verían como un verdadero crimen escribir NUESTRO MAESTRO de otra forma que no fuese en mayúsculas y están completamente convencidos de que si alguien intentase cambiar en latín el orden de estas dos palabras poniendo *Noster Magister* en lugar de *Magister Noster*, cometería por esta inversión sacrílega, un crimen de lesa majestad teológica.

Hay otras gentes a quienes hago casi tan felices como a los teólogos. Son los llamados ordinariamente religiosos o monjes aunque estos dos nombres no son adecuados porque no hay nadie que tenga menos religión que estos pretendidos religiosos monjes -o solitarios- y se encuentran por todas partes. ¿Habría gente más ruin que ésta si yo no disfrazase de mil maneras distintas a sus propios ojos la bajeza de su estado? Mal vistos en todas partes, su sola presencia es considerada como un mal augurio y sin embargo se creen personas extraordinarias. Persuadidos de que la piedad suprema consiste en la ignorancia más supina, presumen de no saber ni leer. Cuando en las iglesias cantan con aire estúpido los salmos que no comprenden siquiera, creen sinceramente que Dios, los ángeles y todos los santos del paraíso, les escuchan con placer. Hay algunos que, orgullosos de su suciedad y miseria van de puerta en puerta pidiendo limosna con una arrogancia y desfachatez extremas. Posadas, coches, barcos..., se les encuentra en todas partes; os asedian, os arrancan a fuerza de importunos, limosnas de las que privan a los verdaderos pobres. Tales son los ilustres personajes que por su suciedad, ignorancia y grosería, pretenden reflejar la vida de los apóstoles.

Nada hay más divertido que las prácticas minuciosas que regulan todas sus acciones con una exactitud matemática y cuya menor violación es un crimen que es preciso expiar. El número de nudos que sujetan su sandalia, el color y longitud del cinturón, el hábito, el tejido de que debe estar confeccionado, la forma y amplitud precisa de la cogulla, el diámetro exacto de la tonsura, el número de horas destinadas al sueño, todo está determinado, medido, fijado. ¡Juzgad el buen efecto que debe producir esta uniformidad en los espíritus y en los cuerpos tan diferentes entre sí! Es sin embargo por estas naderías por las que hacen poco caso de los seglares e incluso sienten el mayor desdén por las demás órdenes religiosas. El cingulo un poco diferente, el hábito algo más claro o más oscuro, bastan para desencadenar las más violentas disputas entre personas que hacen profesión de ejercer la caridad de los apóstoles. Algunos llevan la penitencia al extremo de llevar hábitos de sarga pero encima de las más finas camisas. Otros por el contrario llevan las camisas encima y los hábitos de lana debajo. Hay quien tiembla ante la sola vista del dinero y tocarían antes una serpiente venenosa que la más pequeña moneda, pero no son tan escrupulosos ante una mesa bien servida. ¡Con qué cuidado procura una orden distinguirse de la otra! Su mayor deseo no es parecerse a Jesucristo, sino diferenciarse de los otros. También la asignación de sus nombres forma parte de su felicidad. Unos se sienten orgullosos de que les llamen franciscanos y éstos se dividen en recoletos, menores, mínimos, bulistas; tenemos después los benedictinos, bernardinos, brigidenses, agustinos,

guillemitas, jacobitas. Se enorgullecen de estos nombres como si tuviesen a menos llamarse simplemente cristianos.

La mayor parte de ellos tienen tal confianza en sus ceremonias y pequeñas tradiciones humanas que están completamente convencidos de que es poco un paraíso para recompensarles de una vida pasada en la observación de todos esos bellos detalles. No piensan que Jesucristo despreciando todas esas vanas prácticas les preguntará si han observado el gran precepto de la Caridad en el cual está fundada la ley que dio a los hombres. Uno mostrará su vientre lleno solamente de pescado, otro vaciará mil bolsas de salmos recitados a tantas centenas por día, un tercero hará una larga enumeración de ayunos y contará cuántas veces su vientre ha estado a punto de reventar por no haber hecho más que una comida en el día; habrá quien sacará tal cantidad de ceremonias y prácticas supersticiosas que siete navíos no bastarán para transportarlas; no faltará quien presumirá de no haber tocado el dinero durante sesenta años sin haberse puesto antes un doble guante; otro mostrará su hábito tan roto y sucio que el más zafio marinero se avergonzaría de llevarlo; otro, de vivir en el mismo claustro durante cincuenta años, pegado a él como una esponja a su roca. Algunos dirán que se han quedado roncos de tanto cantar salmos. No faltarán quienes aleguen que la soledad les ha vuelto estúpidos o el silencio les ha atrofiado la lengua.

Pero Jesucristo interrumpiendo esta serie inagotable de tonterías dirá: “¿Qué nueva especie de judíos es ésta? Yo no he dado más que una ley a los hombres, es la única que reconozco y de la cual no me han hablado ni una sola palabra. No es por medio de los hábitos, oraciones, abstinencias y continuos ayunos como yo prometí el reino de mi Padre, sino ejerciendo todos los deberes de la Caridad. Me expliqué entonces bien claramente y sin parábolas. No conozco a éstos que saben tan bien sus propios méritos y que quieren parecer más santos que Yo. ¡Que busquen otro paraíso, pero no el mío! ¡Pueden pedirselo a aquéllos que les han enseñado esas vanas tradiciones antes que a seguir mi ley!”

Cuando oigan esta sentencia y vean que se prefiere a marineros y carreteros, ¿cómo creéis que se mirarán unos a otros? Pero mientras les llega la hora se sienten felices ante las dulces esperanzas que yo les inspiro.

Aunque las distintas órdenes de monjes viven independientemente de la nación en que habitan, nadie se atreve a despreciarlos. Hay que tratar con cuidado a los monjes mendicantes sobre todo porque la confesión les descubre los secretos de las familias. También es cierto que considerarían un pecado gravísimo revelarlos, pero este escrúpulo desaparece fácilmente cuando en medio de una fiesta desean alegrar un poco la conversación con alguna historia divertida. No temen entonces designarlos con circunstancias y detalles inequívocos; lo único que hacen es omitir el nombre. Si alguien por casualidad los irrita, hay que verlos cómo se vengan en los sermones, cómo designan a su enemigo con palabras veladas pero que no ofrecen lugar a dudas, no cesando de gritar hasta que se les apacigua con alguna prebenda.

Decidme por favor, ¿habéis escuchado alguna vez a un comediante o algún charlatán en la plaza pública, con el mismo placer que a un monje en el púlpito? Dan ganas de reír ver el ridículo uso que hacen de los preceptos de la elocuencia. ¡Gran Dios! ¡qué gestos, qué muecas! ¡qué inflexiones de voz tan cómicas! ¡qué gritos! ¡cuánta soberbia!

¡con qué habilidad cambian continuamente de expresión! ¡con qué fuerza elevan la voz hasta resonar en las bóvedas! Esta maravillosa elocuencia es un gran secreto que se pasan misteriosamente un hermano a otro. No me corresponde desde luego estar iniciada en misterios de esta importancia; me limitaré pues, el resultado de mis pobres conjeturas.

En primer lugar comienzan generalmente sus sermones con una invocación y en esto imitan a los poetas. Luego siguen con un largo y pomposo exordio; os hablarán del Nilo en un sermón sobre la Caridad. Comenzarán hablando de Bel, el famoso dragón de Babilonia, en una explicación sobre el misterio de la Cruz y os entretendrán con las doce figuras del Zodíaco para prepararos a comprender un sermón sobre el ayuno, o disertarán largamente sobre la cuadratura del círculo para hablar después de la fe.

Yo misma he escuchado a uno de estos ilustres locos... perdón, quise decir doctores; iba a explicar el misterio de la Santísima Trinidad ante un culto auditorio. Para demostrar que su ciencia no era una ciencia vulgar y para satisfacer al mismo tiempo oídos teológicos, comenzó de una forma muy original. Habló en primer lugar de las letras del alfabeto, las sílabas que componen las palabras y las palabras que componen las frases; después explicó cómo concuerda el nombre con el verbo y el sustantivo con el adjetivo.

La mayor parte del auditorio estaba sorprendido; algunos incluso musitaban en voz baja aquel verso de Horacio:

Quorsum haec tam putida tendunt?

¿A dónde irá a parar con semejantes sandeces?

Por fin, vino a demostrar que los principios de la gramática son una imagen tan fiel de todo el misterio de la Santísima Trinidad, que no conseguiría jamás representar con tanta claridad y evidencia el más grande geómetra con todas sus figuras. A este sublime doctor le había costado sangre, sudor y lágrimas durante ocho largos meses componer aquella obra maestra architeológica y ahora el pobre está ciego como un topo; en los esfuerzos mentales que se había visto precisado a realizar, su espíritu había absorbido toda la energía de la vista. Sin embargo no lamenta en absoluto estar ciego; cree que la pérdida de la vista no es un precio demasiado caro por la gloria inmortal que ha adquirido.

También sé de otro caso muy divertido: un anciano octogenario, teólogo de cuerpo entero, pero tan teólogo que se le hubiese tomado por Escoto resucitado. Explicando un día el misterio del nombre de Jesús demostró con una sutilidad maravillosa que todo lo que se puede decir del divino Salvador está comprendido en las letras de su nombre. Decía: “el nombre de Jesús en latín no tiene más que tres casos, lo que designa claramente las tres personas de la Santísima Trinidad. Observad además que el nominativo termina en S, *Jesús*, el acusativo en M, *JesuM* y el ablativo en U, *JesU*. Es decir que las tres terminaciones S, M, U, encierran un misterio inefable: son las primeras letras de tres vocablos latinos *Summum* (cenit), *Medium* (centro) y *Ultimum* (nadir), que significan claramente que Jesús es el principio, centro y fin de todas las cosas.”

Quedaba todavía un misterio más difícil de explicar, pero nuestro doctor lo resolvió de forma matemática. Partió la palabra Jesús en dos partes iguales de forma que la letra S quedaba en medio, sola.

“Esta letra S -decía a continuación-, que nosotros separamos del nombre de Jesús se llama “*Syn*” en hebreo y “*Syn*” es una palabra escocesa que según creo significa “pecado”. Esto nos muestra tan claro como la luz del día que es Jesús quien quita los pecados del mundo.”

Todos los oyentes y especialmente los teólogos, atentos a exordio tan brillante se hallaban maravillados; poco faltó para que no se trocasen en piedra, como Niobe cuando Apolo mató a sus hijos en presencia suya. En cuanto a mí, tentada estuve de hacer lo que Príapo, en madera de higuera, según cuenta Horacio, cuando para su desgracia se vio obligado a ser testigo de los encantamientos nocturnos de Canidie y Sagane. ¡Y en verdad tenían sus motivos!

¡Jamás escucharon griegos o latinos discurso semejante! ¿Nos ofrecen Demóstenes y Cicerón ejemplos de tal sutileza? Se censuraba a estos grandes hombres cuando comenzaban sus discursos con un exordio que no tenía relación alguna con el tema. Se consideraba entonces que nada había tan vulgar como esta clase de exordios que la naturaleza podía inspirar hasta al más palurdo de los mortales.

Pero nuestros sabios doctores saben lo que hacen; creen que esta especie de preámbulos, como ellos les llaman, son verdaderas obras maestras de elocuencia, si no hay forma de ver la menor relación con el resto del discurso y el auditorio lleno de asombro y admiración se pregunta: %Adónde irá a parar?”

En tercer lugar indican en forma de narración algún pasaje del Evangelio que explican rápidamente y como de paso sin pensar que es únicamente en esta explicación donde tenía que centrarse todo el sermón.

En cuarto lugar cambian súbitamente de personaje tratando una cuestión teológica que a veces no se relaciona con el tema principal; y a eso es lo que ellos llaman una maravilla del arte. Es en esto donde los monjes demuestran su orgullo teológico haciendo resonar en nuestros oídos los títulos pomposos que dan a sus doctores: doctores solemnes, doctores sutiles, doctores sutilísimos, doctores seráficos, doctores santos, doctores irrefragables. Se valen de un sinfín de silogismos, mayores, menores, conclusiones, corolarios, suposiciones y demás impertinencias escolásticas para deslumbrar al vulgo ignorante.

Llegados por fin al quinto acto de la comedia donde debe brillar todo el talento del artista, narran algún cuento absurdo y ridículo sacado del Espejo Histórico o de las Gestas de los Romanos; de dan vueltas y más vueltas, los interpretan alegórica, tropológica, analógicamente y terminan así su discurso, quimera mil veces más monstruosa que la que Horacio ha descrito al comienzo de su Arte Poética.

Pero eso no es todo. Han oído decir, no sé dónde, que el comienzo de un discurso debe pronunciarse tranquilamente sin elevar demasiado la voz. ¿Y qué es lo que hacen? Pronuncian tan bajo las primeras frases de su exordio que apenas pueden oírlas ellos mismos; ¡como si fuese un gran mérito hablar de forma que nadie pueda oírles! Les han dicho también que las exclamaciones son algunas veces de mucho efecto y en el momento más inesperado elevan súbitamente la voz gritando como energúmenos en los períodos donde no era necesario. Os sentís tentados de administrarles una dosis de eléboro o gritarles que están perdiendo el tiempo.

Saben también que el tono del discurso debe elevarse de forma gradual, así que después de haber recitado el comienzo de cada parte de su sermón, adoptan de pronto un tono vehemente incluso para decir las cosas más frías e intrascendentes y terminan como si fuesen a echar el resuello.

También han aprendido que los retóricos hablan en tono humorístico y quieren amenizar sus sermones con algunos trazos chispeantes pero la verdad es que lo hacen con la misma gracia que un asno que pretendiese tocar la lira.

A veces pretenden fustigar al auditorio atacando las costumbres, pero lo consiguen tan bien que antes halagan que ofenden. En una palabra, oyéndoles hablar se diría que han tomado por maestros a los charlatanes de feria, quienes por consiguiente les superan, aunque la elocuencia de uno y otros, es tan parecida que habrá que creer necesariamente que los monjes han aprendido de los charlatanes o los charlatanes de los monjes.

A pesar de todo y gracias a mí, no dejan de encontrar admiradores. Hay gentes que cada vez que asisten a sus sermones creen oír a Cicerón o Demóstenes. Son principalmente mujeres y mercaderes. También procuran halagarles porque saben que adulando a los mercaderes, tienen la posibilidad de obtener alguna pequeña parte de sus bienes mal adquiridos. En cuanto a las mujeres tienen una infinidad de razones para apreciar a los monjes, pero la principal es que vacían sus corazones en el pecho de estos buenos padres desahogando las penas secretas que les causan sus maridos.

Comprenderéis sin duda que esa gente debería estarme agradecida puesto que no teniendo otro mérito que ejercer una especie de tiranía sobre el pueblo por las prácticas supersticiosas, ceremonias ridículas y palabrería, se creen tan grandes como san Pablo o san Antonio.

Pero dejemos esa turba de histriones que muestran tanta ingratitud disimulando mis dones, como perversidad para aparentar una piedad que no sienten.

Saquemos un poco a escena ahora a reyes y príncipes, que me honran casi todos con la mejor buena fe del mundo y hablemos con claridad de esas gentes que siguen abiertamente mis leyes. Si los soberanos tuviesen media onza de buen sentido, ¿su condición no sería la más triste y desgraciada de todas las condiciones? ¿Habría un solo hombre que pensase que una corona merece ser comprada con perjurios o parricidios si considerase el terrible peso que supone el cumplir exactamente con los deberes reales? En efecto, la persona encargada de gobernar ha renunciado a sus propios intereses para consagrar su vida a los de la nación. Ocupado sin cesar en la felicidad de su pueblo debe mostrar una sumisión escrupulosa a las leyes, él, que reúne en su persona el poder *legislativo* y el *ejecutivo*; debe responder de la integridad de sus ministros y magistrados; expuesto a las miradas de todos, puede con su prudencia y su conducta parecer como un astro cuyas benéficas influencias esparzan la felicidad sobre la tierra o como un cometa funesto que siembre la desolación y la muerte. Debe saber que los vicios de los particulares apenas se notan mezclados entre todos, y sus efectos no son tan nocivos, pero un príncipe, por su rango, se halla en una posición tal, que la menor falta contra su deber se convierte en una especie de fuente envenenada que irrumpe impetuosa contaminando la desgracia entre sus súbditos. La cuna, los placeres, la libertad, la adulación, el lujo y otras mil cosas inherentes a la condición de reyes, les desvían ordinariamente de sus deberes; ¿qué valor

no precisará entonces aquél que decida ser fiel a su deber? ¿con qué atención deberá cuidar de sí mismo para no ser engañado por esas sirenas encantadoras que buscan sin cesar corromperle? ¡Sin contar además con emboscadas, odios y otros peligros que amenazan continuamente la existencia de un buen príncipe! Debe pensar que en breve tendrá que dar cuenta al Rey de reyes de su conducta, cuenta tanto más terrible cuanto más extenso haya sido el imperio que se le ha confiado.

Si los príncipes se hiciesen estas reflexiones, y se las harían si fuesen prudentes, no creo que pudieran gustar en toda su vida de un solo instante de reposo y de placer. Pero ya me ocupo yo de apartarlos de toda clase de inquietudes y preocupaciones. Soy yo quien les inspira el que dejen el cuidado del reino a los dioses. Inmersos en la molicie y los placeres, alejan de sí todo lo que pueda producir en su espíritu la menor apariencia de inquietud y no admiten a su alrededor más que los que saben adularles sin cesar con discursos agradables. Creen cumplir a maravilla sus deberes reales yendo todos los días de caza, montando soberbios caballos y vendiendo en su provecho cargos y empleos, imaginando todos los días nuevos medios para disminuir los bienes de sus súbditos y hacerlos pasar a sus arcas. También es cierto que no lo hacen sin cierta precaución: encuentran mil pretextos para autorizar vejaciones y dar apariencia de justicia a las cosas más injustas y no olvidan nunca de adular un poco al pueblo que despojan, a fin de granjearse su afecto aunque sólo sea en parte.

Figuraos ahora uno de esos príncipes tal y como se ven algunas veces, sin conocimiento de las leyes, sin amor por el bien público, únicamente ocupado en sus propios intereses, dedicado por entero a toda clase de voluptuosidades, enemigo de la libertad, de la verdad, de las ciencias, supeditándolo todo a sus pasiones y a su utilidad particular, no importándole en absoluto el bienestar del reino. Ponedle a este hombre un collar de oro símbolo de todas las virtudes reunidas; adornad su cabeza con una corona resplandeciente de piedras preciosas destinada a recordarle que debe brillar en medio de todos los hombres por sus virtudes heroicas; ponedle en las manos un cetro, símbolo sagrado de la justicia y de la integridad incorruptible; por último revestidlo de púrpura que simboliza el amor ardiente que un soberano debe tener por su pueblo.

Que este príncipe compare a continuación su conducta con los atributos de su dignidad y me engañaría si no siente vergüenza de llevar esos adornos temiendo que cualquier agudo bromista ponga en ridículo todo ese teatral boato.

¿Qué diría yo de los cortesanos, esa gente que siendo en su mayoría los más bajos, viles, ramplones y estúpidos esclavos, quieren hacerse pasar por los más maravillosos de los mortales?

Hagámosles, sin embargo, justicia; hay una cosa en que son los más modestos de todos los hombres: se contentan con llevar ellos el oro, la púrpura, las joyas y abandonan a los demás el cuidado de practicar las virtudes que esos símbolos representan. Creen que no se puede añadir nada a su felicidad cuando dicen *el rey, mi Señor*; cuando saben hacer un cumplido de forma lacónica y distribuir con acierto los pomposos títulos de *Majestad, Alteza, Excelencia*; cuando no son capaces de avergonzarse de nada y poseen a la perfección el arte de adular con gracia. Éstas son las ciencias que poseen los cortesanos y gentes de

alcurnia. Por lo demás si examináis su vida con un poco de detalle, veréis personas tan crédulas y tan estúpidas como los feacios y tan libertinos como los amantes de Penélope.

Duermen hasta el mediodía; el sacerdote de la casa, que estaba pendiente de este momento, dice rápidamente una misa que oyen en bata. Después toman el desayuno seguido bien pronto de la comida. Luego las cartas, los dados, el ajedrez, juegos de azar, bufones, mujeres, bromas, y alguna buena libación de vez en cuando, les ocupa toda la tarde. Llega la hora de cenar y se sientan a la mesa y bien sabe Dios que no se acuestan sin tomar frecuentes piscochabís. He ahí de qué manera pasan sin la menor inquietud las horas, los días, los meses, los años y la vida entera.

Ocurre algunas veces en la Corte que me superan en vanidad ridícula todos estos cortesanos. Aquí se ven un grupo de ninfas que creyéndose verdaderas divinidades, miden su mérito y sus gracias por la longitud de la cola de sus vestidos; por allá un señor apresurado aparta la gente a codazos a fin de que se le vea cerca del príncipe; otro se contonea con aire de satisfacción porque lleva al cuello una gruesa cadena de oro, orgulloso de mostrar al mismo tiempo su fuerza y su opulencia.

Pero los príncipes no son los únicos que llevan una vida agradable: los papas, cardenales y obispos, desde hace mucho tiempo hacen todo lo posible por imitarles y casi diría que han llegado a superarles.

¡Qué vida tan ejemplar llevaría un obispo si reflexionara que la immaculada blancura de su roquete debe recordarle que su conducta debe ser irreprochable; que la mitra de dos puntas con que se cubre y cuyos extremos van anudados significa que debe reunir en él la ciencia del Antiguo y Nuevo Testamento; que los guantes le muestran que debe ser puro y sin contagios del mundo en la administración de los sacramentos; que su báculo es el símbolo del cuidado que debe tener continuamente del rebaño que le ha sido confiado y la cruz el signo de la victoria conseguida sobre todas las pasiones! Estas reflexiones y mil más de esta especie, ¿no llenarían al pobre prelado de inquietudes y preocupaciones?

Los obispos de nuestros días no son tan tontos; procuran “apacentarse ellos mismos dejando a Jesús, a sus vicarios y monjes mendicantes, el cuidado de apacentar sus ovejas, olvidando fácilmente que la palabra obispo significa *“trabajo, solicitud, vigilancia”*, cosa que recuerdan muy bien cuando se trata de recabar dinero.

Los cardenales se hallan en el mismo caso si, considerándose sucesores de los apóstoles, están obligados a vivir como vivieron ellos. Deberían darse cuenta que son solamente los administradores y no los dueños de los bienes eclesiásticos y que tendrán que dar una cuenta exacta del empleo que hayan hecho. En resumen, si pensarán un poco en el significado de sus ornamentos, sus Eminencias se preguntarían: ¿Qué significa la blancura del roquete sino la pureza de costumbres a toda prueba? ¿Qué quiere decir esa sotana de púrpura y el amplio manto del mismo color que se extiende en largos pliegues a mis pies, cubre casi por completo a la mula cuando voy de viaje y que en caso de necesidad podría cubrir igualmente un camello? La primera simboliza un amor ardiente hacia Dios y el segundo ese amor reflejado hacia el prójimo, que se extiende a todos, para enseñar, exhortar, reprender, corregir, apaciguar el furor de las guerras, resistir a los malos príncipes, sacrificar con placer las riquezas y la vida por el bien de la Iglesia. ¡Digo

riquezas! ¿Los sucesores de los pobres apóstoles deberían tenerlas? Un prelado que estuviera persuadido de todas esas verdades no ambicionaría nunca la peligrosa dignidad de cardenal, la dejaría con placer después de haberla ejercido o llevaría una vida llena de trabajo, de sacrificios, en una palabra, una vida apostólica.

Los papas, que son los vicarios de Cristo en la tierra, llevarían también una vida triste y desagradable para seguir las huellas del Divino Salvador, esforzándose en imitar su pobreza, sus trabajos, su doctrina, sus sufrimientos y su desprecio por las cosas del mundo; pensarían que la palabra papa significa *padre* y que el título de muy *santo* con que se les honra, es una advertencia para que se hagan dignos de él. ¿Después de todas estas reflexiones cuál es el hombre que querría sacrificar toda su vida por un puesto tan difícil de cubrir o emplear el hierro, el veneno y toda suerte de violencias para conservarlo después de conseguido? ¡De cuántas comodidades y regalos se privarían si tuviesen alguna vez la debida prudencia! ¿Prudencia digo? ¡Un solo grano de sal de la que habla Jesucristo! A tantas riquezas, honores, poder, victorias, cargos, dignidades, empleos, impuestos, mercedes, indulgencias, caballos, mulas, guardia, comodidades de toda especie, se verían suceder vigiliias, ayunos, lágrimas, oraciones, sermones, estudios, y mil miserias parecidas. ¿Pero qué sería de tantos escribanos, copistas, notarios, abogados, promotores, secretarios, muleros, palafreneros, banqueros, alcah... (iba a soltar una palabra un poco atrevida; pero no queremos ofender castos oídos)?

Toda esta gente tan onerosa... tan honorable, quise decir, de la corte de Roma quedaría condenada a morirse de hambre y eso sería un gran mal. Pero todavía más inhumano, más horrible y abominable sería querer reducir a los mismos príncipes de la Iglesia “verdaderas lumbreras del mundo”, a la vida de los primeros tiempos con su cayado y sus alforjas. Mas no temamos esa desgracia para nuestros santos Padres. Reservan a san Pedro y a san Pablo que tienen tiempo de sobra, los trabajos del papado y guardan para ellos los honores y los placeres que rodean actualmente la Sede Apostólica.

Soy yo quien hace que sean los santos pontífices los que lleven una vida más muelle y regalada y carezcan en absoluto del menor trabajo ni preocupación; soy yo quien les persuade que Jesucristo tiene motivos para estar contento de ellos cuando revestidos de sus hábitos hacen el papel de pastores de la Iglesia, realizando multitud de pequeñas ceremonias, calificándose de Beatitud, Reverencia, Santidad e impartiendo sobre la tierra toda suerte de bendiciones y anatemas.

¿Querriais que hiciesen milagros como en los primeros tiempos actualizando aquella pasada costumbre; que se fatiguen instruyendo al pueblo; que expliquen las Santas Escrituras como un pedante, que recen como quien no tuviese nada más que hacer, que tuvieran la debilidad de llorar como una mujer o como un miserable y la bajeza de vivir como un indigente? ¿Querriais que un hombre que apenas se digna permitir a los más grandes reyes el honor de besarle sus zapatos, cediese ante alguno de ellos? ¿Quisierais en fin, que se expusiera de buen grado a una muerte afrentosa haciéndose crucificar como un facineroso? ¡Eso sería indigno! Los papas de hoy día tienen buen cuidado de alejar de sí todas esas miserias y se reservan solamente las armas y dulces bendiciones de que habla san Pablo. Tampoco son avaros. Hay que ver con qué generosidad distribuyen los interdictos, suspensiones, agravaciones, reagravaciones, anatemas y esos cuadros en los

que los excomulgados son atormentados por los diablos; hay que ver con qué caridad lanzan esas excomuniones terribles que envían en un instante las pobres almas cien leguas más allá del infierno, rayo espantoso que estos santos padres en Jesucristo, estos benignos vicarios del Salvador del mundo lanzan con furor contra aquellos temerarios que, por instigación del diablo, tratan de mermar el patrimonio de san Pedro. Aunque este apóstol dice en el Evangelio a su Divino Maestro: *Lo hemos dejado todo para seguirte*, los papas pretenden, sin embargo, que exista una propiedad consistente en tierras, pueblos, impuestos, etc. y cuando animados de un celo realmente cristiano emplean la violencia para disputar su patrimonio, cuando sus brazos paternos y sagrados hacen derramar por todas partes sangre de cristianos, entonces es cuando, orgullosos de haber destruido a esos desgraciados que llaman enemigos de la Iglesia, se vanaglorian de luchar por Ella y defender a la Esposa de Jesucristo con un vigor realmente apostólico.

No se dan cuenta que los más funestos enemigos de la Iglesia son los malos papas que por su silencio hacen que Jesucristo sea olvidado, que trafican vergonzosamente con sus prebendas, corrompen la doctrina con interpretaciones forzadas y la destruyen completamente con el contagioso ejemplo de sus costumbres desordenadas.

¡Porque la Iglesia de Jesucristo ha sido establecida por la sangre, confirmada por la sangre y aumentada por la sangre, creen que es necesario continuar vertiendo sangre para gobernarla y defenderla, como si Jesucristo ya no existiese o no estuviese en condiciones de proteger a los suyos como ha hecho siempre! Saben que la guerra es tan cruel que más bien es cosa de fieras que de hombres; tan furiosa que las mismas Furias, según los poetas, fueron las que la vomitaron sobre la tierra; tan funesta que arrastra tras de sí los desórdenes más espantosos; tan injusta que generalmente no es movida más que por intereses bastardos; tan impía que es enteramente contraria a Jesucristo; sin embargo, estos vicarios de un Dios de paz olvidan cualquier otra ocupación para darse enteramente a este arte abominable. Se ven algunas veces ancianos decrepitos aparentar en estas guerras un vigor de jóvenes, prodigar sumas inmensas para sostenerlas, exponerse con ardor infatigable a todos los trabajos que exigen, tergiversar sin escrúpulos las leyes, la religión, la paz y convertirse en fin en el azote del género humano. Y todavía se encuentran aduladores que osan llamar a este furor evidente, con los gratos nombres de celo, piedad, valor y emplean toda la sutilidad de su espíritu para probar que el que hunde la espada en el pecho de su hermano puede conservar, a pesar de ello, la caridad perfecta hacia el prójimo, que tanto recomendó Jesucristo a sus discípulos!

Dudo aún si han sido los papas los que han dado ejemplo a ciertos obispos alemanes, o fueron aquéllos los que lo tomaron de éstos. Sea lo que fuere, no se andan por las ramas; no llevan sobre ellos ningún distintivo episcopal ni se molestan en echar bendiciones ni ceremonias de esta especie. Se visten y se conducen como sátrapas, creyendo que es vergonzoso e indigno de un obispo entregar su alma fuerte y valerosa a Dios en otro lugar que no sea el campo de batalla.

Los frailes que creerían pecar de no seguir las huellas de sus superiores, les imitan en esto al pie de la letra. ¡Hay que ver con qué valor, con qué ferocidad militar combaten para sostener sus derechos de diezmo! ¡Cómo emplean espadas, picas, mazas y piedras, es decir toda clase de armas contra los temerarios que osan oponerse! ¡Qué agudos e

inteligentes son cuando se trata de sacar de libros antiguos algún pasaje propio para asustar al vulgo ignorante y persuadirle que debe pagar algo más que los diezmos!

No les viene sin embargo, a la cabeza que también se lee por todas partes la ayuda y servicios que el pueblo que les alimenta, tiene derecho a esperar de ellos. No recuerdan que la tonsura en su cabeza está hecha para advertirles que el sacerdote debe alejar de sí todas las pasiones humanas para ocuparse únicamente de las cosas del cielo. No, no; estos buenos sacerdotes se envanecen de haber cumplido sus deberes cuando han leído atropelladamente su breviario, tan atropelladamente que me sorprendería que alguna divinidad celestial les oyese o entendiese porque ni ellos mismos se entienden.

Los sacerdotes no difieren mucho de las demás personas cuando se trata de velar por sus intereses y defenderlos, pero si es cuestión de cumplir algún deber penoso, tienen la prudencia de descargarlo sobre los demás. Cumplen los deberes de la religión poco más o menos como se realizan los del Estado: el rey encarga a sus ministros de los negocios del reino. Los monjes dejan por modestia el ejercicio de la piedad al pueblo y éste encarga de ello a los que llaman “eclesiásticos” creyendo aparentemente que no tienen nada en común con la Iglesia y que las aguas del bautismo no les liga en absoluto. Los sacerdotes que se dicen seculares, como si presumieran de pertenecer al siglo y no a Jesucristo, envían la pelota a los regulares, los regulares a los frailes, los frailes no reformados a los reformados, todos juntos a los monjes mendicantes y éstos a los cartujos, de suerte que en los conventos de estos buenos padres es donde se halla guardada la piedad, pero tan guardada, que no se la ve jamás.

Del mismo modo, los soberanos pontífices, tan activos cuando es cuestión de recoger la cuantiosa cosecha de sus prebendas, dejan a sus obispos los trabajos más o menos apostólicos. Los obispos se descargan en los párrocos, los párrocos en los vicarios y éstos en los hermanos mendicantes quienes a su vez encargan el cuidado de las ovejas a los que tan bien saben esquilas.

Será cuestión de dejar ya la crítica de prelados y sacerdotes; de otro modo parecería que se trata de satirizar a alguien en hipar de hacer mi Elogio y se podría pensar que alabando a los malos príncipes he querido hacer una crítica de los buenos. No ha sido ésta mi intención. Todo lo dicho no ha sido más que para demostrar que ningún mortal puede vivir feliz en la tierra a menos que no esté iniciado en mis misterios y reciba mis preciosos dones.

¿Cómo podrían vivir felices los hombres sin mí, si la Fortuna, esa diosa que decide su suerte, está tan de acuerdo conmigo que siempre ha sido enemiga irreconciliable de los sabios, prodigando por el contrario sus favores a los locos, hasta cuando duermen? Habréis oído hablar sin duda de Timoteo, el general ateniense que dio ocasión al proverbio: *conquistaba ciudades hasta durmiendo*. También conocéis estos otros refranes: *Nacer con fortuna. Fortuna te dé Dios que el saber poco te vale* que se aplica a los locos. Por el contrario es de los sabios de quien se dice: *Nació con mala estrella. No tiene donde caerse muerto*.

Pero basta de refranes; podría sospecharse que los he sacado del *Refranero* de mi amigo Erasmo.

Decía que la Fortuna prefiere a los insensatos, atrevidos, temerarios, aquellos que dicen como César al pasar el Rubicón: *La suerte está echada*. La prudencia hace a los hombres tímidos. Así vemos ordinariamente a tanto sabio sumido en la pobreza, el hambre y el dolor, vivir oscuramente, despreciado y detestado por el mundo. Los locos por el contrario, nadan en la opulencia, gobiernan imperios, en una palabra, gozan de una suerte más feliz y floreciente. En efecto, si cifráis la felicidad en complacer a vuestros soberanos y ser admitidos entre el brillante grupo de sus cortesanos, ¿de qué os sirve la sabiduría? Todos estos dioses de la tierra la detestan y no la admiten entre ellos.

¿Queréis hacer ricos? Mala carrera haréis en el comercio si, fieles a las leyes de la prudencia, no os atrevéis a cometer un falso juramento o perjurio, o enrojecéis al ser cogidos en una mentira o llenáis vuestra cabeza con todos esos escrúpulos estúpidos que los sabios se han formado del robo y de la usura! ¿Ambicionáis los honores y riquezas de la Iglesia? ¡Oh, amigos míos! Un asno o un buey las atraparían antes que un hombre de espíritu y buen sentido. ¿Queréis vivir en el imperio de los placeres? Las mujeres, que lo gobiernan en gran parte, se inclinan por entero por los locos y huyen de un sabio como de un bicho horrible y venenoso. Cualquiera que desee gozar de diversiones y alegrías comienza en primer lugar por desprenderse de toda prudencia; un sabio sería la última persona que se recibiera en una fiesta.

En resumen, id donde queráis: con papas, príncipes, jueces, magistrados, amigos, enemigos, grandes, pequeños; nada encontraréis sin dinero y como los sabios desprecian el dinero no es sorprendente que la gente los evite.

Aunque mi Elogio es un tema inagotable, será necesario que también tenga su fin. Terminaré pues. Pero antes me gustaría mostrar en pocas palabras lo que muchos hombres célebres han escrito o realizado en mi honor. De lo contrario alguien podría tomarme por una tonta, buena solamente para mis propios ojos y los legistas podrían acusarme de no aportar cita alguna. Sigamos pues su ejemplo y citemos como ellos sin orden ni concierto.

En primer lugar, todo el mundo está persuadido de la verdad de esta máxima tan conocida: *Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces*. Por eso se enseña a los niños en la escuela que: *Se precisa ser muy listo para hacerse el tonto*. Juzgad entonces cuál debe ser la excelencia de la locura puesto que los sabios han creído que su sombra, su sola apariencia ya merecía tantas alabanzas. Horacio, el cebado puerco de la piara de Epicuro, lo dijo más abiertamente cuando aconseja *mezclar la locura con la sabiduría*; añade que esta locura debe ser *corta*, pero esta aclaración no es la que le da mayor relieve. Dice en otro pasaje: *Es agradable divagar a propósito*. Más adelante continúa diciendo que: *prefiere pasar por un demente y sin ningún talento, que ser sabio y roerse por dentro*.

Homero que tanto alaba a Telémaco, lo califica con frecuencia de *atolondrado* y los poetas griegos en sus tragedias dan muchas veces este epíteto a los niños y a los jóvenes, considerándolo un buen augurio. La célebre *Ilíada*, no es otra cosa que un relato de los furores y locuras de pueblos y reyes. Cicerón también ha hecho de mí el elogio más completo cuando dice: *La tierra está llena de locos*. Todo el mundo sabe sin duda alguna que un beneficio será tanto mejor cuanto corresponda a más gente.

Pero como todas estas autoridades profanas no son quizás de un gran peso para los cristianos, apoyaré, o para hablar en términos filosóficos, estableceré, si queréis, mi elogio

sobre el testimonio de las Santas Escrituras. En primer lugar pediré perdón humildemente a los teólogos. Después, como se trata de una cosa muy difícil y quizás sería deshonesto invocar de nuevo a las Musas y hacerlas venir una vez más desde tan lejos, para una cuestión que no les concierne apenas, creo será oportuno antes de hacerme la teóloga e iniciarme por los senderos espinosos de la escuela, invocar el espíritu de Escoto mil veces más espinoso que un erizo y rogarle que deje por un instante su querida Sorbona para pasar a mis dominios, permitiéndole regresar cuando haya terminado, o marcharse al diablo si así lo desea.

Me gustaría adoptar otra figura y presentarme ante vosotros con el brillante aspecto de un doctor de la Sorbona. Y a propósito, oyendo hablar tanto de teología no vayáis ahora a acusarme de haber robado los escritos de nuestros *venerables Maestros*. Pensad que teniendo una relación tan íntima y antigua con los teólogos no es extraño que haya aprendido algo de su ciencia, de la misma manera que Príapo, el dios de madera de higuera, recordaba algunas palabras griegas por haberlas oído a su maestro y el gallo de Luciano, que conoceréis sin duda, a fuerza de vivir con los hombres aprendió a hablar como ellos.

Pero volvamos al tema y comencemos sin miedo.

En el primer capítulo del Eclesiastés leemos: *El número de locos es infinito*. Este número infinito comprende por lo tanto a todos los hombres, exceptuando algunos y aún éstos dudo que hayan existido jamás.

Jeremías se explica más claramente aún, cuando en el capítulo décimo dice: *Todos los hombres se han vuelto locos a fuerza de sabiduría*. Atribuye la sabiduría solamente a Dios y deja la locura a los hombres. También había dicho en otro pasaje: *¿que el hombre no se glorifique de su sabiduría!* ¿Y por qué no quiere el buen Jeremías que el hombre se envanezca de su sabiduría? A esto responde el profeta: *Porque no la tiene*. Volvemos al Eclesiastés cuando exclama: *Vanidad de vanidades, nada más que vanidad*, ¿creéis que ha podido decir otra cosa que lo que yo os he afirmado, es decir que la vida no es más que una ilusión producida por la locura? Por ello está bien confirmado lo que dijo Cicerón en mi alabanza y que no debo repetir demasiado: *La tierra está llena de locos*.

El sabio Eclesiastés dice en otro pasaje: *El loco cambia como la luna, el sabio es estable como el sol*, queriendo demostrar con ello que la sabiduría pertenece solamente a Dios, porque los intérpretes consideran la luna como la naturaleza humana y el sol como Dios que es la fuente de toda luz.

Jesús dijo lo mismo en el Evangelio cuando asegura que solamente Dios puede llamarse *bueno*. Y si es cierto que quien no es sabio es loco y por otra parte, como dicen los estoicos, bueno y sabio significan lo mismo, está claro que Jesucristo quiso decir que todos los hombres están locos.

Salomón dijo en el capítulo quince: *la locura es para el loco una fuente de alegría*, confesando claramente con esto que sin la locura no hay ninguna satisfacción en la vida. Es lo que vino a decir también con estas palabras: *Cuanto más aumentamos nuestros conocimientos más se entristece el alma y donde abunda el buen sentido hay también grandes causas de descontento*. Vuelve a repetir lo mismo en otros términos, en el capítulo séptimo: *La tristeza se alberga en el corazón de los sabios y la alegría en el de los locos*. No fue bastante para él

poseer la sabiduría y quiso aprender a conocerme. Si no me queréis creer escuchad lo que dice en el capítulo primero: *Me he aplicado a conocer no solamente la prudencia y la doctrina sino también los errores de la locura.*

Observaréis sin duda, que tuvo cuidado de nombrar a la locura en último lugar a fin de hacerle más honor porque sabéis muy bien que en la Iglesia los primeros en dignidad van siempre los últimos según el precepto del Evangelio.

El autor del Eclesiastés, quienquiera que sea, muestra también con toda evidencia en el capítulo cuarenta y cuatro que la locura vale más que la sabiduría. Pero yo quiero hacer aquí con vosotros lo que hacen según Platón, los que disputan con Sócrates y os juro que no sabréis una palabra del pasaje en cuestión hasta no induciros a dar las respuestas más adecuadas a la demostración que trato de haceros.

Os pregunto pues: ¿Son las cosas raras y preciosas o las cosas comunes y corrientes las que conviene ocultar con más cuidado? No respondéis nada? Está bien; si no queréis responder, hay un proverbio griego que responderá por vosotros. Dice esto: *deja el cántaro a la puerta.* Y a fin de que nadie sea tan impío que rechace esta sentencia, sabed que es de Aristóteles, el gran dios de los teólogos.

¿Hay alguien entre los presentes que sea tan tonto de dejar su dinero y sus alhajas en la calle? No lo creo. Lo pondréis en los lugares más secretos de vuestras casas, en los rincones más ocultos de vuestras arcas y dejaréis la basura a la vista de todo el mundo. Por consiguiente, si se ocultan con cuidado las cosas más preciosas y se dejan a merced de todo el mundo las que carecen de valor, ¿no está claro que nuestro autor quiso decir que la locura es más valiosa que la sabiduría puesto que ordenó esconder la una y mostrar la otra? Escuchad ahora sus propias palabras: *El hombre que oculta su locura vale más que el que esconde su sabiduría.*

Además las Sagradas Escrituras atribuyen a los locos más modestia que a los sabios pues creen que nadie se les puede comparar. Es así como yo interpreto el capítulo décimo del Eclesiastés: *Cuando el loco se pasea cree que todos los que encuentra están tan locos conio él.* ¡Qué modestia! ¡Qué candor! ¡No creerse por encima de los demás y compartir con ellos las magníficas alabanzas que cree siempre merecer! Salomón a pesar de su grandeza no se avergonzó del calificativo de loco; lo dice textualmente en el capítulo treinta: *Soy el más loco de todos los hombres.*

San Pablo, el apóstol de los gentiles, se llama a sí mismo loco cuando escribe a los corintios: *Hablo en loco y lo soy más que nadie,* quería decir que era vergonzoso dejarse superar en locura.

Ya me parece estar oyendo a esos doctorcillos en griego que con sus nuevas observaciones se esfuerzan en deslumbrarnos y hacernos creer que los teólogos son ignorantes. Si mi querido Erasmo no es el primero, al menos es el segundo de estos doctores. Lo nombro con frecuencia porque es el mejor de mis amigos y deseo honrarle como se merece. ¡Absurda cita! ¡Realmente digna de la Locura!, dicen ellos. El pensamiento del apóstol es bien diferente del que imaginan vuestras fantasías. Su objeto no era demostrar con sus palabras que estaba más loco que todos. Después de haber dicho: *Ellos son ministros de Cristo, yo también,* añade: *Lo soy más que ellos,* dejando bien sentado que no solamente era igual a los otros apóstoles en el ministerio del Evangelio sino que se

hallaba un poco por encima. Y para no escandalizar a los que pudiesen encontrar alguna presunción en estas palabras, se excusa diciendo que habla como un loco, queriendo dar a entender que los locos tienen derecho a decir la verdad sin ofender a nadie.

Que esos señores discutan lo que quieran sobre la interpretación de este pasaje. Pero yo me atengo a la de los grandes teólogos que todo el mundo sigue; la mayor parte de los doctores, antes que aceptar una verdad sobre su palabra, preferirían adoptar un error, por considerarlos como cotorras, con su griego, su hebreo y su latín.

Escuchad cómo uno de esos gloriosos doctores -no os diré el nombre porque nuestros sabihondos teólogos no dejarían de ponerlo en ridículo y decir con el proverbio griego: *es como un asno que quiera tocar la lira*-; escuchad digo, la forma tan teológica y doctoral con que uno de estos grandes doctores ha interpretado este pasaje: *lo digo con menos sabiduría, yo soy más que ellos*. Hace un nuevo capítulo; y puesto que exigía un gran fondo dialéctico añade un párrafo explicándolo así. Lo diré con sus propias palabras *materialiter et formaliter*: *lo digo con menos sabiduría* es decir, que si os parezco loco igualándome a los falsos apóstoles aun os lo pareceré más puesto que me prefiero a ellos. También es cierto que un poco más abajo nuestro doctor salta de golpe a otra materia como quien no sabe lo que se dice.

¿Pero, por qué tanto esfuerzo para exponer un ejemplo? ¿No sabemos bien que los teólogos tienen derecho a estirar el cielo, es decir las Santas Escrituras como una piel? ¿No hay pasajes en los escritos de San Pablo que se contradicen y en los que sin embargo, no hay la menor contradicción si se leen en el original de donde io han sacado? Escuchad lo que dice de este apóstol San Jerónimo, ese gran doctor que sabía cinco lenguas: “San Pablo descubrió por casualidad en Atenas un altar que llevaba esta inscripción: DIIS ASIAE, EUROPAE ET AFRICAE, DIIS IGNOTIS ET PEREGRINIS, *A los dioses de Asia, Europa y África, a los dioses Desconocidos y extranjeros*; juzgó entonces que podría servirse de ello en provecho de la religión cristiana y omitiendo todo lo que estorbaba a su objeto, no tomó más que las últimas palabras de la inscripción, DIIS IGNOTIS, *A los dioses desconocidos*. Las cambió a propósito en DEO IGNOTO, *Al Dios desconocido*, y probó con ello a los atenienses que habían erigido un altar a Jesús, que era ese Dios desconocido.

Siguiendo por lo visto el ejemplo de este gran apóstol, los teólogos suprimen a veces cuatro o cinco palabras de un sitio, cuatro o cinco de otro, las cambian según su conveniencia y las citan a continuación con toda tranquilidad aunque a veces lo que precede y sigue no tenga la menor relación con el sentido que les dan, o sea completamente opuesto.

Los teólogos se sienten tan felices con sus citas impertinentes que los mismos jurisconsultos a veces se muestran celosos. Efectivamente. ¿Puede ponerse en duda que son capaces de conseguirlo todo cuando vemos al mismo doctor citado antes, cuyo nombre omití a causa del proverbio griego, dar a un pasaje de San Lucas un sentido tan contrario al espíritu del Evangelio como el agua es contraria al fuego?

En tiempos de gran peligro los buenos vasallos se agrupan alrededor de su rey para prestarle toda su ayuda; Jesucristo queriendo disuadir a sus discípulos de la confianza que tenían en los recursos humanos, les preguntó si les había faltado nunca alguna cosa aunque no les hubiese dado sandalias para protegerse de las piedras y abrojos

del camino, ni bolsa ni provisiones para alimentarse. Los apóstoles le respondieron que siempre habían tenido lo necesario. Jesús les dijo entonces: *Ahora, el que tenga una bolsa grande o pequeña que la deje a un lado y el que no tenga espada que venda su túnica o su camisa para comprarse una.*

Como toda la doctrina de Jesucristo está fundada en la dulzura, la tolerancia y el desprecio a la vida, se ve claramente lo que el Divino Salvador quiso decir en este pasaje. Quería persuadir a sus apóstoles a desprenderse de las cosas temporales; no sólo les privaba de sandalias y dinero sino que les ordenó que se deshicieran hasta de su camisa, dándoles a entender que debían renunciar a todas las cosas de la tierra para dedicarse por entero a la predicación del Evangelio. Les recomendó comprar solamente una espada, pero no una espada como la que llevan los asesinos y parricidas, sino esa espada espiritual que penetra hasta los repliegues más ocultos del corazón, para cortar todas las pasiones humanas y que en él no impere más que la piedad.

Escuchad ahora la interpretación que nuestro hábil doctor ha dado a estas palabras. Entiende por espada el derecho a defenderse contra la persecución; por la bolsa, una buena provisión de víveres. Creía por lo visto este buen doctor que Jesucristo había cambiado de sentimientos y que, temiendo ver partir a sus apóstoles con tan modesto bagaje, comenzaba a retractarse. Se imaginaba, pues, que el Divino Salvador ya no recordaba haberles dicho: *seréis felices eternamente si sufrís pacientemente los oprobios, ultrajes y suplicios*, prohibiéndoles con ello resistir a la persecución, recordándoles que es con dulzura y no con ferocidad cómo ha de ganarse el Reino de los Cielos. ¿Cómo es posible pensar que aquel que había expuesto a sus apóstoles el ejemplo de los lirios y los pájaros iba a permitir verles ahora con la espada al cinto, y les recomendase vender hasta la camisa para comprar una como si prefiriese más verlos partir desnudos que sin espada? Pero como el doctor entendía por espada todo lo que sirve para rechazar la fuerza, comprendió también por bolsa todo lo que puede satisfacer las necesidades de la vida.

Así que este intérprete del espíritu de Dios, arma a los apóstoles de lanzas, espadas, arcos y flechas y les hace partir con este bagaje a predicar un Dios crucificado. Les carga igualmente de paquetes y bolsas bien repletas de provisiones a fin de no exponerles al contratiempo de salir de una posada sin haber comido. No sabía este hombre que la espada que hacía comprar tan cara a los apóstoles había sido condenada por Jesucristo, Quien les reprendió por haberla desenvainado, y ordenó volverla de nuevo al cinto. No se ha parado a pensar que jamás se ha oído decir que los apóstoles hubiesen empleado la espada y el escudo para resistir a los paganos, cosa que hubiesen hecho de habérselo ordenado su Maestro.

Otro doctor que tampoco mencionaré por el profundo respeto que me merece y a quien no se podría aplicar lo del proverbio griego, explicaba un día este pasaje de Habacuc: *Turbabuntur pelles terrae Madian*, o sea, *Las tiendas de los medianitas se llenarán de confusión*. Pretende que la palabra *pelles* que significa literalmente pieles -las tiendas de los medianitas estaban hechas de pieles- pretende, digo, que esta palabra debe entenderse por la piel de San Bartolomé, que fue desollado vivo.

Hay otra cosa que oí yo misma. Asistí el otro día a una tesis de teología como hago con frecuencia, cuando alguien preguntó en qué pasajes de la Sagrada Escritura se

demostraba que es mejor quemar a los herejes que convencerles con buenos razonamientos. Un anciano adusto que llevaba en su rostro todo el orgullo y presunción teológicas, respondió gritando: “Es el mismo San Pablo quien lo manda expresamente cuando dice: *“Hereticum hominem post unam et alteram correptionem devita”*.”

Como no hacía más que repetir siempre el mismo pasaje la mayor parte del auditorio se miraba sorprendido sin poder adivinar lo que quería decir. Al fin se explicó así: “¿La palabra *devita* no está compuesta de la preposición *de*, que significa supresión, apartamiento, y del sustantivo *vita*, que quiere decir vida? Significa por lo tanto suprimir la vida; el verdadero sentido del pasaje será pues: *Si el hereje no se corrige después de haberle advertido una o dos veces, es preciso quitarle la vida*.”

Algunos oyentes se echaron a reír, otros admiraron esta peregrina explicación y la encontraron realmente teológica. Al fin como había algunos que no parecieron rendirse a la evidencia de este razonamiento, nuestro sutil doctor echó mano de un silogismo que hizo la cuestión irrefutable.

“Escuchad bien, dijo, lo que voy a deciros; está escrito: *Maleficum ne patiaris vivere*, No dejéis que viva el malhechor; *Atque*, todo hereje es malhechor; *Ergo*, hay que quemar a los herejes”.

Ante este maravilloso *Ergo*, todos los oyentes rindieron sus armas al espíritu sublime del teólogo poniéndose de su parte. No hubo ni uno solo que se pusiese a pensar que este pasaje se refería solamente a hechiceros, encantadores y magos a quienes se les designaba antiguamente con el nombre genérico de malhechores *malefici* y que admitiendo el razonamiento de nuestro doctor habría que quemar igualmente a los libertinos y borrachos.

Pero soy tonta de continuar explicando aquí cosas de las que se podrían escribir más volúmenes de los que escribieron Crisipo y Dídimo en toda su vida. Quería solamente haceros observar que si estos divinos Maestros han podido hacer impunemente tantas citas y explicaciones impertinentes, bien se me puede perdonar a mí, que no soy más que una pobre teóloga indigna, que mis citas no hayan sido tan exactas como hubiese sido de desear.

Volvamos a San Pablo. Dice hablando de sí mismo: *Soportáis de buen grado a los locos... Recibidme como a un loco*. Y en otro pasaje: *No hablo según el Señor sino en locura... Estamos locos por Jesucristo*. ¡Ved que alabanzas me prodiga hombre tan grande! Hasta recomienda abiertamente la locura como cosa útil y necesaria cuando dice: *Aquel de vosotros que se crea sabio que abrace la locura para encontrar la sabiduría*. Jesucristo llama locos a los dos discípulos que encontró en el camino de Emaús. Pero lo que parecerá quizás más sorprendente todavía es que San Pablo atribuye la locura a Dios mismo: *La locura de Dios*, dice, *vale más que toda la sabiduría de los hombres*. Según Orígenes no es precisamente ésta la opinión de los hombres ni tampoco este otro pasaje: *El misterio de la cruz es una locura para los que se condenan*.

Pero ¿por qué fatigarme en aportar tantos testimonios? Jesucristo dijo claramente en los Salmos hablando a su Padre: *Tú conoces mi locura*.

Hablando en buena lógica, se observa que Dios tiene muy buenas razones para amar a los locos. Efectivamente, creo que en esto el corazón divino se parece bastante a los

príncipes de la tierra quienes prefieren los ignorantes e imbéciles, a los que poseen demasiada sabiduría por considerarlas personas sospechosas y peligrosas. Vemos, por ejemplo, como César desconfiaba de Bruto y de Casio y no temía nada del voluptuoso Antonio; que Nerón no podía sufrir a Séneca y que Denis el tirano pronto encontró insoportable a Platón.

También por la misma razón Jesucristo detesta y condena a los filósofos que ponen toda su confianza en su pretendida sabiduría. San Pablo confirma plenamente lo que acabo de exponer cuando dice: *Dios escoge en el mundo lo que hay en él de loco... Dios ha elegido salvar al mundo por la locura*, seguramente porque no podía hacerlo por la sabiduría. Dios mismo lo ha declarado por boca del profeta Isaías: *Confundiré la sabiduría de los sabios y rechazaré la prudencia de los prudentes*, y en otro pasaje se felicita de haber ocultado el misterio de la salvación a los sabios y haberla revelado a los niños, es decir a los locos.

Y en este mismo sentido debemos entender la indignación de Jesucristo al recriminar a escribas, fariseos y doctores de la ley y la bondad con que protege al ignorante. *¡Desgraciados de vosotros escribas y fariseos!*, exclama, que es como si dijese: “¡Ay de vosotros, sabios del mundo!”

Y este Divino Salvador que trataba así a los sabios se complacía sobre todo en la compañía de los niños, de las mujeres y de los pecadores.

Este amor del Salvador por la sencillez se observa hasta en la elección de los animales. Entre tantas especies diferentes que viven en la tierra, prefirió aquellos de instinto más opuesto a la astucia del zorro. Fue un asno quien tuvo el honor de llevarlo en su entrada triunfal a Jerusalén, Él, que podía, si hubiese querido, fustigar al más fiero león. Fue bajo la forma de una paloma y no de un águila o un milano que descendió el Espíritu Santo sobre la tierra. La Biblia hace honrosa mención de los ciervos, potros y corderos. Además, ¿no da Jesucristo el nombre de ovejas a los que Él destina a la vida eterna? Ya sabemos que la oveja es el más simple de todos los animales; si creemos a Aristóteles, su nombre era una injuria entre los griegos y se aplicaba con sarcasmo a estúpidos e ignorantes el calificativo de *sesos de oveja*.

De este rebaño de ovejas Jesús se llamó pastor. Aún más; le gusta ser llamado Cordero. Bajo este título lo anuncia San Juan al pueblo: *Ecce Agnus Dei, ¡He aquí el Cordero de Dios!* El Apocalipsis nos representa también al divino Salvador bajo la figura de este animal.

Tal cantidad de testimonios ¿no prueban en realidad que todos los hombres están locos, sin exceptuar ni siquiera a los santos? El mismo Jesucristo, cualquiera que sea la sabiduría del Padre, tiene su parte de locura para curar la locura de la humanidad puesto que se ha unido a la naturaleza humana, es decir se ha hecho hombre. El divino Salvador cargó con la locura del mismo modo que cargó con el pecado para redimirnos de él y destruirlo.

¿Y por qué medios quiere destruirlo? Por la locura de la cruz, con apóstoles rudos e ignorantes a quienes recomienda sin cesar esta locura procurando alejarlos de la sabiduría, proponiéndoles el ejemplo de los niños, los lirios, la mostaza y los pájaros, cosas todas que no tienen discernimiento ni buen sentido y que se dejan llevar buenamente de los impulsos de la naturaleza. También les prohíbe preparar sus respuestas antes de

comparecer ante los príncipes y magistrados y les ordena no inquietarse por el porvenir, ¿no les enseña con ello a no depositar su confianza en la sabiduría sino que dejan al cuidado de su providencia todas las cosas? ¿No fue por la misma razón por la que el Supremo Hacedor prohibió a nuestros primeros padres probar el fruto del árbol de la ciencia previendo que esa ciencia fatal les emponzoñaría toda su felicidad? San Pablo estaba bien persuadido de esta verdad cuando, condenando también la ciencia, la declaró pernicioso y propia para engrair el corazón. Yo creo que fue imbuido por esta idea por lo que San Bernardo llamó *Montaña de la Ciencia* a la montaña donde se detuvo Lucifer.

Vemos otra prueba que no es nada despreciable. Se precisa que la locura goce de gran favor en el cielo puesto que se le redimen las faltas que jamás se perdonarían a un sabio. Del mismo modo cuando la sabiduría comete alguna torpeza la atribuye a la locura, eludiendo así el castigo bajo la protección de esta buena diosa. Fue así como Aaron, en el libro de los Números, implora el perdón para su mujer diciendo: *Dignaos Señor no tomar en cuenta una falta cometida en un rapto de locura*. Del mismo modo se excusa Saúl ante David: *Me he portado como un loco*. Y el mismo David trata de apaciguar al Señor irritado, exclamando: *¡Señor, te imploro que borres esta iniquidad de la cuenta de tu servidor, porque fue la locura quien me hizo obrar así!*, convencido de que su locura e ignorancia eran las únicas cosas capaces de mover a compasión al Señor.

He aquí otro testimonio todavía de más peso. Cuando Jesús en la cruz ruega por sus enemigos dice: *Padre mío, perdónales, porque no saben lo que se hacen*. Es decir, atribuye su falta solamente a su ignorancia. San Pablo atribuye a la misma causa el perdón de sus pecados: *Dios me ha concedido su misericordia*, escribe a Timoteo, *porque mi incredulidad era efecto de mi ignorancia*. Quería decir: *Porque no era por malicia sino por locura por lo que actuaba así*. ¿Y ese *porque* no expresaba el convencimiento de que había alcanzado misericordia gracias a la protección de la locura? Hay también un pasaje en el salmista que me ha venido ahora a la memoria y que sirve para confirmar maravillosamente todo esto; dice: *Dignaos Señor olvidar los extravíos de mi juventud y mis ignorancias*.

Observad que aporta dos cosas como excusa: la juventud, de la que soy fiel compañera y la ignorancia, una de mis mejores amigas; ha tenido igualmente cuidado de mencionar la ignorancia por un término que parece multiplicarla, *mis ignorancias* a fin de hacer resaltar más la extensión de su locura.

Pero sin entrar en este sinfín de detalles fijaos que la religión cristiana parece adaptada a una especie de locura directamente opuesta a la sabiduría. ¿Queréis pruebas? ¿No observáis, por ejemplo, que los niños, mujeres y gente sencilla encuentran mayor gusto que los demás en los actos del culto y que empujados por el solo instinto de la naturaleza, se acercan todo lo que pueden al altar? En segundo lugar, ¿quiénes fueron los fundadores del cristianismo? Gentes de una sencillez extrema, enemigos mortales de las letras y las ciencias.

En resumen, ¿habrá sobre la tierra locos más locos que aquellos cuyo corazón se halla inflamado de amor y piedad? Reparten su dinero con generosidad, sufren pacientemente las injurias, se dejan engañar, aman igualmente a amigos que a enemigos, aborrecen la voluptuosidad, se alimentan de ayunos, lágrimas, vigiliias y ultrajes; desprecian la vida y no desean más que la muerte; en una palabra, parecen haber

renunciado a toda especie de sentido común; parece como si sus almas morasen fuera de sus cuerpos. ¿No se llama a eso estar loco?

Según esto ¿es sorprendente que se haya tomado algunas veces a los apóstoles por borrachos y que el juez Festo creyese que San Pablo era un extravagante?

Ya dispuesto a razonar, continuaré demostrando a continuación que esa felicidad de los cristianos que ellos tratan de merecer con tantas penas y sufrimientos, no es otra cosa que una especie de demencia. No vayáis a condenarme de buenas a primeras por simples apariencias; tomaos solamente el trabajo de examinar conmigo la cuestión.

En primer lugar hay un principio común a cristianos y platónicos que afirma que en esta vida, el alma inmersa en la materia y sujeta por sus lazos, se ve impedida de ver la verdad y gozar de ella. Por esto Platón define la filosofía como *la meditación de la muerte*, puesto que una y otra se elevan por encima de las cosas visibles y materiales. Decimos por consiguiente que un hombre tiene tanto más sentido cuanto más su alma actúa normalmente sobre el cuerpo; pero si el alma rompe sus ligaduras y busca la libertad escapando de su prisión, decimos entonces que es locura. Si por casualidad se llega a este estado por enfermedad o desequilibrio de algunos órganos, todo el mundo le llama demencia. Ocurre sin embargo que personas que adolecen de esta locura, predicen el porvenir, saben lenguas y ciencias sin haberlas aprendido y ofrecen en toda su persona algo realmente divino. Esto es debido sin duda a que el alma, un poco desprendida del cuerpo, empieza a ejercer sus facultades naturales. La misma causa produce efectos parecidos en los moribundos que parecen a veces inspirados de un soplo divino y dicen cosas maravillosas.

Pero cuando es el amor a la piedad el que eleva el alma por encima de las cosas materiales, esta locura, que no es precisamente de la misma clase que la primera, se le parece no obstante demasiado, puesto que la mayor parte del género humano, al ver el pequeño número de los que la padecen, cuya vida es tan opuesta a la de la mayoría, los consideran fácilmente como locos. Unos y otros realizan entonces la ingeniosa ficción del antro de Platón. Este filósofo imaginaba una gruta donde los hombres encadenados no veían más que sombras y apariencias; uno de ellos escapa y consigue ver las cosas realmente como son y regresando junto a sus camaradas les grita: ¡Qué desgraciados sois! ¡No veis más que sombras vanas y estáis equivocados al creer que no existe nada más! ¡Fuera de esta caverna se hallan los objetos reales y yo acabo de verlos!

Mientras este sabio se agota deplorando el error y la locura de estos pretendidos desgraciados, éstos a su vez le contemplan como un loco, se burlan de él y le expulsan.

He ahí la imagen de los hombres mundanos y la de los devotos. Los primeros ocupados por entero en gozar de los objetos sensibles, consideran que no existen otros; los devotos por el contrario, despreciando todo lo que signifique materia, elevan su alma a la contemplación de las cosas invisibles y espirituales. Unos piensan en primer lugar acumular riquezas, luego satisfacer las necesidades materiales y por último preocuparse de su alma, si es que creen tenerla, porque la mayoría lo ponen en duda. Los otros se conducen de forma opuesta. Se ocupan con todo empeño en cumplir sus deberes con Dios que es el más simple de todos los seres, cuidan después de su alma porque el alma es de todas las cosas la que mayor relación tiene con Dios, pero olvidan enteramente las nece-

sidades corporales, desprecian el dinero huyendo de él en cuanto lo ven y si alguna vez se ven obligados a tocarlo, lo hacen con la mayor repugnancia, porque según se lee en el Evangelio, *tienen como si no tuviesen Y poseen como si no poseyesen.*

Esta diferencia que encontramos entre mundanos y devotos, se extiende a todas las acciones de su vida. Aunque todas las facultades del alma dependen de los órganos del cuerpo, hay sin embargo algunas como el oído, vista, tacto, gusto y olfato que se hallan más estrechamente unidas a la materia y otras como la memoria, inteligencia y voluntad que parecen estarlo mucho menos. Por consiguiente el alma dependerá más o menos de la materia según se valga más o menos de unas u otras.

Los devotos, realizando los mayores esfuerzos, consiguen elevarse por encima de la materia haciéndose estúpidos e insensibles a las impresiones de los sentidos. Así se dice de algunos santos personajes que han bebido, sin darse cuenta, aceite en lugar de vino. Lo contrario sucede con los mundanos: la materia les afecta mucho y el espíritu poco.

Entre las pasiones las hay también que son por así decirlo, completamente corporales, como el amor, el hambre, la sed, el sueño, la cólera, el orgullo, la envidia. Los devotos les hacen una guerra continua; los mundanos creen por el contrario que sin ellas no podrían vivir.

Hay otras que podríamos llamar intermedias entre el cuerpo y el espíritu y que parecen inspiradas por la naturaleza, como el amor a la patria, el cariño paternal, la piedad filial, la amistad. Los mundanos conceden bastante importancia a estas pasiones, pero los devotos hacen todo lo que pueden por arrancarlas de su corazón o a lo máximo conservan de ellas sólo aquello que consideran más espiritual. Un devoto, por ejemplo, no quiere a su padre porque sea su padre, ya que como tal no ha recibido de él más que el cuerpo que también pertenece a Dios, Padre de todas las cosas. Le quiere porque es un hombre bueno, porque ve brillar en él la imagen de esa inteligencia suprema que contempla como el bien supremo y fuera de la cual no hay nada que sea digno de ser objeto de su amor y sus deseos. Esto es lo que sirve de regla a los devotos para todos los deberes de la vida. Y si hay algún objeto visible al que no desprecian, lo consideran muy por debajo de las cosas espirituales e invisibles.

Distinguen materia y espíritu hasta en los sacramentos y demás deberes piadosos. No creen como los mundanos, por ejemplo, que el ayuno consiste solamente en no comer carne y acostarse sin cenar. Ellos dicen que el espíritu del ayuno consiste en mortificar las pasiones y realizar todos los esfuerzos posibles para hallarse menos sujeto a la cólera, menos inflado de vanidad y orgullo, a fin de que el alma, menos agotada por el peso de la materia, pueda elevarse con más fuerza hacia el conocimiento y goce de las cosas celestiales.

Del mismo modo razonan sobre la Eucaristía. “Aunque las ceremonias de la misa - dicen- no sean en modo alguno despreciables, no son desde luego demasiado útiles; pueden ser incluso nocivas, sin el espíritu, es decir sin lo que está representado por signos sensibles. Siendo la muerte de Jesucristo la que se representa en estos signos, los cristianos deben imitar esta muerte, haciendo morir y enterrando sus pasiones, a fin de resucitar a una nueva vida y uniéndose a Jesús, al mismo tiempo que entre sí, formar un solo Cuerpo del que el Divino Salvador sea la Cabeza.”

Así es la vida y meditación de los devotos. Los mundanos piensan de forma muy distinta. Creen que la misa consiste en situarse bien cerca del altar, escuchar el sonido de las palabras que pronuncia el sacerdote y mirar las ceremonias que hace desde el comienzo al final.

En resumen, no es solamente en los ejemplos que acabo de señalar sino en la vida entera que el devoto se aparta de las cosas materiales y sensibles para elevarse hacia las cosas eternas, espirituales e invisibles.

Siendo así que devotos y mundanos se conducen de forma tan opuesta es natural que se consideren mutuamente como locos. A mi juicio son los devotos los que merecen más este título. Estaréis de acuerdo conmigo cuando os demuestre como os he prometido, que el supremo bien a que aspiran no es más que una pura locura.

Notad en primer lugar que Platón tenía en el espíritu algo parecido cuando dijo que la locura de los amantes es la más dulce de todas las locuras. Efectivamente, el que ama con pasión no vive para sí sino para el objeto amado; y cuanto más se desprende de sí mismo para ligarse a este objeto más siente aumentar su alegría y su felicidad. Por consiguiente, ¿no decimos de alguien que está loco cuando su espíritu elevándose por encima de la materia, parece salir de su cuerpo, y como poseído de un delirio? De esto provienen las conocidas expresiones: *está fuera de sí... vuelve en ti... ¿ha vuelto en sí?* En resumen, cuando más perfecto es el amor, la locura es mayor y la felicidad más sensible.

Ved, pues, en qué consiste esta felicidad celestial por la cual los devotos suspiran con tanto ardor. El espíritu, vencedor de la materia, absorberá el cuerpo y lo identificará a su naturaleza, cosa nada difícil sobre todo si el pobre cuerpo ha sido bien preparado para esta transformación, por ayunos y mortificaciones piadosas. Este espíritu será después absorbido por el Espíritu Supremo que es infinitamente más fuerte y potente que él, de manera que el hombre entero fuera de sí, será feliz por esta afortunada ausencia y gozará de la dicha inefable que le producirá la presencia del supremo bien que atrae hacia sí a todos los seres.

Aunque esta felicidad no debe comenzar a ser perfecta más que a partir del instante de la reunión gloriosa de los cuerpos con las almas, como la vida de los devotos no es más que una imagen y una meditación continua de esa vida celestial, experimentan ya sobre la tierra una anticipación de esta dichosa recompensa. No es en realidad más que una pequeña gota de esa fuente inmensa de felicidad eterna; pero esa pequeña gota, a pesar de su insignificancia, supera infinitamente a todos los placeres de los sentidos y todas las voluptuosidades humanas juntos. ¡En tanto superan los placeres espirituales a los del cuerpo! ¡Tan por encima de los bienes visibles se hallan los invisibles! Ésta es la felicidad que el profeta ha prometido a los santos cuando dijo: *Jamás el ojo vio, el oído escuchó y el corazón experimentó las delicias que el Señor tiene preparadas para los que le aman.* Ésta es la parte de locura que los justos experimentan ya sobre la tierra, locura feliz que lejos de serle arrancada cuando pasen a la otra vida, será por el contrario perfeccionada convirtiéndose en locura inefable llamada felicidad eterna. Esta pequeña gota de locura que los justos saborean ya en la tierra ¿no se nota de forma visible en el reducido número de santos que tienen la dicha de poseerla? Dicen cosas que no tienen relación entre sí ni con el lenguaje ordinario de los hombres; su boca articula sonidos carentes de sentido y su

fisonomía cambia en un instante de mil formas diferentes. Lo mismo vivos y alegres que tristes y apagados, lloran, ríen, suspiran, todo en unos momentos; en una palabra, estánidos, o fuera de sí. Cuando se recobran no saben de dónde vienen, ignoran si estaban o no en sus cuerpos, si velaban o dormían, han olvidado lo que han visto, oído, dicho o hecho; si les queda alguna idea es solamente la impresión confusa que deja en la memoria una ilusión pasajera o un sueño agradable que se disipa al despertar. Lo único que pueden asegurar es que han sido muy felices durante el tiempo que les duró el trance; lamentan el haber vuelto a su desgraciado buen sentido y el más ardiente de todos sus deseos es poder vivir eternamente en medio de estos transportes deliciosos de feliz locura. En eso consiste este pequeño anticipo de la felicidad eterna.

Y a propósito, había olvidado que os prometí terminar. Por lo demás, si creéis que he charlado demasiado o se me escapó alguna extravagancia un poco fuerte, no olvidéis, por favor, que es la Locura, y al mismo tiempo una dama la que os ha hablado. Recordad también este proverbio griego: *Un loco dice a veces grandes verdades*, a menos que penséis que las mujeres forman una excepción en esta regla general.

Veo que estáis esperando la perorata final, pero os engañáis del todo si creéis que recuerdo algo de cuanto acabo de deciros. Los griegos decían antiguamente: *odio al invitado que tiene demasiada memoria; y yo os digo ahora: odio al oyente que lo recuerde todo*. ¡Adiós, pues, ilustres y queridos amigos de la Locura! ¡Aplaudidme, portaos bien y divertíos!